



La
Doble
Cita
Desastre

SUSAN HATLER

“¡Susan Hatler tiene un don para escribir libros que me atraen a partir de la primera página!”
— *Books Are Sanity!!! en Amor a Primera Cita*

“La Sra. Hatler tiene una forma de escribir diálogos ingeniosos que te hacen reír a carcajadas a lo largo de sus historias.”
— *Night Owl Reviews en Verdad o Cita*

“Me hizo sonreír por completo.”
— *Getting Your Read On Reviews en Una Cita Inesperada*

“Una Cita Inesperada es una publicación perfecta y maravillosa para un día estresante o loco.”
— *Cafè of Dreams Book Reviews*

“Susan tiene un don para los diálogos despreocupados desde el corazón y para describir la chispa que hay en la conexión entre Holly y Dave... ¡Hecha un vistazo a este delicioso bocado!”
— *Tifferz Book Reviewz en Una Cita Inesperada*

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Cita para Rehacer

La Cita Millonaria

La Doble Cita Desastre

La Cita de al Lado

Cita al Rescate

La Serie: Besos junto a la Bahía

Cada Pequeño Beso

El Beso Perfecto

Tan Solo un Beso

El Beso Más Dulce

Un Beso de Navidad

Todo Sobre Aquel Beso

Siempre en un Beso

La Serie: Mejor una Cita que Nunca

Amor a Primera Cita

Verdad o Cita

Mi Última Cita a Ciegas

Salva la Cita

Giros de una Cita

Licencia para Citas

Conducida a Citas

Arriba con la Cita

Déjà Cita

Cita y Corre

La Serie: Sueños Preciados

Una Cita Inesperada

Un Beso Inesperado

Un Amor Inesperado

Una Propuesta Inesperada

Una Boda Inesperada

Una Alegría Inesperada

Un Bebé Inesperado

LA DOBLE CITA DESASTRE

SUSAN HATLER

La Doble Cita Desastre
Derechos de Copia © 2020 por Susan Hatler

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de alguna otra manera) sin el permiso previo y por escrito del propietario de los derechos de este libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación y los incidentes son o bien el producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Notas de Licencia

Este libro está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro no puede ser revendido o regalado a otras personas. Si a usted le gustaría compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir una copia adicional para cada persona con la que lo comparte. Si usted está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no fue comprado para un uso exclusivo suyo, por favor, compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo del autor.

Traducido del Inglés al Español por Raquel Górriz

Diseño de portada Elaina Lee, For The Muse Design
www.forthemusedesign.com

**** FÁCIL REGISTRO PARA EL LECTOR EXCLUSIVO DE SUSAN
NEWSLETTER BAJO [HTTP://WWW.SUSANHATLER.COM/NEWSLETTERES](http://WWW.SUSANHATLER.COM/NEWSLETTERES) ****

ÍNDICE

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece

Dedicatoria

*Abrazos y besos a Ann Rego,
que se perdió un partido de los Giants
por leer la historia de Jennifer.
A eso se le llama dedicación.
Gracias, mamá (¡vamos Giants!).*

CAPÍTULO UNO

Hay ciertas cosas por las que una persona debe pasar para encontrar el verdadero amor, y supongo que entre ellas se incluye que se me ensucie el coche, una de las cosas que más odio. Viviendo en una ciudad tener el coche limpio es algo alucinante, teniendo que entrar y salir del centro de Sacramento entre el tráfico, necesitando recorrer el centro comercial para comprar un traje y unos zapatos nuevos de tacón, o teniendo que conducir para llegar a la última apertura de una galería.

Desde luego, yo no era una experta (ni si quiera un poco) en hacer que un restaurante de sushi fuera un éxito, pero no hacía falta mucho sentido común para adivinar que el propietario no debería situarlo a 20 kilómetros de la ciudad en un áspero, desigual y polvoriento camino al lado de un ruidoso río con ni siquiera un rascacielos a la vista. Es decir, ¿cómo podría atraer dicho restaurante a una larga cola de personas?

Quizás yo no había llegado a ese capítulo específico en la pila de libros en constante crecimiento en mi mesita de noche acerca de *inicia-tu-propio-negocio*; algo bastante posible considerando todo lo que tengo que leer a diario. Pero, aún así, ¿la localización no lo es todo?

Mientras conducía, me retorcí al ver el polvo volando alrededor de mi coche. Me desvié para evitar un socavón y luego una piedra en el camino de tierra y seguidamente miré mi GPS, confirmando lo que ya había comprobado seis veces: la dirección del restaurante de sushi que me había dado Hannah, que debía estar justo enfrente. En el medio de la nada. Sin Wi-Fi. Estremecedor.

Mi coche vibraba mientras el polvo recubría mi parabrisas y un olor extraño (que creo que algunas personas lo llaman aire fresco) entraba por las rejillas del aire acondicionado sin importar cuántos botones pulsara para detenerlo. Estaba empezando a cuestionarme si debía estar agradecida de haber aceptado la doble cita con Hannah. Pero Abigail, la amiga de Hannah, había conocido a Cooper Hill, el amor de su vida, de una forma poco convencional (a través de intercambios de correo electrónico sobre la adopción de mascotas), de modo que si tenía que conducir por un camino sucio lleno de baches para tener la posibilidad de encontrar a la persona ideal en los siguientes minutos, ¿por qué no?

Hannah me había enviado la invitación por correo electrónico en el punto álgido de mi caótica tarde en la que mi teléfono del trabajo había estado sonando desde algún lugar, enterrado bajo una montaña (el único tipo de montaña que yo, Jennifer Page, había tenido la intención de escalar alguna vez) de informes que necesitaba revisar antes de una reunión, que se suponía que iba a tener lugar en cuestión de diez minutos, a quince minutos atravesando la ciudad.

Mi teléfono móvil también había elegido ese momento para vibrar con violencia y, a continuación, lanzarse desde de mi escritorio hacia una piscina de salsa agridulce sobrante de los rollitos de primavera para llevar que me había medio comido andando hasta la oficina durante la

hora del almuerzo, mientras leía la sección financiera del periódico tras comprarle un café a Courtney Carmichael, la dueña de mi carrito dispensador de café favorito (yo soy como una corredora de maratón que acepta un vaso de agua: sin detenerse).

Pensé en Courtney Carmichael y su negocio con el carrito de café. Ella había sido abogada y se había quemado de trabajar veinticuatro horas siete días a la semana, siendo fácil averiguar que se había quemado de trabajar demasiadas horas. No queda mucho tiempo para la vida social. Supongo que su marido estuvo de acuerdo porque se divorció alegando que ella nunca tenía tiempo para él. El carrito de café era una segunda oportunidad para Courtney, un rehacer de la vida, y ella parecía feliz con su elección. Mi negocio de venta y diseño de equipaje sería mi rehacer de la vida, me encontraba muy preparada para la siguiente fase.

Mi teléfono móvil continuó vibrando y me lancé decidida a recuperarlo de su pegajosa (aunque deliciosa) caída en picado, pero golpeé accidentalmente la bebida con cafeína antes mencionada y se derramó sobre los bocetos de otra maleta de viaje de diseño propio que pensaba mostrar a mi potencial inversor. Fue en ese momento, mientras escribía en un papel adhesivo de color rosa que debía de cambiar la tela de mi nueva maleta para que fuera anti derrames, que eché un vistazo a la pantalla de mi ordenador justo a tiempo para leer el correo electrónico de Hannah hablándome de esta cita doble (y potencial para conocer al amor de mi vida).

Incluso con mi asistente metiéndome prisa por la reunión y con la mitad de mi atención desviada hacia la limpieza de la salsa agridulce que había quedado en mi teléfono móvil, fui totalmente capaz de pillar la esencia del correo electrónico de Hannah: restaurante Sushi Aguas Bravas y chico guapo.

¿Qué más podía pedir una mujer soltera?

Teclé una respuesta rápida con el codo mientras lamía el agridulce de mis dedos: «See, ¡Claro! Irrré...»

A ver, no fue una respuesta de Shakespeare, pero sí una comunicación efectiva. Ella pillaría la esencia. No hay tiempo para la edición cuando se va con prisas, como de costumbre. Con mi energía comenzando a agotarse, consideré sorber un poco de café derramado de mi escritorio para recibir un chute de cafeína, pero no lo hice porque hay líneas que no se cruzan, ni por ese dulce néctar negro.

Además, mi asistente estaba observando.

En su lugar, imprimí el correo electrónico de Hannah para poder recordar la hora de la cita doble y la dirección del restaurante de sushi. Cogí el correo electrónico impreso aún caliente de la impresora, lo metí en el bolso y puse los informes bajo el brazo antes de salir disparada por la puerta con mi ayudante, que no estaba siendo de mucha ayuda al recordarme que llegábamos tarde. ¿En serio, Lucas? Es la historia de mi vida (como él bien sabía) y viviría perfectamente sin sus constantes recordatorios.

Me gustaría señalar que no siempre había salsa agridulce en mi teléfono móvil. A veces era salsa Alfredo de Café Mattia, o salsa de cacahuete de Thai Palace en la calle J, o en mi intento de dieta sana era salsa ranchera light de Salad Company. Pero, sin falta, siempre caía algo. Cada día un nuevo derrame, alguna nueva emergencia, un nuevo caos.

Trabajando a tiempo completo y a la vez tratando de poner en marcha mi negocio también a tiempo completo, mi agenda estaba siempre hasta arriba al igual que mi cesta de la compra cuando pierdo el control y paso por el pasillo de aperitivos en el supermercado. Huelga decir que había poco espacio en mi vida para citas, a menos que contara como cita el quedarse una noche sola en casa con una cena congelada, una copa de vino y mi ordenador portátil en la cama.

Así que me encontraba feliz de haber cazado al vuelo aquella cita doble con Hannah y el Sr.

Chico Guapo, pero no sabía que tendría que conducir hasta Siberia para llegar. Mi estómago rugía lo suficientemente fuerte como para que lo escuchara por encima del sonido que hacía la arena de la carretera bajo mis neumáticos y decidí que tenía que dejar de pensar tanto en comida. Miré de nuevo al GPS, que mostraba que estaba cerca de mi destino. ¡Ay! Deseaba que mi cita no esperara de mí que consumiera delicadamente cada grano de arroz de mi sushi como un pequeño pajarito porque eso no era lo que iba a pasar. Iba a meter mi cara directamente.

Si alguna vez llegaba allí, claro...

Una piedra en el camino me hizo rebotar con dureza, casi sacándome de mi asiento y haciendo que mi café para llevar de Courtney saliera disparado de su vaso. Grité y seguidamente alcancé mi guantera en busca de una servilleta para disimular la mancha de café de mi vestido. Simplemente genial. No estaba molesta por el vestido. Estaba molesta porque necesitaba la cafeína dentro mi cuerpo, no sobre él.

Había estado toda la noche trabajando en la propuesta de mi potencial inversor y todavía no había terminado. Aquel día, me había pasado corrector de ojeras para tratar de cubrir los círculos oscuros bajo mis ojos tras toda la noche ocupada. También pasé demasiado tiempo por la mañana quitándome el traje y poniéndomelo de nuevo porque el sueño que tenía había afectado tanto a mi cerebro como para habérmelo puesto del revés.

Pero la locura de mis días, la falta de sueño y la ausencia de un amor en mi vida, todo valdría la pena si convencía aquel inversor y era capaz de abrir mi propia tienda de equipaje. El inversor era la mayor oportunidad de mi vida, mi camino hacia el éxito que no podía desaprovechar. Si el inversor firmaba, podría dejar mi trabajo y pasar las riendas a Hannah, a quien veía más que capacitada. Entonces tendría tarjetas de visita hechas con el nombre de mi empresa escrito en la parte superior. Convocaría mis propias reuniones y conferencias telefónicas y fijaría plazos. En lugar de vender mis productos a través del boca a boca, vendería mi equipaje diseñado personalmente por mí en mi tienda, en otras tiendas, en las estaciones de tren y en los aeropuertos, por lo que podría ser utilizado por mujeres de éxito como yo.

El otro camino, por supuesto, era el fracaso, que era totalmente inaceptable. Era simplemente más de lo mismo: café derramado, manchas de sudor de ir a la carrera de sala de conferencias en sala de conferencias, acné de quedarme dormida con el maquillaje, agotamiento de los días laborables de dieciséis horas al día siete días a la semana trabajando en mi trabajo y luego para mi negocio.

¡Mi GPS anunció que había llegado a mi destino y quise gritar de alegría y pedirle a alguien que me pidiera un roll de tempura de camarones!

Me detuve en un stop, empujé mis gafas de sol hacia la parte superior de mi cabeza y seguidamente escudriñé en el dispositivo. El resplandor de los rayos del final de la tarde hacía casi imposible leer. Ahuequé mi mano sobre el mapa digital, me acerqué a él y entrecerré los ojos. No aparecieron nuevas direcciones y el pequeño punto verde se quedó en el lugar. Pensé que el nombre del destino, Sendero Tenedor Sur, sonaba como un bar donde se pedían hamburguesas, patatas fritas y cerveza ligera, sentados con el suelo cubierto de cáscaras de cacahuete (y junto a un motorista llamado Tiny que era, sin duda, enorme). No parecía estar anunciando el restaurante Sushi Aguas Bravas.

Inclinándome aún más sobre el GPS, presioné los botones para ver qué estaba mal con la dirección cuando la voz anunció una y otra vez que ya había llegado a mi destino. Pero estaba rodeada de árboles y arbustos y, bueno, suciedad. Algo tenía que ir mal.

—¡Jennifer! —dijo una voz femenina desde fuera del coche—. ¡Jennifer! ¡Eh!

Mi mirada se precipitó hacia la voz, pero la nube de polvo que se había levantado de mis

neumáticos fue todo lo que vi. Sólo podía esperar a que la voz fuera de Hannah, lista para nuestra cita doble y habiendo pedido unos californias como aperitivo. Miré hacia abajo para echarme un vistazo, no en plan para reforzar mi ego. Estaba sudorosa, agotada, nerviosa y cubierta de café expreso. Cuando mi cita a ciegas me viera, sería poco probable que hiciera un sprint hacia la joyería más cercana para comprarme un anillo y proponerme matrimonio.

Sí, lucía patética en ese momento.

Consideré dar la vuelta en mi coche y volver pitando por la carretera por la que había venido.

—¡Jennifer! ¿Eres tú? —Resonó la voz optimista de Hannah.

—Es la versión sudorosa de mí —murmuré. Abrí la puerta del coche y salí, asfixiada por el polvo y apoyándome en el marco de la puerta mientras mis tacones de aguja se tambaleaban sobre el terreno desigual.

Hannah me miraba con los ojos muy abiertos. Llevaba un chaleco hinchado de color naranja que no era del todo halagador. Interesante opción. Reconocí su cita, Patrick, de pie detrás de ella. Llevaba una mochila grande verde e iba sin camisa. Hice una nota mental para decirle a Hannah que aquel hombre no era lo suficientemente bueno para ella ya que llevaba traje de baño a un buen restaurante de sushi. Sólo había salido con él durante un par de semanas, así que esperaba que lo olvidara fácilmente.

Pero a medida que el polvo se disipó y la escena delante de mí quedó clara, me di cuenta de que no había restaurante de sushi. Comprobé por encima del hombro y vi hierba silvestre y polvo. No había restaurante de sushi. Había un río y había árboles, pero no había ningún restaurante de sushi.

—¿Qué está pasando? —pregunté dando un paso hacia Hannah. Fue entonces cuando me di cuenta de que había una persona más mirándome. No lo había notado antes, lo cual fue extraño porque después no fui capaz de apartar los ojos de él.

Los ojos color azul oscuro de aquel hombre me evaluaban y mostraban una expresión de confusión. Era el tipo de expresión confusa que probablemente yo ponía cuando hablaba con personas que decían que les gusta ir de excursión los fines de semana. ¿Sabes lo que es el senderismo? Es andar (a propósito) por el exterior (a propósito) por colinas o montañas (¡a propósito!).

El viento alborotaba el cabello rubio arena del chico y tuve el impulso de deslizar mis dedos a través de aquellos filamentos gruesos. Tenía que preguntarle quién le había hecho esos reflejos dorados. Parecían tan naturales. Era alto, musculoso y bronceado e iba sin camisa, que era el look perfecto para actividades al aire libre de un anuncio de Ralph Lauren. Se puso de pie al lado de una colchoneta de plástico de color naranja y con una especie de remo en la mano.

Me mordí el labio y tamborileé los dedos contra el techo de mi coche. Puede que estuviera equivocada, era perfectamente posible, pero creo que era bastante fácil decir llegados a este punto que era posible que hubiera entendido mal algo del correo electrónico de Hannah.

Los tres estaban todavía en silencio, todavía sin moverse, sin dejar de mirar.

—¿No vamos a tomar sushi? —pregunté levantando las cejas.

—¿Eh? —Hannah negó con la cabeza, haciendo un gesto hacia la balsa de plástico desinflada tras ella—. Cariño, vamos a tirarnos por los rápidos.

—Rafting por aguas bravas —repetí, aturdida. Un escalofrío corrió por mi espalda mientras sus palabras se difuminaban. Mi mirada pasó de Hannah a Patrick, y luego al chico cañón sin camisa.

¿Aguas bravas en tacones de aguja? Genial. Simplemente genial. Seguidamente chasqué mentalmente los dedos. ¡Ja! Lo sabía. No conocía empresario que se precie que pusiera un

restaurante de sushi en aquel lugar en medio de la nada. Desafortunadamente, aquello también significaba que no habría rollos de tempura de camarón. Aquella doble cita estaba siendo un completo desastre y ni siquiera había comenzado todavía.

CAPÍTULO DOS

Hannah y yo estábamos de pie al lado de mi coche (muy sucio), que estaba a la sombra de un árbol. Los dos chicos, que al parecer eran amigos desde primaria, hablaban en voz baja junto a la cosa naranja de plástico que parte de mí se negaba a creer que fuera una verdadera balsa hinchable porque eso significaría que esperaban que me metiera en ella e hiciera rafting, algo que no me resultaba muy atractivo.

—Lo siento, ¿te importaría explicarme una vez más qué estamos haciendo aquí en el medio de la nada? —pregunté.

En ese momento, el chico de ojos azules se convirtió en una máquina potente que comenzó a inflar aquella cosa de plástico de color naranja, que a su vez comenzó a tomar la forma de una balsa. Estremecedor. Los chicos continuaron su conversación tranquilamente, mirando hacia mí cada pocos segundos. Me pregunté que estarían hablando.

—Vamos a hacer rafting —repitió Hannah.

Aquello no me cuadraba.

—¿Qué?

Ella levantó una ceja.

—Descenso por aguas bravas.

—Una vez más —Levanté un dedo porque sus palabras todavía no tomaban sentido dentro de mi cerebro privado de sueño. Miré hacia los labios de Hannah como si eso de alguna manera me esclareciera las extrañas palabras que oía tan claramente como aquel caluroso, lleno de errores y sin aire acondicionado día.

—Rafting. Descenso. Rápidos —dijo Hannah, pronunciando cada palabra—. En nuestra cita doble.

—¿Qué pasó con el restaurante Sushi Aguas Bravas?

Ella sacudió su cabeza.

—Rafting Aguas Bravas.

Fruncí el ceño.

—Aguas bravas...

—Rafting —Hannah se cruzó de brazos—. ¿No has leído mi correo electrónico?

—¡Sí! El correo electrónico indicaba claramente... —Mis ojos se abrieron y mi dedo saltó en el aire. Le mostraría el correo electrónico y así podríamos dejar de lado todo aquel sin sentido de realizar una tonta actividades al aire libre. Guardaríamos aquella cosa de plástico de color naranja (o simplemente nos iríamos sin ella... Voto por esa opción), elegiríamos la dirección del restaurante de sushi más cercano en mi GPS y saldríamos pitando de allí antes de que llegaran los osos y leones, lobos y dragones de Komodo a alimentarse de nosotros.

En quince minutos estaríamos saboreando sake y riéndonos de aquel momento en que casi cometemos el error de hacer rafting. Todavía tenía la esperanza de encontrar el verdadero amor, pero hacerlo en el medio del bosque parecía una idea muy ridícula.

—Aquí tengo el correo electrónico —dije, abriendo el bolso y buscando través del desorden de bolígrafos, notas, carpetas de archivos y recibos de demasiadas entregas nocturnas de comida tailandesa—. Lo imprimí porque soy muy organizada y... está aquí, en alguna parte. Un momento, sólo un minuto. Lo encontraré...

—Jennifer...

—En realidad estoy en ello, con los métodos de organización... Esa es la razón por la que me está costando encontrarlo... ah, ¡aquí está! —Alisé el correo electrónico arrugado sobre el capó cubierto de polvo de mi coche, cuidando de no quemarme contra el metal caliente. Me moví para hacerle hueco a Hannah y que pudiera leer el papel mientras yo lo repasaba de nuevo. Justo como yo sospechaba: sushi, sushi aguas bravas.

—Mira —dije, señalando a las palabras.

—Mmm., ¿ves bien? —Hannah refutó señalando hacia una mancha de café o de salsa teriyaki que cubría parte del texto. Tendría que lamerla para saberlo con certeza, algo que estaba casi dispuesta a hacer si al final no íbamos a comer nada. Mi estómago se quejó.

Iba a morir allí. Aquel era el final. Y pensar que había salido del trabajo antes para aquello.

—Jennifer, lee aquí...

Miré fijamente al papel justo donde Hannah señalaba y lo incliné hacia el sol para examinar con más claridad.

—La palabra comienza con una «r», eso está claro. Restaurante comienza con una «r». Relajación comienza con una «r», también resort y rejuvenecer y riesling. Todo comienza con una «r». No tiene por qué ser esa palabra que has dicho.

—Rafting —repitió Hannah.

—Ahora puedo ver el «ing» al final, pero no podrías decir que las letras del medio son «a» y «f» y «t». Si esa palabra hubiera estado en el correo electrónico, la hubiera visto como una luz parpadeante de neón, un punzante dolor o un deslumbrante chaleco salvavidas naranja colgado en un escaparate de una elegante tienda de Tiffany. Lo hubiera visto y hubiera declinado la invitación a la doble cita.

Pero allí estaba de punta en blanco (y con teriyaki).

Y allí estaba al aire libre, genial y estupendo.

—Oh, Jennifer...

—¿Qué? —Miré a Hannah que estaba claramente intentando no reírse. Ella ya llevaba puesto un chaleco salvavidas naranja y supe que el mismo horror me esperaba a mí también. Me quedé mirando con cautela el chaleco—. A ver, ¿de verdad pensaste que me gustaría hacer rafting por un río? —pregunté, mirando hacia el río más allá de su hombro—. Llevamos trabajando juntas durante más de dos años. Ya sabes cómo soy. Incluso te conté aquella vez que fui de campamento cuando era niña y me picó una abeja y mi brazo se hinchó y luego pasó un oso por mi tienda y en aquel momento tuve la certeza de que iba a morir. Evito el aire libre como la peste. Ya sabías eso de mí.

Ella se encogió de hombros.

—Para ser honesta, me quedé algo sorprendida de que aceptaras la invitación.

—¡La sorpresa te debería haber provocado un paro cardíaco! —Me sentí como si tuviera que gritar sobre el ruido, además de que mi corazón latía con fuerza en mi caja torácica. Tener que enfrentarme a mi pánico a las actividades al aire libre no estaba en mis planes. El agua del río se

estrellaba sobre cantos rodados haciendo picos blancos antes de salir disparada a quién sabe dónde—. Probablemente haya peces con colmillos ahí abajo. ¿Y si me muerde uno? —Me estremecí—. ¿Qué pasa si cojo alguna enfermedad y tengo una muerte lenta y dolorosa?

—Estarás bien. ¿Crees que te llevaría a algún lugar peligroso? Será una doble cita de diversión si le das una oportunidad —Hannah entrelazó su brazo con el mío—. Deja que te presente a Dylan. Creo que os habéis caído bien.

—¿Por qué piensas eso? Supongo que no tendremos nada en común —dije en voz baja mientras ella me guiaba a través de las raíces del árbol de roble (riesgo total todo el camino) hacia la balsa. Sobrecogedor. Entiendo que a algunas personas les guste el aire libre. Simplemente da la casualidad de que una de esas personas no soy yo. Mis temores podrían estar un poco alejados de lo racional, pero los sentía profundamente a través de cada poro de mi cuerpo. A decir verdad, tenía un nudo en el estómago y me iba a dar un vuelco, todo a la vez.

—Tengo la sensación de que Dylan y tú os caísteis bien y ambos os reiréis de esto algún día —Hannah caminaba junto a mí con sus botas marrones sin ningún problema mientras que mis tobillos se tambaleaban sobre mis tacones altos a través del barro.

Conforme dábamos los últimos pasos, Hannah abrió la boca y dijo:

—Dylan, me gustaría que conocieras a mi amiga Jen...

—¡Uf! —Grité mientras tropezaba con algo (esperando que no fuera nada vivo) y saliendo disparada hacia las manos de mi cita a ciegas. Él me atrapó con las manos firmes y levanté la cabeza, notando mis manos extendidas sobre su pecho desnudo, calentado por el sol. Mi corazón se agitó.

—¿Estás bien? —preguntó, mirando hacia mí con esos ojos de color azul oscuro.

—Sí. Mmm., gracias —murmuré, con la esperanza de que relacionara mis mejillas sonrosadas con una señal temprana de quemadura solar o deshidratación o cualquier otra cosa que una persona pudiera sufrir en la naturaleza y no como la humillación total y completa que sentía (y tal vez un poco de atracción también). No estaba acostumbrada a ser principiante en algo, y mucho menos en caminar. Necesitaba hacerme con un apoyo.

Yo le había dado la mano a líderes importantes del mundo de los negocios, directores, ejecutivos y a más autores de libros de ayuda a la iniciativa empresarial de los que podía contar, y todas y cada una de las veces los había mirado con confianza a los ojos, dándoles un apretón sólido y una sacudida determinante, y me presentaba de manera clara y sin problemas.

Aunque ninguno de ellos me había hecho palpitar tanto el corazón.

Tomé aire, di un paso atrás y extendí la mano.

—Soy Jennifer Page.

Su mano se envolvió alrededor de la mía.

—Dylan Douglas.

—Pensaba que nos íbamos a encontrar en un restaurante de sushi —admití, viendo las comisuras de su boca curvarse hacia arriba—. Imagina mi sorpresa al encontrarnos en el medio del bosque.

—Con ese vestido —dijo, sus ojos viajaron por mi cuerpo por un momento antes de encontrarse con mi mirada de nuevo. Algo en sus ojos me dijo que no iba con tal mal aspecto como pensaba. Eso o que su vista no funcionaba correctamente. Yo prefería la primera opción.

—Sí —le dije, dejando escapar una risa avergonzada. Cuando me di cuenta de que aún sostenía su mano, me mordí el labio inferior y se la solté. Sentí un hormigueo en la palma de la mano, donde había tocado su piel caliente—. Estoy un poco falta de sueño y debí leer mal el correo electrónico de Hannah. Vaya.

—Suele pasar —dijo, riendo—. Si no tienes nada apropiado para ponerte, tengo algo de ropa que puedes usar si quieres.

—Chachi —Uf, ¿acababa de decir chachi? Algo en la mirada fija de esos ojos azules estaba haciendo tambalear mi cerebro—. Quiero decir gracias. Me será muy útil —dije, dándome cuenta de que acababa de comprometerme a realizar la actividad. Ups.

—Está bien, Patrick —dijo Hannah, tomando su mano y tirando de ella—. ¿Me puedes ayudar con algo más aquí antes de que empiece el espectáculo?

—¿Eh? —Sus cejas se levantaron y ella le miró de manera cómplice así que él asintió—. Oh, sí, claro.

—Jennifer, enseguida venimos —dijo, siendo obvio que ella nos dejaba solos a propósito.

Ambos se fueron a toda prisa, sin hacer un gran esfuerzo por ocultar sus risas compartidas. Supongo que no podía culparlos. Era yo la que estaba fuera de onda.

—¿Has hecho rafting antes? —preguntó Dylan.

—Oh, muchas veces —dije, y se me pasó por la cabeza «miente hasta que todo pase».

Una expresión de sorpresa apareció en sus ojos.

Sí, quería decirle que estaba tan sorprendida como él por mi respuesta. Nunca me había tirado por aguas bravas, ni bravas ni pacíficas ni coloridas, ni nada de rafting tampoco. La gran mayoría de mi experiencia con balsas era *Náufrago*, donde aquel pobre Wilson se alejaba flotando. Lo único alegre de esa película era comer cangrejo gratis. Mmm.

—¿En serio? —Dylan sonrió, pareciendo feliz con mi respuesta—. ¿Has hecho rafting aquí?

—No.

—¿En el río de los Americanos? Todo el mundo ha hecho rafting ahí.

Quise que Dylan dejara de nombrar ríos de los que nunca había oído hablar.

—No.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—No he hecho rafting antes.

—Pero tú dijiste...

—Necesito cafeína —dije, dándome cuenta de que ya no tenía interés por la comida—. Creo que es el origen de nuestra falta de comunicación de este momento.

Él sonrió y me hizo un guiño.

—El nacimiento de nuestra actual falta de comunicación.

Mis cejas se levantaron.

—¿El qué?

Su sonrisa se desvaneció.

—No importa.

Asentí con la cabeza sin saber qué decir a continuación. Siempre he tenido algo que decir, sobre cualquier cosa, sobre todo. ¿Por qué se me trababa tanto la lengua con Dylan? Tal vez porque allí me encontraba totalmente fuera de mi zona de confort. Cambié mi peso de un pie al otro mientras una voz dentro de mí me susurraba que subirse a aquella balsa era una mala idea, muy mala idea. Pero no podía rajarme en ese momento.

—¿Has hecho otro tipo de rafting? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No.

—¿Piragüismo?

—No.

—¿Kayak?

—No.

—¿Remo?

Me encogí de hombros.

—Una vez me tomé una copa de vino sentada en un banco junto a un lago.

Él asintió.

—¿Nadaste en él?

Levanté una ceja.

—¿En el vino?

—En el lago.

—Oh —Me reí y me aclaré la garganta—. Mmm. No.

Dylan silbó y se pasó las manos por el cabello. Traté de no mirar fijamente hacia sus brazos musculosos, pero guau. El rafting debía ser un buen entrenamiento. Mejor que la máquina de remo del gimnasio.

—Bueno, entonces me aseguraré de que te diviertas en tu estreno —dijo, aplaudiendo—. Yo trabajo con principiantes continuamente. No será un problema. ¿Ya te has puesto protección solar?

Levanté las cejas.

—¿Cuenta la crema hidratante con color?

Las comisuras de sus labios se torcieron.

—¿Y qué hay del repelente de insectos?

Golpeé mi barbilla.

—¿A los insectos les gusta Chanel?

—¿Chanel?

—No, no tengo repelente de insectos —dije, pensando que si por alguna extraña razón las cosas funcionaban entre nosotros, no debía esperar una botella de perfume por mi cumpleaños—.

¿Me falta alguna otra cosa?

—¿Mochila impermeable?

—Buf. Desaparecida en combate.

Ni siquiera estaba segura de donde podría comprar una.

—¿Sombrero?

—No.

—¿Traje de baño?

—Me he dejado el bikini en el apartamentini.

Me gané una miradita con esa respuesta, algo que ya era bastante. Estaba segura de que el miedo estaba detrás de cada loca palabra que salía de mi boca.

—¿Toalla?

—¿Cuentan las servilletas manchadas de café? —pregunté.

—Lo siento, no.

—Negativo entonces, capitán.

—Bueno... —De su boca se escapó una sonrisa por alguna razón desconocida. ¿Tal vez encontraba atractiva la ineptitud? Un deseo poco probable—. Vale, ¿al menos traes escarpines?

Me mordí el labio.

—Oh, mis tacones de aguja son de charol. Deben ser resistentes al agua. Aunque le caigan unas cuantas gotas de agua, aguantarán muy bien. Se limpian enseguida.

Mi entusiasmo por mis zapatos impermeables disminuyó ligeramente cuando tras el siguiente silencio entre nosotros oí el rugido del río. No era exactamente un pequeño charco en una acera de

la ciudad. Tal vez «unas cuantas gotas» había sido un pequeñísima, minúscula subestimación. Pasé de mirar el agua que brotaba al estrellarse contra las rocas a encontrarme con Dylan con el ceño fruncido mirando mis tacones.

—No puedes usarlo en la balsa —dijo—. Lo sabes, ¿no?

—Pero son Gucci.

—Son puntiagudos.

—¿Qué debo hacer con ellos?

Señaló a mi coche.

—Tienes maletero, ¿verdad?

—¿El maletero caliente de mi coche? —pregunté, vislumbrando la imagen de mis zapatos deformados.

—No hay mucho espacio en la mochila seca, por lo que el maletero sería lo mejor —dijo, claramente no entendiendo que su respuesta era carente de corazón.

¿El maletero? ¿El maletero? ¿Él quería poner mis tacones en el maletero? Miré hacia mis zapatos, comprados con mi dinero ganado duramente, y a Dylan (la razón por la que no estaba comiendo sushi) y me pregunté si podría seguir adelante con aquella cita.

—¿Están los tortolitos preparados para empezar? —Hannah llamó desde detrás de la balsa naranja completamente inflada.

Dylan me miró y alzó las cejas.

Traté de no dejar que mi frente se arrugara. Las arrugas no me quedaban bien en ninguna parte. Ni con veintisiete años de edad.

Ni Dylan ni yo respondimos a la pregunta de Hannah, probablemente debido a que la palabra «tortolitos» era mucho decir teniendo en cuenta que él no parecía comprenderme (o a mis zapatos). Hannah silbó cuando nos vio bajar la mirada hacia el suelo. Él tenía unos ojos realmente bonitos.

—Bueno, esto va claramente bien —ella dijo.

Dylan se volvió hacia Hannah.

—No creo que esto sea una buena idea. Ella no viene preparada y no quiero que se haga daño.

Oh, aquello fue muy considerado por su parte (y también de ser observador). Aquello fue mi «carta de salir libre de la cárcel». Dylan me lo estaba poniendo en bandeja de plata. Ni siquiera tenía que pedirlo. Mientras Hannah y Dylan discutían cómo desmontar el equipo y volver a cargar todo en los coches, sabía que tenía que aceptar la oferta y conducir hasta el bar más cercano. Ni siquiera necesitaba sushi, sólo una copa de vino para olvidar aquella tarde loca. Si hubiera sido inteligente, hubiera asentido con la cabeza y dado las gracias a todos.

Pero al parecer no era muy inteligente.

—Solo porque no haya hecho rafting antes, no significa que vaya a hacerme daño —le dije, estirándome de pie, hinchando el pecho y levantando la barbilla—. Aprendo rápido. Hagámoslo.

Hannah, Patrick y Dylan se volvieron hacia mí con sorpresa.

—¿El qué? —preguntó Hannah.

—Lo programado —dije, sin dar crédito a mis propios oídos.

Patrick parecía confundido.

—¿Ahora quieres hacer rafting?

No, no quería hacer rafting. Necesitaba hacerlo. Dylan pensaba que no podía hacerlo y yo le demostraría que estaba equivocado. Así que me volví hacia Patrick.

—Sí, voy a hacerlo.

Dylan suspiro.

—Sin ofender, Jennifer. Pero estoy tratando de comprar un negocio de este tipo a este chico. Que una chica de ciudad se ahogue en el río porque no le advertí de los peligros que entrañaba la actividad no va a hacer que quiera vendérmelo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que toda mi identidad estaba en juego. Yo era más que una chica ciudad. ¿No? Está bien, no desde que fui de campamento cuando era niña. Pero había estado construyendo mi negocio por años y estaba tan cerca de conseguir un inversor... Podía hacer cualquier cosa que me propusiera, incluso enfrentar mis miedos. Necesitaba demostrármelo a mí misma de una vez por todas.

Me crucé de brazos y estuve a punto de tocarme el dedo del pie en señal de protesta cuando me di cuenta de que no debería llamar la atención sobre el hecho de que llevara tacones en el campo. No me beneficiaba exactamente. En su lugar, sólo miré a Dylan directamente a los ojos y no parpadeé.

—Lo. Haré —le dije.

Él levantó las cejas.

—¿Llevarás un chaleco salvavidas todo el tiempo?

Uf, esa cosa naranja fea.

—De acuerdo.

—¿Atenderás a cada una de mis instrucciones mientras estamos en el río.

—Sí.

—¿Vas a dejar los zapatos en tu coche?

Dudé. Una pequeña sonrisa asomó de sus labios. Pensó que me había pillado. Pensó que había ganado. Pensó mal. Me puse de puntillas y acerqué mi rostro al suyo.

—Por supuesto —dije, esperando que mis bonitos zapatos no se frieran en el coche.

Diez minutos más tarde, llevaba unas sandalias viejas de Hannah y ropa de gimnasia de Dylan, equipada con un chaleco salvavidas de color naranja brillante. Me embadurné con el protector solar de Dylan y seguidamente me deslicé como un trozo de mantequilla derretida por el calor dentro de la balsa de plástico grueso.

Conforme Dylan nos empujaba lejos de la orilla y nos metía hacia el río, mi estómago rugía en el miedo y yo me enfrentaba a la realidad de que había posibilidades de que me ahogara allí. Aquello podía ser la peor cita doble de la historia.

CAPÍTULO TRES

El reflejo de la luz del sol bailando sobre las corrientes arremolinadas del río por el que flotábamos no era exactamente el mismo brillo de los diamantes de una tienda de Tiffany pero, con toda honestidad, era igual de cautivador.

La belleza de la naturaleza me rodeaba y estaba tratando de disfrutar de ella. En serio. Estaba intentando convencerme con insistencia de que la posibilidad de una muerte inminente en cada esquina estaba solo en mi imaginación hiperactiva y que hacer rafting era tan divertido como el sushi y el sake.

Fingir estaba siendo una batalla perdida.

El cielo estaba azul y despejado por encima de nosotros, con grandes nubes blancas mullidas que parecían almohadas de mejor calidad aun que cualquiera de las del hotel de lujo del centro, el hotel Geoffries. Contemple el susurro del viento moviendo las hojas de los árboles que bordeaban la orilla y escuché el sonido que era tan calmante como el clic, clac, clic, clic clac de mi teclado a las cuatro en punto de la mañana.

Sin embargo, los puntos negativos de hacer rafting eran que no se asociaba con el aroma de una taza recién hecha de café Joe comprada en el carrito de Courtney. Pero si yo cerraba los ojos y me decía que no estaba aferrada con todas mis fuerzas a la balsa rebotando sobre los rápidos entre afiladas rocas, podría ser una mujer lo suficientemente madura para admitir que el aire fresco de que la naturaleza no era una alternativa terrible.

Si no hubiera temido por mi vida, incluso podría haber disfrutado.

—¿Cómo estás, Jennifer? —preguntó Dylan desde el centro de la balsa desde donde había estado dirigiéndola a través de los giros y revueltas del río con palas gigantes que me informaron que se llamaban remos.

No debe confundirse con una pala, al parecer.

—¿Jennifer? —preguntó.

Hice una breve inclinación de cabeza rápida y luché para abrir la boca.

—Todo bien —Mentí, sin atreverme a mover un dedo de las cuerdas que rodeaban la balsa para mostrarle un pulgar hacia arriba. No estaba tan loca, después de todo.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Totalmente segura —dije, incapaz de decir si estaba cabeceando por mi propia voluntad o al ritmo del río que me estaba haciendo saltar arriba y abajo—. Todo bien.

—Te estás agarrando muy fuerte a la cuerda.

Hice una pausa.

—¿Lo estoy?

—Sí.

—Oh, vale... —Me reí con nerviosismo y traté de aflojar. Bizqueando un ojo, me giré hacia Dylan y encontré su atención alterna entre estudiar los rápidos rápidamente (potencialmente mortales) y mirarme con una sonrisa divertida.

—Estás hecha una deportista dijo —Y me echó una mirada que no pude descifrar.

Una oleada de placer rodó a través de mí. Oh, espera. ¿Estar hecha una «deportista» era algo bueno o algo malo? Me volví hacia Hannah, que me sonrió desde su sitio detrás de Dylan.

—Después de los gritos iniciales, has estado tan tranquila que he pensado que las sacudidas del río te habían dormido —dijo.

—No —dije, queriendo salpicarle agua en la cara por recordar el episodio de mis gritos. Sin embargo, de ninguna de las maneras iba a soltar la cuerda para hacer eso, sin importarme la satisfacción que me pudiera provocar.

—Me alegro de que estés pasando un rato con nosotros —dijo, mostrándome una sonrisa sincera—. Sobre todo después de la larga semana que has tenido preparando lo del inversor y todo eso.

—No hay problema —dije, tratando de hacer que mi voz sonara informal a pesar de lo difícil que era abrir mi mandíbula—. Estoy disfrutando del sol. En realidad el rafting no es aquello que...

En ese momento nuestra balsa rebotó en una roca que había en el medio del río y nos hizo girar en un medio círculo antes de deslizarnos hacia los lados por una mini cascada. El agua fría salpicó mi cara y grité mientras Dylan nos redirigía.

—Hannah —dijo Dylan de repente mientras yo recobraba el aliento tras mi experiencia cercana a la muerte y reflexionaba por qué no escribir un testamento antes de poner un solo pie dentro de aquel artilugio pesadilla—. Hannah, ¿has hecho rafting antes, verdad?

Hannah asintió, girando su remo con destreza.

—Este próximo tramo es bastante tranquilo —dijo—. ¿Quieres darle al remo una oportunidad?

Hannah, siempre la aventurera (frente a mí, la que siempre pide el mismo plato en cada restaurante), no dejó pasar la oportunidad con una enorme sonrisa.

—¡Por supuesto!

Dylan bajó del asiento y se trasladó a un lugar en la parte delantera de la balsa junto a mí. Su pierna rozó la mía, haciéndome temblar (de una manera bien). Estaba pensando qué es lo que harían ellos tres si me uniera a los peces del fondo del río, algo que hizo que mi respiración se entrecortara. Pero con Dylan a mi lado me persuadí a mí misma para regular mi respiración, desencajé mi mandíbula aterrada y relajé mi rígida columna vertebral para desprender la sensación de «sí, estoy súper cómoda en esta balsa».

Pensé que íbamos a empezar a hablar en ese momento. Ya se sabe, como si aquello fuera en realidad una cita y no un horrible desafío que me había caído. En mi escenario soñado, él me preguntaría si prefería una escapada al lago Tahoe o al Cabo San Lucas y yo le preguntaría si le gustaban las recientes actualizaciones de Excel. Me preguntaría si había leído la última edición de la revista Sacramento Living con el artículo sobre los beneficios de Kombucha y yo le preguntaría si le parecía bien compartir un postre, a menos que pidiera uno para cada uno porque la mitad de un postre no era suficiente. Me preguntaría qué hora era y yo le preguntaría si quería volver a quedar otro día

Me diría que por supuesto.

Me diría que me llamaría.

Él nunca lo haría.

Ya se sabe, cosas típicas de la primera cita en que una chica de ciudad se encuentra con un chico al que le gustan las aventuras al aire libre.

Tan pronto como Dylan sumergió su remo en el agua cristalina, me di cuenta de que estiraba sus piernas largas, curtidas y las cruzaba como si estuviera descansando en una cabaña en un centro turístico hawaiano de cinco estrellas con un Mai Tai en la mano. Muy bueno.

Yo imitaba la postura relajada de su cuerpo, pero me encontré tambaleante hacia atrás, agitando los brazos con desesperación en el aire.

Dylan se dio cuenta de inmediato y me sujetó con una mano en mi espalda.

—Cuidado.

—Gracias —le dije deslizando mis pies debajo de la cuerda de protección y dándome cuenta de que me había gustado la sensación de su brazo alrededor de mí.

—Guau, esto mola —Dylan inclinó su cabeza para que el sol bañara su robusto y bronceado rostro brillante por el calor.

—Definitivamente —dije, pensando que estaba en un anuncio de perfume masculino.

Sus ojos se cerraron por un momento y seguidamente aspiró una bocanada de aire fresco.

Me quedé mirándolo, a sus gestos frescos y sencillos, y cuando abrió los ojos, me recosté y aspiré una bocanada de ese delicioso, refrescante...

—¡Uf! —Grité y tosí y agité mis manos mientras trataba de escupir cualquier bicho que hubiera elegido en ese momento volar en línea recta hacia mi boca frente a tipo cañón amante de la naturaleza.

Tan atractivo. Oh, no.

Arrugó la nariz.

—¿Estás bien?

—Solo un poco de proteína extra —bromeé, con la esperanza de no tener la pata de una mosca saliendo de mi boca. Le hice lo que esperaba que pareciera un saludo informal con la mano antes de tambalearme hacia un lado de la balsa y rápidamente agarrarme a la cuerda.

—Me identifico —Se rió—. Me llevé un buen número de variedades diferentes de bichos durante un viaje por el Pacífico Sur. No es algo que me encante.

Lo miré y esperé a que mi cerebro tuviera algo que decir. Dylan y yo estábamos hablando y finalmente teníamos algo en común con aquel tema. ¿Bichos? ¿Comer bichos? No muy romántico.

—Sí, bastante desagradable —dije, mientras sus ojos mantenían mi mirada. Después de un intenso momento de silencio entre nosotros rodeados del sonido del río y el viento entre los árboles y de Hannah y Patrick manteniendo una próspera conversación, Dylan levantó el remo fuera del agua y levantó la ceja.

—¿Quieres darle una oportunidad? —preguntó.

—Claro —Sonreí y asentí con la cabeza, pensando que podría haber remado precipicio abajo si él me lo hubiera pedido. Además, ¿cómo de difícil podría ser remar? Yo ya había empuñado un puntero láser con una precisión milimétrica durante mis presentaciones en power point, ¿por qué no podía manejar un remo a través del agua?

Dylan se acercó a mí y me entregó el remo. Nuestras piernas chocaron y me aparté un poco para ocultar el sonrojo de mis mejillas.

—Vale —dijo Dylan en voz baja y suave contra mi oído por encima del ruido de los rápidos de delante de nosotros—. Pon una mano aquí y agarra así. Y, sí, muévelo así. Y aquí, sólo ajustarlo así... Perfecto.

Las manos de Dylan cubrían las mías mientras me guiaba la maniobra del movimiento de remo a través de lugares abruptos como las rocas contra las que nos chocábamos. A pesar del agua fría,

sentía sus manos calientes como los rayos del sol en la parte posterior de mi cuello, y firmes como el viento que soplabá un mechón de pelo que se había escapado de mi cola de caballo.

—Ya lo tienes —Él me sonrió mientras yo volvía a meter el remo en el agua.

—Eso es... divertido —dije, sorprendiéndome. Una sensación de euforia fluyó a través de mí. Lo conseguimos. Estábamos en la misma onda. Incluso podríamos progresar a una conversación real que no implicara bichos. Aquella era mi oportunidad de demostrarle a Dylan que yo era tan fresca, tan sencilla, tan discreta como lo era él y...

Mi teléfono móvil sonó en el bolsillo y reaccioné de forma instintiva, como buena chica de ciudad, derecha a responderlo. Por supuesto, aquello requirió que dejara el remo.

—Espera, espera, espera —Dylan llamó.

Asegurando el teléfono móvil en una mano, traté de mantener mi otra mano en el remo pero la fuerte corriente lo arrancó de mis dedos torpes. Dylan se estiró desde la balsa para intentar atrapararlo pero el río lo arrastró antes de que pudiera hacerlo. Jadeé mientras lo veía flotar cada vez más lejos de nuestro alcance. Lo vi en la distancia, a la deriva, moviéndose entre el agua picada como Wilson en *Náufrago*.

—Lo siento —dije, haciendo una mueca—. ¿Era caro? Te lo pagaré.

Su expresión estaba en blanco mientras miraba una y otra vez de sus manos vacías al río, mientras que mi teléfono sonaba insistente en mi mano.

—Jennifer, pensé que estábamos de acuerdo en dejar la oficina en la orilla —dijo Hannah, estirando el cuello para ver el remo desaparecer.

—Lo sé, lo sé —dije, recordando cómo lo había agarrado de mi bolso para apagarlo antes de volver a colocarlo dentro de mi coche. Pero entonces pensé que no estaría de más buscar una señal Wi-Fi mientras Dylan y Patrick terminaban de preparar la balsa. Más tarde, mientras estaba contemplando si valía la pena subirse a un árbol para encontrar una señal, ellos me llamaron. Por lo tanto, me puse el teléfono en el bolsillo como siempre hago y me olvidé de él hasta el momento en que sonó y se me cayó el remo—. Estoy apagándolo —dije mientras miraba hacia la pantalla para apagarlo—. Espera, ¡es mi inversor!

—¿Ahora? —preguntó Hannah—. ¿Cómo es que todavía tienes cobertura?

—Es claramente un milagro. Tengo que cogerlo. ¡Lo siento!

No había opción a no responder. Todo estaba en juego con esa inversión. Todo mi negocio. Si se tratara de cualquier otra persona no habría contestado. Pero necesitaba mantener mi potencial inversor feliz si quería su inversión y aquello incluía responder cada vez que llamara. No podía poner en peligro mi negocio, ni siquiera por un tipo muy atractivo.

Dylan asintió con la cabeza hacia mi teléfono.

—Lo entiendo. Tienes que contestar.

Mi estómago dio un salto mortal gracias a la sonrisa motivadora de Dylan y contesté al teléfono como si fuera la última llamada.

—Aquí Jennifer Page.

—Hola, ¿Srta. Page? Soy el Sr. Moore —La voz de mi potencial inversor llegó crepitante y distante a través del teléfono.

Introduje mi dedo en el otro oído para poder escuchar mejor por encima del rugido del río. Minutos antes, con las manos de Dylan en las mías, el río había sonado pacífico como una corriente suave en un día soleado. Ahora, mientras trataba de escuchar al hombre que podría construir o romper mi futuro, sonaba como una cascada de mil metros rompiendo a mi alrededor.

—Sr. Moore —Casi grité al receptor—. Me alegra que me haya llamado.

—Sí, Srta. Page... Estaba revisando las proyecciones para su empresa y tenía algunas

preguntas que me gustaría discutir con usted si tiene un par de minutos...

Rebotando en la balsa, con agua rociándome la cara, un chico guapo observándome y escuchando cada una de mis palabras, no era exactamente el ambiente ideal para una conversación tan importante. Previamente, había sentido el sol como un calor suave contra mi piel, pero de repente parecía un foco dirigido a mí y notaba que me derretía bajo la presión.

—Por supuesto —dije—. Me encantaría responder a cualquier pregunta que tenga.

—Lo siento, ¿Srta. Page? —La voz del señor Moore estaba casi completamente llena de estática mientras la balsa recorría otra curva del río—. No he escuchado lo que ha dicho.

—¿Sr. Moore? —Le grité al teléfono y me moví a un ángulo diferente— Sr. Moore, ¿se oye mejor?

—Jennifer... —Dylan llegó hasta mí, pero me fui hacia la parte delantera de la balsa y subí mi teléfono por encima de la cabeza para encontrar la señal de nuevo.

—¿Sr. Moore? ¿Hola? ¡Sr. Moore! ¿Me escucha? —grité, sin escuchar nada más que una débil estática sobre el estruendo de los rápidos. Me puse de rodillas para extender mi alcance. Ahuequé mi otra mano a la boca para hablar por mi teléfono—. ¿Señor. Moore? ¿Puede escucharme?

—Jennifer, ten cuidado —dijo Dylan, usando un tono firme—. Debes volver a sentarte.

—Esta es una llamada importante para mi negocio —dije, dándome cuenta de que no había entendido la importancia de aquel inversor para mi futuro. Yo no quería seguir viviendo con cuatro horas de sueño y un subidón de cafeína por siempre jamás.

—En serio, Jennifer. Debes sentarte.

Con un sentido de equilibrio que ciertamente no tuve durante mis dos semanas de carrera como gimnasta a la edad de ocho años, me estiré solo un poquito más y fui recompensada con un crujido, una voz débil.

—¿Srta. Page? Hola, ¿está ahí, Srta. Page?

—¡Sí! —grité—. ¡Sí, Sr. Moore, estoy aquí! Sr. Moore, yo...

Ese es el momento en el que la balsa se acerca a un rápido particularmente violento, haciendo que yo rebote en plan trampolín y haciendo volar de mi mano el teléfono móvil como si fuera una barra de mantequilla. Sentí que mis ojos se abrían como los de un personaje de dibujos animados cuando vi mi teléfono móvil (y mi llamada con el Sr. Moore) haciendo un arco hacia el cielo azul brillante, desplomándose más allá de las hojas danzantes de los árboles a lo largo de la orilla y cayendo finalmente a los rápidos.

En segundos, mi teléfono móvil se había ido.

—¡No! —Grité, apoyada a lo largo de la balsa y metiendo mi mano en el agua fría antes de que el teléfono se hundiera demasiado. Nada inteligente, Jennifer. Nada inteligente.

De repente, mi rodilla se deslizó y me encontré cayendo hacia una roca afilada rodeada de espumosa agua de los rápidos. Pero antes de tener que recuperar mis conocimientos de natación de quinto curso, un fuerte brazo rodeó mi cintura y me sacó del agua.

A medida que Dylan caía hacia atrás contra el interior de la balsa, caí hacia atrás contra su pecho y me quedé allí, sin aliento, mientras mi corazón latía con fuerza contra mi feo chaleco salvavidas naranja del que por suerte no tendría que depender para mantenerme viva.

—¡Jennifer! —Hannah llamó desde su asiento en la balsa—. ¿Estás bien? ¡Di algo!

Miré para ver sus ojos llenos de preocupación y de alguna manera me las arreglé para medio asentir mientras cogía aire que podría fácilmente haber sido sorbos de agua del río en mi camino a mi tumba de agua. Dylan me había salvado, su brazo aún me sujetaba firmemente, su cálida mano extendida a lo ancho de mi caja torácica que fue subiendo y bajando con cada respiración.

—Está bien, Hannah —dijo Patrick, calmándola con una mano en la rodilla, como si fuera ella

la que casi se había caído al río.

Mientras miraba hacia el cielo, de repente me di cuenta de que todavía estaba acostada sobre la parte superior de Dylan, con su chaleco negro firme y seguro contra mi espalda. Me moví para sentarme, pero su fuerte brazo me rodeaba.

—Espera un segundo —dijo en voz baja y tranquila en mi oído—. Recupera el aliento en primer lugar. Estás temblando.

Asentí, dándome cuenta de que estaba temblando. Debía haber sido la adrenalina de la pérdida de mi teléfono. O de casi morir. No supe con certeza qué fue.

Las nubes blancas y esponjosas pasaron perezosamente por encima de nosotros a medida que nos dejamos llevar a un lugar más tranquilo en el río. En los brazos fuertes y protectores de Dylan, me encontré pensando menos en mi teléfono ahogado y más acerca de lo bien que se estaba en sus brazos. Entonces me di cuenta que no sabía casi nada sobre él, que era un amigo de la infancia de Patrick, que era fuerte y que tenía una excelente fuerza física.

Sintiendo la constante subida y bajada de su pecho contra mi espalda, mi respiración se ralentizó mientras inhalaba el aire fresco y lo encontré sorprendentemente refrescante. Me sentí segura en ese momento y fácilmente podría haber quedado dormida en sus brazos, cuando hace tan sólo una hora la idea de caer dormida al aire libre me daba pesadillas.

—¿Estás bien, Jennifer? —preguntó.

—Sí... —Finalmente me pude sentar, echando en falta inmediatamente el calor de su brazo alrededor de mí. Me volví hacia él mientras se sentaba en un lado de la balsa—. Gracias, Dylan.

—De nada.

—Creo que fue un movimiento muy estúpido por mi parte —dijo, sintiendo mis mejillas calentarse bajo su mirada.

—Me alegro de que estés bien, ¿vale? —dijo.

—Yo también —Asentí con la cabeza, pero fuera del capullo protector de sus brazos, la realidad de la situación empezó a aflorar: acababa de frustrar completamente una llamada muy importante con mi inversor. ¿Qué pensaría el señor Moore? ¿Y si no me daba una segunda oportunidad? ¿Y si simplemente he tirado por la borda la única oportunidad que tendría de abrir mi propia tienda?

Noté acelerarse mi ritmo cardíaco de nuevo como si estuviera colgando nuevamente de la balsa contra los rugientes rápidos con el agua violenta y las rocas afiladas. Tenía que llamar al señor Moore de nuevo. Necesitaba volver a llamarlo de inmediato. Me volví a la pareja detrás de nosotros, evitando la mirada de Dylan.

—Mmm., ¿alguien tiene un teléfono? —pregunté.

Dylan y Patrick negaron con la cabeza, mientras que Hannah ajustó los remos antes de sonreír y hacerme un guiño.

—Todos dejamos nuestros teléfonos en el coche para que no se cayeran al río —dijo.

—Muy divertido —gruñí, mis dedos golpeando nerviosamente el lado de la balsa. Miré por detrás de Hannah río arriba hacia mi teléfono móvil hundido.

—Veo en tus ojos un «tengo una idea», jefa —dijo Hannah, entrecerrando los ojos con recelo hacia mí.

—Me pregunto si...

Hannah comenzó a reírse.

—El teléfono ha muerto.

—Se supone que la carcasa del teléfono es resistente al agua —Protesté, frunciendo el ceño ante ella ya que parecía no entender cuanto necesitaba llamar al señor Moore—. Si encontramos

el teléfono móvil y lo meto en un poco de arroz, probablemente funcione lo suficientemente bien como para devolverle la llamada al inversor y...

—Jennifer —dijo Hannah, sacudiendo la cabeza—. Entiendo que te preocupen tus negocios. Pero sé realista. No tenemos arroz y el teléfono se encuentra en el fondo del río.

Me mordí el labio.

—Era mi única oportunidad.

—Todo va a ir bien —dijo, cuando mi labio empezó a temblar—. Él lo va a entender. No hay manera de que no lo entienda.

—¿Y si piensa que le colgué? —Tiré con nerviosismo de las correas de mi chaleco salvavidas—. Él pensará que soy poco profesional, no digna de confianza e irresponsable. ¿Quién en el mundo querría invertir una gran suma de dinero en alguien así?

—Estás entrando en pánico, Jennifer —Hannah me miró con suavidad—. Necesitas empezar a dormir más porque simplemente estás poniéndote en lo peor. Por favor, no te preocupes. Yo sé que él va a entenderlo. Él invertirá en tu negocio. Relájate.

—Sí, no es que se pueda controlar donde hay señal y donde no —dijo Patrick con un encogimiento de hombros—. Sería tonto si dejara que una llamada fallida influyera en su decisión sobre si invertir o no.

—Eso tiene sentido —Asentí con la cabeza mordiéndome las uñas, un hábito terrible que había desarrollado durante el divorcio de mis padres. Miré a Dylan sumergido en sus pensamientos, pero parecía vacilante, como si se estuviera debatiendo si debía decir algo o no.

Levanté la barbilla.

—¿Qué opinas, Dylan? ¿He arruinado mis posibilidades con el inversor?

Hannah y Patrick se volvieron también hacia él, con los remos suspendidos sobre el agua mientras avanzábamos por otra sección calmada del río.

—¿Y bien? —Insistí al ver que seguía en silencio.

Por último, dijo:

—¿Por qué necesitas a ese tipo?

No era lo que esperaba oír. Me quedé mirando a Dylan y él me devolvió la mirada, mientras que Hannah y Patrick nos miraban fijamente a uno y otro.

—Lo necesito para invertir en mi negocio —dije, pensando que esa parte era evidente—. Así podría abrir mi tienda y después dejar mi trabajo actual día. He estado trabajando día y noche para conseguir este objetivo y estoy tan cerca que casi puedo sentirlo.

—Puedo dar fe de que ella trabaja día y noche —dijo Hannah—. Estamos de suerte respecto a que ella se tomara la tarde libre. El tiempo libre es un hecho poco habitual para el horario de Jennifer.

—Bueno, no quiero tener dos empleos toda la vida —señalé.

—Tienes un producto único, ¿verdad? —preguntó Dylan, inclinándose hacia adelante y poniendo los codos sobre sus rodillas—. Hannah dijo que has diseñado una especie de bolsa de viaje, ¿verdad?

Asentí.

—Sí.

—¿Y piensas que es un producto único, de alta calidad?

—Es un producto de alta calidad.

—¿Y crees en el producto? —preguntó, fijo en mí.

Asentí con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras mientras le miraba a los ojos.

—¿Y harías cualquier cosa por ver que tiene éxito?

—Sí.

Movió su mano y encogió levemente los hombros.

—Entonces, ¿qué importa ese tipo?

Metí mi barbilla hacia adentro y lo miré:

—Él importa mucho. Él es el inversor.

—No uno muy comprometido si se va porque no estás disponible una tarde, cuando no se trataba de una llamada programada —dijo, haciendo una muy buena observación—. Si no es este inversor, entonces es mejor saberlo ahora.

Mi corazón se derrumbó. ¿Era mejor? Es decir, su lógica tenía sentido. Pero había querido esto durante tanto tiempo y estaba tan cerca.

—Pero si no invierte en mi compañía...

—Pues encontrarás a alguien —dijo, abriendo sus brazos—. Eres, obviamente, muy resolutiva, ya que trabajas mientras haces rafting. Apuesto a que un revés no te frenará.

Me sonrojé ante el cumplido, o tal vez un poco por la vergüenza de estar trabajando mientras mantenía una cita doble.

—Lo siento por responder a la llamada.

Empezó a abrir la boca.

—No, de verdad que lo siento —le dije, dándome cuenta de que había arruinado aquella cita, y él estaba resultando ser un muy buen chico—. En primer lugar, mi malentendido. A continuación, el miedo a ser comida por un puma.

Él levantó una ceja.

—Olvida que he dicho eso —Negué con la cabeza—. Has sido muy paciente conmigo. Todos los habéis sido. Yo trabajo duro y merezco desconectar durante un par de horas. Todos merecemos un viaje en balsa relajante.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba y mi vientre dio un pequeño vuelco.

—Comenzando ahora.

—De acuerdo —dije, asintiendo con determinación.

Pero tan pronto como las palabras surgieron, un nudo se formó en mi vientre. Yo quería creer lo que había dicho Dylan sobre otro inversor si el actual no aceptaba. Realmente quería. Pero, ¿funciona la vida de esa manera? Es decir, el dicho «oportunidad de tu vida» no es que exactamente de a entender que detrás de una oportunidad viene otra.

Tal vez Dylan estaba equivocado. Por mucho que yo quisiera que estuviera en lo cierto, tal vez no lo estaba. El señor Moore era importante. Necesitaba su inversión y necesitaba responder a cualquier pregunta que tuviera para mí, lo que significaba que necesitaba mi teléfono móvil.

Sabía donde había caído en el río. Bueno, aproximadamente. Tenía la certeza de que la carcasa del teléfono era resistente al agua. Bueno, quizás. Y sabía nadar. De acuerdo, más o menos. Dar vueltas en la piscina del gimnasio no podría ser muy diferente a un río con su corriente (y sus pescados), ¿verdad?

No estaba segura de qué me daba más miedo. Perder el inversor o saltar a un río infestado de peces y barro para buscar un teléfono que debía estar hundido en el fondo en aquel momento.

Dylan estudió mi cara. Me pregunté si podía ver mis engranajes locos girando dentro de mi cabeza. Llegó hasta mí al mismo tiempo que yo sacaba las piernas sobre el borde de la balsa para mirar hacia abajo, pero me quedé congelada cuando oí un sonido sibilante. Con su mano en mi brazo, Dylan y yo nos miramos el uno al otro antes de desviar la mirada hacia el fondo de la balsa.

El agua se derramaba en torno a nuestros pies. A continuación, nuestros tobillos. A continuación, nuestras pantorrillas.

Nuestra cita doble se hundía, se hundía rápidamente.
Y no se trataba de ninguna metáfora.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando en las películas se estrella un avión en una isla remota, la gente cuando toca tierra inmediatamente cae de rodillas y la besa. Pero me negué a hacerlo porque uno, es grave, y dos, besar la arena de aquella pequeña isla era la última cosa que quería hacer.

Lo que quería besar era el volante de mi coche para poder volver a la vida urbana. Quería besar una buena copa de vino estando en el patio de un bar exclusivo del centro. Quería besar el borde de la ducha y el calor, el agua limpia vertiéndose sobre mi cuerpo, que estaba empapado en agua de río en aquel momento. Y, sobre todo, quería besar la pantalla de mi teléfono móvil con una fuerte señal de Wi-Fi y una batería llena.

Ninguna de estas opciones atractivas iba a suceder en un muy corto plazo de tiempo.

Por lo tanto, paseé por la arena y traté de mantener mi pánico en secreto, mientras veía como Dylan, Patrick y Hannah tiraban de la balsa desinflada hacia la pequeña isla donde estábamos atascados en aquel momento. La corriente del río trató de recuperar el plástico de color naranja y ellos se esforzaron por seguir tirando de ella hasta tierra. Mis manos se movieron para ayudar, pero ya había estado ayudando inicialmente y me habían enviado a supervisar después de que emitiera unos aullidos menores de que íbamos a morir.

No era mi culpa. Si algo desconocido bajo el agua (pongamos un pez grande y feo) no hubiera restregado su cuerpo viscoso contra mis piernas, no habría temido y aullado por mi vida. En aquel momento me quedó claro que debí ir a terapia tras aquella total debacle ocurrida en el campamento durante mi infancia. Vivir para aprender.

Cuando el lío arrugado de color naranja en que quedó nuestra balsa finalmente llegó a salvo a la isla, vi a Hannah caer sobre su espalda. Patrick se dejó caer a su lado, con las manos en los costados. Dylan metió los dedos de los pies en el agua poco profunda y parecía estudiar la pequeña isla en la que esperábamos no quedar atascados durante años como Tom Hanks en *Náufrago*.

Sin vistas al océano, por desgracia. La isla no era más grande que un pequeño grupo de árboles, un anillo de arena y una vista del río, aparentemente inocente, que contenía viscosas (aunque admito que no mortales) criaturas bajo sus ondas tranquilas.

—Lo siento, chicos —dijo Dylan volviéndose hacia la balsa arrugada—. Revisé todo antes de salir, así que no estoy seguro de cómo hemos acabado con un agujero en la balsa.

Hannah estiró la cabeza hacia atrás para sonreír a Dylan.

—Tal vez has estado un poco distraído en este viaje —dijo.

Dylan levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso?

Vi los ojos de Hannah parpadear hacia mí antes de volver su mirada hacia Dylan, echándose a

reír.

—Oh, se me ocurre algo que haya podido ser una distracción...

Patrick comenzó a hacerle cosquillas.

—¿Tienes idea acerca de qué?

—No nada. Nada en absoluto —dijo ella riendo histéricamente—. Para. ¡Por favor para!

—Debemos centrarnos en conseguir reparar la balsa —dijo Dylan, de rodillas y descolgando su mochila de su hombro.

—Buena idea —dije, preguntándome por qué no parecía que Hannah y Patrick estuvieran preocupados de estar en una pequeña isla sin comida (o café).

—Tenemos que averiguar dónde está el pinchazo —dijo Dylan con el ceño fruncido mirando la balsa.

—¿No has localizado el agujero todavía? Tal vez estás un poco descolocado —dijo Patrick, moviendo la mirada de Dylan a mí y luego de vuelta a Dylan de nuevo—. Tal vez Hannah tenga razón y algo o alguien te haya distraído, ¿eh?

Hannah se echó a reír, haciendo que Patrick mostrara una pequeña sonrisa de orgullo, pero mis mejillas se calentaron de humillación. ¿Estaban diciendo que yo lo estaba distraendo? ¿Era por eso que la balsa se había hundido y la razón por la que habíamos quedado atrapados en medio de un río?

—Tal vez estoy distraído —Dylan se encogió de hombros y luego volvió su atención a la búsqueda de algo en su mochila—. Mi hermana va a tener pronto su bebé, ¿vale?

Hannah dio un codazo a Patrick juguetonamente antes de decir:

—¿Quieres decir que nadie más te está distraendo?

—Podríais ayudar a Dylan, sabéis —Señalé con el dedo hacia ellos y seguidamente en dirección a la balsa como una varita mágica—. ¿Tal vez trabajando en equipo para conseguir salir de la isla en lugar de actuar ridículamente?

Traté de llamar la atención de Dylan, pero él mantuvo su atención centrada en las toallas y ropa limpia y equipo de emergencia médica y el teléfono que estaba sacando de su mochila, apilando todo junto a él. Mis ojos se abrieron al ver su teléfono. Me pregunté si habría cobertura allí, pero decidí que no era una buena idea preguntar en aquel momento.

—Así es, Dylan —dijo Hannah, descansando de nuevo en los codos, con los dedos del pie moviéndose en la arena—. Escuché que Felicia estaba a punto de dar a luz. Felicidades, por cierto.

—Gracias —respondió él, sacando una pequeña caja de herramientas y lo que parecían ser dos piezas de plástico negro, y de nuevo dirigiéndose hacia la balsa—. ¿Hacéis algo útil y vais a comprobar la corriente al otro lado de la isla?

—Claro que sí —Hannah me guiñó un ojo antes de levantarse de un salto y arrastrar a Patrick con ella. Caminaron a lo largo del borde de la isla y pronto desaparecieron detrás de los árboles, dejándonos a Dylan y a mí solos por primera vez.

Me quité el chaleco salvavidas con dedos temblorosos, traté de averiguar lo que me ponía más nerviosa: estar atrapada en una isla o quedarme sola con un chico al que le estaba tomando un poco el gusto, a pesar de que parecíamos no tener nada en común.

Caminé hacia él situado junto a la balsa.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —pregunté.

Sonrió por encima de mí.

—¿Quieres buscar madera para un fuego?

Mis cejas se juntaron.

—¿Necesitamos una hoguera?

—Sí, puede que estemos aquí un tiempo —dijo, guiñándome un ojo.

—¿Un tiempo? —pregunté, pensando que Dylan tenía la capacidad de sacarnos de aquella isla de inmediato. ¿Cómo se supone que debíamos sobrevivir allí por un tiempo? Seguramente no había nada que buscar por allí. Bizqueé a la sombra suave de las hojas verdes. ¿Cómo atrapar a un conejo? ¿Sería incluso capaz de comer un conejo? Un lindo conejito con una nariz y unas orejas juguetonas. No, no, no podría comerme a Tambor.

¿Bayas? Tal vez podría sobrevivir a base de bayas por un tiempo. Pero, ¿había bayas no venenosas? Mi ritmo cardíaco se aceleró de mala manera.

—¿Dylan? —Le pregunté, manteniendo mis ojos en el bosque en miniatura, ponderando el número de bayas que necesitaríamos para mantener a cuatro personas con vida durante «un tiempo».

—¿Si?

—¿Sabes distinguir qué bayas son venenosas?

—¿Por qué? ¿Quieres picar algo?

—Mmm. Sí —dije, de repente visualizando una nueva vida tirada allí en la pequeña isla en el centro del río. El pánico finalmente comenzó a burbujear dentro de mí y no pude aguantar por más tiempo—. ¿Crees que estamos seguros aquí?

—¿Qué? —preguntó Dylan acercándose a mí.

Agité mi brazo alrededor para indicar nuestra completa falta de recursos.

—Me preocupa que encuentren nuestros huesos aquí dentro de siglos y formulen teorías acerca de la forma en que morimos.

—Jennifer... —Tomó mi mano y la apretó—. Sugerí que buscaras leña sólo para darte algo que hacer. No creo que vayamos a estar atrapados aquí hasta el anochecer.

—Oh... —Parpadeé, procesando su pequeña porción de información. Por último, una pequeña burbuja de risa se abrió camino desde mi pecho hasta la garganta para terminar escapando de mis labios—. ¿Estás diciendo que no vamos a morir? ¿Estoy entrando en pánico por nada?

—Más o menos —dijo, sonriendo ligeramente. La mirada de incredulidad que me lanzó provocó más burbujas de risa surgiendo como un tren imparable. Dylan se unió haciendo que aún me riera más fuerte hasta que termináramos los dos partiéndonos de risa.

Apreté las palmas de mis manos contra mis costillas, que me estaban empezando a doler, pero no podía dejar de reír. ¿Quién imaginaba que una primera cita podía volverse tan hilarantemente desastrosa? Tal vez aquello fue la reacción de mi cuerpo a la negación de la realidad, la situación de abandono y sin una balsa. De ser así, esperé a que las burbujas no dejaran de llegar.

* * *

Después de que la risa burbujeante se detuviera, me di cuenta de que todavía estábamos varados en el medio de la nada, sin agentes de policía o bomberos que nos rescataran. Teníamos que crear un plan para salir de allí. Yo era buena haciendo planes. De hecho, tenía una plantilla en mi teléfono.

Oh, espera, mi teléfono estaba en el fondo del río.

Golpeé la palma de mi mano contra mi frente y rápidamente deseé no haberlo hecho. Ese pequeño golpecito me había dolido.

—Oh... ¿llevo un golpe en la cara?

Dylan me miró de soslayo.

—No, sólo es una pequeña quemadura de sol.

—¿Una pequeña quemadura de sol? —pregunté, sabiendo que no existían quemaduras menores. Sólo había quemaduras por el sol y quemaduras solares. Lo mismo era. Las quemaduras de sol traen todo tipo de cosas malas. El cáncer de piel, por ejemplo. Descamación de la piel, por otro lado. Probablemente parecería que había envejecido diez años en un día.

—Estoy empezando a reconocer esa mirada que pones —dijo, levantando las palmas de las manos—. Eh, relájate. Las quemaduras no son tan malas. Tengo un poco de protector solar.

—¿Tú crees? Gracias —le dije, me gustaba el hecho de que estuviera preparado. El último tipo con el que había salido ni siquiera era capaz de molestarse en hacer reservas para cenar en una noche de viernes.

—No te muevas —dijo, con sus cálidos dedos contra mis mejillas mientras limpiaba la crema blanca. Las quemaduras solares debían haberse extendido porque noté calor por todas partes—. ¿Mejor?

—Sí —le dije, noté una voltereta en mi vientre. Me pregunté si sería demasiado descarado pedir una segunda ronda de protector solar. Me dio un escalofrío.

—Realmente eres una chica de ciudad, ¿verdad? —preguntó, sosteniendo mi mirada.

—Tal vez un poco —dije mirando hacia él. El aire se hizo denso entre nosotros y me sentí feliz de haber ido en balsa y feliz de que Hannah hubiera organizado aquella doble cita... hasta que recordé que me había quedado tirada—. Entonces, ¿cómo podemos solucionar lo de la balsa?

Puso el tapón de nuevo en el tubo de protector solar y volvió a mirar a la balsa desinflada.

—Normalmente, ponemos un parche y esperamos a que el parche se seque.

—¿Normalmente?

—Se me olvidó el kit de parches en el maletero de mi coche —dijo, su comportamiento seguro pareció debilitarse por primera vez—. Tal vez he estado un poco distraído.

Mi vientre sintió calor y mi mirada se cruzó con la suya. ¿Era por el nuevo bebé? ¿Realmente se sentía distraído por mi culpa? Me pregunté si estaba molesto en aquel momento. Desde luego, él si me estaba distrayendo a mí del peligro de nuestra situación.

Me aclaré la garganta:

—¿Qué pasa con la herramienta que tienes ahí?

Se pasó una mano por el pelo.

—Sí, eso funciona muy bien si tienes un parche que poner en la balsa.

—Lo que nosotros no tenemos, ¿no?

—Exactamente.

Pulsé sobre mi sien.

—Tiene que haber algo más que podamos utilizar para repararla.

—¿Cómo qué?

—¿Y cortar un minúsculo trozo de la balsa para tapar el agujero?

—¿Qué haríamos con el segundo agujero?

—Cierto. Uh —Mi cerebro trataba de funcionar pero necesitaba un chute de café en aquel momento—. ¿Podríamos cortar un trozo del chaleco salvavidas? Flotan, ¿verdad?

—No va a funcionar.

—¿La suela de un escaquin?

—Muy grueso.

—¿Hojas de palma?

—¿Ves una palmera?

—En realidad, no —dijo, recordando que no éramos personajes de *Náufrago*—. Sólo con mi

suerte podemos quedar varados en una isla desierta de río en lugar de en una isla tropical. Mejor hubiera sido en una tropical. Hacer una cabaña, comer algunos cocos y conseguir un Wilson para no morir de soledad mientras espero un rescate. Listo.

—Guau —Se las arregló para infundir esa única palabra con un montón de sentimiento.

Miré el agua.

—¿A qué distancia está a la civilización?

—Demasiado lejos para nadar.

—¿Estás seguro? Soy una gran nadadora. He ido a clases de yoga acuático.

Farfulló, levantando una mano hacia la boca.

—¿Qué has ido a qué?

Enderecé mi columna vertebral.

—El agua aumenta la resistencia.

—Interesante —Mantuvo sus cejas elevadas—. Bueno, necesitamos un parche o un plan alternativo. Estoy pensando que esta última es la mejor opción ya que no tenemos parche.

Levanté un dedo.

—La primera regla de supervivencia es un plan alternativo.

Sonrió de forma sincera, lo que hizo que pareciera aún más guapo.

—Exactamente.

Mi pecho se llenó de orgullo. Decidí no mencionar que sabía eso porque había visto una serie de películas en las que se arruinaba un viaje. Investigación para las ventas de equipaje, ya se sabe.

Dylan volvió a mirar hacia el río.

—Podríamos inflar dos flotadores y enviar de vuelta a Hannah y a Patrick al punto de inicio para que cojan la balsa extra.

—¿Tienes una balsa extra pero no la has traído? —Me aparté el pelo de la cara—. Creía que estar preparado era también una regla de supervivencia.

—Lo es —Dylan clavó su pie en el suelo—. No hay rápidos grandes a partir de aquí. Ellos deberían llegar bien con los flotadores. Cuando vuelvan aquí, les preguntaré si quieren ir a buscar la otra balsa y traerla. De lo contrario, Patrick y yo podríamos hacerlo.

No parecía haber ninguna otra opción. Salvo que sentía como si tuviera que hacer algo más para arrimar el hombro y ayudar.

—Puedo ir con Hannah para conseguir la balsa —dije.

Dylan se metió las manos en los bolsillos.

—Sin ofender, pero me gustaría salir de esta isla.

—No me ofende —dije con mi voz más altiva—. ¿Crees que encallarías o algo por el estilo?

—No, creo que no tengo ningún remo adicional.

Mi boca se abrió.

—No vas a dejarme superar esa vergüenza ¿verdad?

—Definitivamente no es algo que vaya a olvidar —dijo, pero la comisura de su boca se subió hacia arriba y su tono me dio la sensación de que quizás lo recordaría de una manera divertida. Interesante.

Hannah y Patrick aparecieron de detrás de los árboles y se acercaron a nosotros.

—La corriente por allí es bastante fuerte —dijo Hannah—. Así que a menos que queramos lanzarnos hacia duros rápidos, debemos continuar por el camino en que estábamos.

—Y también hay un montón de rocas —añadió Patrick.

—Exactamente —Hannah asintió, sin parecer ni un poco molesta por la situación—. Para

seguir por un camino seguro, tenemos que lanzarnos por esta orilla. ¿Cómo va la reparación?

La miré.

—Se olvidó el parche.

—Totalmente distraído —dijo Hannah, sonriendo.

Patrick también sonrió, pero Dylan simplemente se dio la vuelta sin admitir nada. Después de la aplicación de protector solar, sentía con más seguridad que yo era la distracción. Y no era exactamente una sensación terrible.

—Tenemos otro plan —dije, sosteniendo un dedo hacia arriba.

Dylan se volvió hacia Hannah y Patrick.

—Vosotros dos podríais coger los flotadores y lanzaros río abajo hasta el punto final, conducir hasta donde hemos empezado y coger la balsa de repuesto de mi coche.

—Estaremos ansiosos de que regreséis —dije, dejándome caer sobre la arena—. No nos olvidéis y nos dejéis morir aquí.

Hannah puso los ojos en blanco.

—Gracias por ese recordatorio, Jennifer. Ahora estás a salvo.

Ella se inclinó y me dio un abrazo rápido antes de inflar los flotadores y dirigirse río abajo. Una vez que pasaron la curva y se perdieron de vista, Dylan se sentó a mi lado. El viento agitaba el agua. Me quedé mirando la superficie, desconcertada por el repentino cambio de mis circunstancias. No hacía mucho tiempo antes, había sido una chica normal de ciudad. En aquel momento, era una náufraga.

—¿Estás bien? —preguntó.

Me moví un poco a la sombra, que casualmente me hacía estar más cerca de Dylan.

—Supongo.

—Lo siento por el agujero.

—Al menos no puedes culpar a mis tacones Gucci.

Él sonrió.

—No, nunca pensé en ellos.

—Claro —dije, golpeando su brazo.

—Probablemente ocurrió cuando golpeó las rocas —dijo, doblando las rodillas y rodeándolas con sus brazos.

Eso despertó mi curiosidad.

—¿Has pasado por cosas más peligrosas en tus aventuras al aire libre?

Se rió bajito.

—Sinceramente: sí.

Le miré boquiabierto.

—¿Como qué?

—Una vez, mientras practicaba kayak cerca de las Bahamas, un tiburón se comió la mitad de mi kayak.

Tiré mis piernas y pies hacia el pecho y luego miré hacia el agua con el ceño fruncido, como si unas sospechosas mandíbulas estuvieran a punto de salir y comerme.

—¿Un tiburón se comió tu kayak?

—Sólo la mitad de él.

—¿Estás loco? —Solté.

Él sonrió.

—Eso depende de a quién se lo preguntes.

Estudié su cara otra vez.

—¿Por qué te gustan tanto las actividades al aire libre cuando podrían hacer que murieras? Quiero decir, ¿hola? ¿Tiburón?

—Hay una razón, en realidad —Se echó hacia atrás sobre sus manos—. Me enfermé, muy enfermo. Pensé que iba a morir.

Mis cejas se levantaron.

—¿Si? Y ahora... ¿estás bien?

Se pasó una mano por el pelo, alborotándolo y haciéndolo lucir aún más guapo.

—Sí. Pero no lo estaba entonces. Me di cuenta de que no había cumplido ni una sola cosa de la lista de cosas que quería hacer antes de morir. Me impactó la posibilidad de que nunca tuviera la oportunidad de hacer una sola cosa de aquellas. No podía creerlo. Vivir una vida haciendo precisamente lo que todos me decían que debía hacer. Sin saber qué más había por ahí. Sin sentir que había vivido mi vida.

Aparté la vista.

—No hay nada de malo en vivir una buena vida normal.

—Quieres decir a salvo.

Miré a mis pies.

—¿Qué pasa con la seguridad?

—No existe tal cosa. Realmente no existe. Yo hice todo bien aún así enfermé. Decidí que había sido el universo diciéndome que tal vez lo que era correcto para todos los demás, no era adecuado para mí.

—No me puedo imaginar lo que se sentirías, pero me alegra que estés mejor —dije, mirándole con sinceridad—. Vivo una vida segura pero me queda como un traje. No me puedo imaginar en kayak con tiburones cerca.

—No me tomes a mal —dijo, empujando mi brazo un poco mientras se reía—. No sabía que el tiburón estaría allí o que mordería mi kayak. Era un poco inusual para la zona.

Me reí.

—¿Estás diciendo que no tienes tendencias suicidas?

—Todo lo contrario.

—Ah, bueno saberlo —dije, sonriendo—. Creo que soy afortunada de que no estés intentando comprar un negocio de paracaidismo. Si lo hubieras querido, tal vez ahora estaría a toda velocidad hacia la tierra en lugar de atrapada aquí en la naturaleza.

Sus labios se curvaron hacia arriba.

—¿Consideras que esto es la naturaleza?

Me encogí de hombros.

—Bueno, no es exactamente una excursión con los gorilas en África. Sin embargo, normalmente lo más cerca que estoy de la naturaleza son las plantas de mi vecino, así que...

—Deberías salir más al aire libre.

—Cuando logre salir de esta isla sin duda voy a salir —le dije, mostrándole una amplia sonrisa—. Para tomar sushi y vino. Tal vez también una tabla de quesos.

Su hombro empujó el mío.

—¿Tienes miedo de los peces pero comes sushi?

—¿A dónde quieres ir a parar con eso?

—Sólo hacer una observación. Te puedo conseguir un poco de sushi si tienes hambre.

Me animé.

—¿Puedes?

Él me mostró una sonrisa maliciosa.

—Claro. Simplemente me haré una lanza e iré a buscar un pez o dos.

—Paso —le dije, sin saber si era o no broma. Decidí cambiar de tema, rápido—. ¿Tu hermana va a tener un bebé?

—Sí —dijo con una enorme sonrisa que se extendía por sus mejillas bañadas por el sol—. Esa es la razón por la que vine de nuevo a la zona de Sacramento. Familia, ya sabes.

—No, no lo sé muy bien —dije con un nudo en la garganta y sorprendiéndome. Entonces me encogí de hombros—. Las cosas se complicaron después de que mis padres se divorciaran.

—Lo siento.

—Gracias —le dije, pensando en cómo nada volvería a estar bien de nuevo en nuestra familia—. Nuestra familia cambió de una manera que nunca imaginé y no supe cómo gestionarlo. De repente, aparecieron extraños a mi alrededor. Mamá con pareja. Papá con pareja. A veces esas personas tenían sus propios hijos. Los días de fiesta se convirtieron en una serie de discusiones sobre quién iba a ser invitado y quién no.

—Eso tiene que ser duro.

—Pues no hace que tenga ganas de vacaciones exactamente —dije, dejando escapar un largo suspiro—. Entiendo que no has estado cerca de tu familia últimamente, ¿no?

—Así es. He estado muy ocupado explorando el mundo.

—¿Terminaste tu lista de deseos?

—Tengo una cosa pendiente de hacer.

Me froté las manos sobre mis piernas.

—¿Qué es?

—Hacer esnórquel en Silfra.

No pude procesar aquello.

—¿Quieres bucear con peces? ¿No fue suficiente para ti el tiburón que casi se come tu kayak? Su risa era cálida, agradable. Me hizo sentir mariposas en el vientre.

—Es la abertura entre dos placas tectónicas.

Placas tectónicas. Debía tener algo que ver con la geografía. Arrugué la frente.

—¿Por qué querías hacer eso?

—Es una experiencia única —Se dio la vuelta y me miró, su expresión se tornó animada—. Es en Islandia.

Levanté una mano.

—¿Dijiste Islandia? ¿Hay hielo allí?

—Sí.

—Brrrr. Puedo entender por qué la gente sólo lo hace una vez en la vida.

Se rió de nuevo.

—Cuéntame de ti. ¿Qué es lo que deseas hacer más que cualquier otra cosa?

Demasiado fácil.

—Conseguir el acuerdo con mi inversor.

Su mano rozó la mía.

—Realmente te preocupas por tu negocio.

Asentí.

—Significa todo para mí.

—Uh. Explica todo, si no te importa.

—Todo —dije, a la defensiva—. Quiero comprar una casa. Necesito empezar un plan de jubilación. Poner mis números en orden. Quiero estabilidad, que suena exactamente a lo contrario de lo que quieres tú.

—Yo no diría eso.

Mi estómago dejó escapar un murmullo en voz alta. Golpeé mi vientre con mis manos, mirándole avergonzada.

—En mi defensa, pensé que habíamos quedado a comer en esta cita. Y la charla de sushi no ha ayudado.

Se levantó.

—Tengo una idea. Ven.

Me puse de pie.

—No vamos a cazar peces con un arpón, ¿verdad?

—No. Demasiado complicado y no tenemos fuego —Contuvo un par de ramas bajas del pequeño árbol para que pudiera pasar—. Vamos a ver si hay algo por aquí.

En mi mente me imaginé una cabaña tiki. Con bebidas. Algunos aperitivos. Un barco elegante con un equipo que estaría feliz de ayudar a rescatarnos. Pero, ¿encontraríamos estas cosas? No hubo suerte. Sólo seguimos caminando. Entonces Dylan se detuvo bruscamente y yo corrí a esconderme tras su espalda. El contacto hizo que pequeños escalofríos corrieran por mi espalda y di un paso hacia atrás.

—La merienda —dijo, señalando a un arbusto.

Examiné el pequeño arbusto entre la maleza y levanté una ceja.

—¿Estás seguro? No hay bayas —Mi frente se arrugó—. ¿Cómo sabes que estas hojas no son hiedra venenosa o algo así?

—No lo son —Él arrancó unas cuantas hojas y las bayas aparecieron—. ¿Ves? Las bayas están debajo de las hojas.

Colocó algunas bayas calentadas por el sol en la palma de mi mano. Las miré de forma sospechosa.

—Dijiste que conocías algunas plantas.

Arrancó más bayas.

—Esta es una de ellas.

Miré hacia el fruto rojo-púrpura. Todas las bayas crecían en arbustos, ¿verdad? Entonces, ¿por qué me fiaba de las que venían en una bolsa de plástico en el supermercado y de esas no?

—Tú primero.

—No me importa hacerlo —Él tiró unos cuantos a su boca, los masticó y luego se los tragó—. ¿Ves? Perfectamente... —Se detuvo, con las manos empujando a su garganta. Se atragantó y empezó a agitar sus brazos de lado a lado. Grité, tiré las bayas y de inmediato Dylan estalló a reír—. Lo siento. Igual me he pasado con la broma.

Puse una mano sobre mi pecho.

—¿Pero qué has hecho?

—Creí que te parecería divertido —dijo.

—¿Divertido? ¡Pensé que te estabas muriendo! —Crucé los brazos, me alejé de él unos pasos, hacia las ramas y las bayas en el suelo.

Su mano cogió mi hombro.

—Lo siento. No debería...

—Picaste —dije, señalando con el dedo. Entendió que estaba bromeando y luego reí—. Los dos podemos jugar a este juego.

Él dejó escapar un suspiro.

—Admito que estoy nervioso por esta cita. Hacía mucho tiempo que no tenía una cita y hoy he cometido algunos errores, lo sé.

Suavicé al instante.

—Por lo menos no lanzaste un remo al agua.

—Es cierto —dijo, y me ofreció una cálida sonrisa—. Eso es mucho peor.

Mi estómago gruñó mientras me reía.

—Aquí —Tomó algunas bayas y me las pasó—. No es sushi, pero te servirá de momento.

Me las metí a la boca.

—Mmm. Son como un pastel.

—Sirven para hacer un buen pastel.

—Si tuviéramos un molde de pastel. Harina. Azúcar —Paré en aquel momento ya que nunca había hecho una tarta en mi vida y simplemente estaba soltando lo que me parecía que solía llevar un pastel, habiendo llegado al final de mis conocimientos.

—Todo lo que necesitamos para el pastel es una sartén de campamento, un poco de fuego, las bayas y un poco de azúcar —dijo.

—Estoy bastante segura de que necesitamos un horno para un pastel. Nunca he escuchado a de nadie que hornee un pastel en una hoguera.

—He hecho tocino y huevos en una bolsa de papel sobre un fuego.

—Ahora sólo me estás torturando —Ahuequé mi mano sobre mi vientre de nuevo—. Voy a admitir que me sorprende que cocines. Has hecho un montón de cosas. Eres un tipo interesante, Dylan.

Él hizo una pausa.

—No estoy seguro de cómo tomármelo.

Sonreí.

—Tómatelo como un cumplido.

—Me alegra —dijo, deslizándose su mano alrededor de la mía, haciendo que mi vientre diera un pequeño vuelco. Volvimos hacia atrás, hacia el lugar donde originalmente habíamos llegado con la balsa pinchada—. He hecho algunas cosas divertidas, pero hay mucho más que hacer ahí fuera en el mundo.

Por alguna razón, la idea de que se marchara para realizar otra aventura y que no volviera me puso un poco triste.

—Pensé que sólo te faltaba una cosa por cumplir en tu lista —dije.

—Eres buena escuchando —dijo, inclinándose para recoger una roca. La tiró con una mano mientras con la otra mano mantuvo el asimiento de la mía. La roca se deslizó sobre la superficie del agua varias veces antes de finalmente hundirse—. Sí, queda una cosa. Así que es hora de escribir una nueva lista de cosas por hacer antes de morir.

—¿Más aventuras? —pregunté, y nos miramos el uno al otro. El sol brillaba sobre su pelo, destacando las partes más claras. Sus profundos ojos azules miraban a los mía mientras asentía—. ¿Alguna vez pararás? ¿Te quedarás en algún lugar?

—Comprar una casa, conseguir un trabajo estable... ¿todas esas cosas?

Un pedazo de una hoja yacía sobre su hombro, así que me incliné y lo quité.

—Sí, eso.

No había pensado en ello —dijo, viéndome jugar con la hoja entre los dedos—. Estoy acostumbrado a mi vida. Quiero comprar este negocio de rafting para tener más oportunidades de viajar.

Señalé lo que pensaba era obvio.

—Si tienes un negocio, tendrás una gran responsabilidad. Será difícil que te vayas cada vez que quieras.

—Tengo un montón de amigos que estarían dispuestos a echar una mano. Y los propietarios de negocios de turismo de aventura tienden a recibirse bien entre sí. Podría ir a cualquier lugar una vez creara esa red de contactos.

—Eso es importante —Mis hombros cayeron mientras pensaba en el trabajo de nuevo—. Yo necesito hacer más contactos. Trato de abrirme paso pero es difícil.

—¿No conoces a nadie más que haga equipajes?

Negué con la cabeza.

—No como los míos.

—Eso es probablemente un buen punto a favor de las ventas.

—Espero —Miré hacia el río, que sonaba delicado haciendo ondas—. Necesito hablar con mi inversor en cuanto nos vayamos de aquí.

—Estaremos de vuelta a la ciudad lo suficientemente pronto —Dylan me apretó la mano y, a continuación, la sacudió hacia atrás y adelante con las comisuras de su boca elevándose de una manera alentadora.

—Genial —Sonreí, feliz de que él entendiera mis objetivos. Necesitaba la inversión. Necesitaba dinero para conseguir poner el negocio en marcha, rentabilidad. Necesitaba el tipo de contactos que el Sr. Moore podría traer a mi negocio en ciernes. Él conocía gente y yo sabía que esas personas podrían ayudarme a conseguir lo que yo quería.

Todo iba a convertirse en humo si no era cuidadosa.

Dylan se sentó y me llevó a su lado. Su cadera se encontró con la mía. No me alejé. El río chocó en la orilla y me giré hacia él.

—¿Cuál es la mejor cosa que has hecho? —pregunté, queriendo llegar a conocerlo más.

Se inclinó hacia mí un poco más, sosteniendo mi mano en la suya y colocándola en su rodilla. El sol puso en relieve los pequeños pelos de su brazo y me di cuenta de que me sentía completa y totalmente relajada en aquel momento.

—¿Lo mejor? —preguntó haciendo un sonido de zumbido—. Es una pregunta difícil. Ha habido muchas cosas buenas. Si tuviera que elegir qué cosa volvería a hacer, diría que mi primer trayecto por aguas bravas.

—Por favor, dime que no ha sido el de hoy.

Su risa me hizo sonreír. Me reí también.

—No, no ha sido este. Te lo juro. Pero fue en este mismo río. Llevaba fuera del hospital unos dos meses y ya estaba lo suficientemente fuerte como para probar lo que siempre había querido. Así que lo hice. He estado enganchado desde entonces.

Dejé de mirarlo y miré hacia el agua.

—Debes haber pasado un momento difícil en tu vida.

—Sí —Volvió la cabeza y miró también hacia el agua—. Estuve en el hospital durante un largo tiempo. Casi un año, entrando y saliendo. Los médicos se habían rendido conmigo. Casi todos.

—Lo siento.

—No todo el mundo consigue un milagro. Yo lo logré.

—Me alegra —susurré, dándome cuenta de que nuestras caras se encontraban muy próximas entre sí. Él olía a jabón, luz del sol y río. Era un buen olor. Un olor fuerte. Sus labios me llamaron la atención. Eran carnosos y cincelados. Atractivos. Tan besables. Tenía una ligera cicatriz en la mejilla derecha. Era corta, tal vez una media pulgada de largo, y se desvanecía. ¿Cómo se la habría hecho?

—¿Y tú? —preguntó, metiendo la barbilla—. ¿Te has enganchado hoy al rafting?

—En la vida lo haré.

Él rió.

—Tienes que intentarlo de nuevo, al menos una vez más.

Estiré las piernas delante de mí. El sol había comenzado a desvanecerse. Una brisa fresca se encontró con el agua, agitando la parte superior de la misma. Me preocupé. ¿Tendríamos que pasar la noche allí?

—¿Escuchaste algo? —Inclinó la cabeza.

Presté atención.

—No... Espera. Creo que sí. Parece como si alguien estuviera gritando.

Dylan miró hacia el río, sus ojos azules se estrecharon contra los rayos del sol poniente.

—Creo que son ellos.

Busqué río arriba hasta que vi una balsa en el agua, cada vez más cerca.

—Tienes razón. Por fin vamos a ser rescatados —dije, sintiendo por primera vez que no se estaba tan mal en la isla.

Dylan se volvió hacia mí.

—Escucha, sé que esta cita no ha ido bien. Lo siento.

Me mordí el labio inferior.

—Digamos que ha sido una aventura.

Nuestros ojos se encontraron. La risa brotó de nuevo. No fue tan larga y fuerte como la primera risa que habíamos compartido, pero fue estupenda. Todavía estábamos riéndonos cuando Hannah saltó a la orilla. Patrick la siguió.

Lo admito. Casi me supo mal que nos rescataran. Demasiado pronto.

A pesar de que habíamos estado esperando durante horas.

—Ya era hora —dije, levantándome y sintiendo un frío vacío alrededor de mi mano al haber apartado Dylan la suya.

—Vamos a ello —dijo Dylan, y empezó a recoger sus pertenencias que estaban esparcidas alrededor de la orilla.

Comencé a caminar hacia la balsa a un ritmo rápido, sin prestar atención a las rocas sueltas en el borde de la orilla. En un minuto estaba andando a zancadas como si fuera una experta en actividades al aire libre y al minuto siguiente me estaba cayendo hacia adelante de cara contra el agua y sumergiéndome en ella.

El agua llenó mi nariz y mi boca. Un pez nadó sobresaltado lejos de mí tan rápido como sus aletas y su cola se lo permitieron. Esta vez no di un salto o aullé. Me relajé, sintiendo el agua fría a mi alrededor mientras me dejaba hundir.

De repente, fuertes manos me sacaron fuera del agua. Sorprendida, me encontré con la boca abierta y jadeante cuando Dylan me atrajo hacia él.

—Estoy bien —dije, a pesar de que estaba empapada y temblando.

—¿Seguro? Pensé que te estabas ahogando —dijo, con la voz tensa mientras yo me apoyaba en él y caíamos.

Los dos nos fuimos al suelo. Nuestros brazos y piernas se enredaron. Fuertes. Eso es en lo que no dejaba de pensar cuando mis manos agarraron sus brazos. Vaya, era muy fuerte. Suficientemente fuerte como para tirar hacia arriba y sacarme del agua cuando pensó que yo tenía problemas.

—Sólo estaba...

—¿Qué? ¿Qué estabas tratando de hacer? —preguntó.

—Lo siento —dije, capaz de ver que realmente lo había asustado.

—En serio, Jennifer. ¿Qué estabas haciendo?

—Sentir el agua fría del río alrededor de mí.

Él parpadeó.

—¿Y por qué harías eso?

Le miré a los ojos y decidí ser honesta.

—Trataba de ser aventurera, como tú.

Dejó caer su frente sobre la mía.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza, moviendo mi frente contra la suya.

—¿Y adivina qué?

—¿Qué? —Se preguntó, con las yemas de sus dedos debajo de mi barbilla.

—Por primera vez la naturaleza no me ha asustado en absoluto.

Y entonces la aventura de la isla terminó, no con la total humillación que normalmente sentiría estando sentada allí temblando y empapada hasta los huesos después de mi última debacle, sino con mi vientre aleteando a causa del chico más dulce que había conocido devolviéndome la sonrisa.

CAPÍTULO CINCO

El sábado por la mañana, me desperté, eché un vistazo a la hora en mi teléfono móvil (gracias a Dios había guardado mi viejo modelo) y jadeé. Habían pasado veinte minutos de la hora que había puesto mi alarma. ¿Pero qué...? Salí pitando de la cama, me vestí y me lavé los dientes. Había leído un artículo sobre los empresarios de éxito que decía que si quería tener éxito, tenía que desarrollar una rutina grabada a fuego. Yo trataba seriamente de cumplir con ello, pero siempre había algo que me hacía descarrilar. Me gustaba dormir. Dulces, dulces sueños.

Hoy ocurriría todo con mi negocio y que tenía que estar totalmente concentrada. Tenía una cita con mi agente inmobiliario para alquilar un espacio para mi tienda, suponiendo que el señor Moore invirtiera en mi compañía. También necesitaba volver a llamar al señor Moore hoy y dar una explicación de por qué nuestra llamada telefónica terminó abruptamente en el fondo de un río (obviamente me gustaría omitir la última parte). Podía sentir la tensión sobre mis hombros y no tenía tiempo que perder.

¡Ding-dong! ¡Ding-dong!

¿El timbre de mi puerta? Levanté una ceja. ¿Quién en la tierra podría estar allí tan temprano un sábado por la mañana? Fui a la puerta y miré por la mirilla. ¿Missy Peters? ¿Qué estaba haciendo allí la ex-novia de mi hermanastro? Ella vivía en... Nueva York o Bahía de la Luna Azul. No podía recordar ya que se movía por tantos sitios.

De hecho, yo había sido la que se la había presentado a Kyle en una pequeña reunión que había celebrado. Resulta que Missy (que era una famosa modelo) fue compañera de habitación de Hannah durante su primer año en la Universidad de California. Hannah llevó a Missy a mi pequeña fiesta, mientras que Kyle estaba en la ciudad de visita y el resto es historia... hasta que Missy pilló a Kyle con su dama de honor. Historia real.

Para ser honesta, yo prefería a Missy antes que a Kyle, pero él era familia.

Abrí la puerta.

—¿Missy? ¿Qué haces en la ciudad?

Ella me sonrió lánguidamente.

—Sé que es temprano. Me acabo de bajar de un avión y el hotel no me deja registrarme todavía. Me pregunto si puedo quedarme un rato.

Parpadeé mirando las maletas apiladas cerca de sus pies.

—Oh, por supuesto. Entra. Voy a hacer un poco de café —Estaba a medio camino de la cocina cuando me di cuenta. Me di la vuelta y me di un golpe en la espinilla con la maleta que estaba rodando—. Ay —dije, pensando que nunca hubiera pasado con uno de mis diseños—. ¿Sabes algo de tu prometido?

—Ex-prometido —Ella empujó una maleta contra una pared y dejó caer su equipaje allí

también. Me miró mientras yo estaba con la boca abierta avergonzada, pero su rostro tenía una expresión vacía—. No, no hemos decidido ser amigos, aunque él y Rebecca rompieron. ¿Qué puedo decir? Tengo la peor suerte con los chicos.

—Lo siento, Missy —dije, por fin.

—Espero que nuestra ruptura no afecte a nuestra amistad...

—Por supuesto que no —dije, agitando una mano—. No puedo creer que no me haya referido a él como ex prometido. Pero en mi defensa puedo decir que estuve trabajando hasta tarde y no me he tomado el café todavía. ¿Pongo una cafetera?

—Suena genial —dijo ella, siguiéndome a la cocina.

—Todavía no puedo creer que Kyle te hiciera aquello —le dije, derramando los granos en el molinillo y encendiéndolo. Un fuerte sonido chirriante se produjo hasta que los granos se molieron finamente—. En realidad, si creo que Kyle puede ser capaz de echarlo todo a perder. Pero... él se lo pierde.

Fui sincera en mis palabras. Missy era una persona optimista, dulce y generosa. ¿Mi hermanastro? Bueno, digamos que a veces me daban ganas de darle una patada en la espinilla.

Por otro lado, sabía exactamente lo que le hizo rehuir del matrimonio y el compromiso. Él estaba allí, también, cuando nuestros padres se divorciaron. Cuando su matrimonio se disolvió, también lo hizo nuestra estabilidad. Entonces Kyle quedó atrapado en el mismo entramado pegajoso de tristeza y pérdida de oportunidades en el que yo había estado atrapada. Pero yo creí que Missy sería la que le haría creer en el amor de nuevo. Me equivoqué.

—Gracias, Jennifer —dijo ella, empujando la otra maleta junto a la primera—. Aprecio tu amistad y no me gustaría que eso cambiara porque él y yo hayamos roto.

—Yo tampoco lo querría —Terminé la preparación del café y puse una cafetera—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a quedarme en Sacramento por un tiempo —dijo ella, tocando sus largos mechones oscuros—. Siempre me gustó el ambiente de la ciudad. De ritmo rápido, pero no como en Nueva York de rápido, ¿sabes? Me quedaré en el hotel durante un tiempo hasta que decida qué hacer. Comenzar de nuevo... —Su voz se extinguió en las dos últimas palabras.

—Creo que has tomado la decisión correcta —Le di un abrazo, dándome cuenta de que era bueno volver a verla.

—¿Seguro que no te importa que me quede aquí hasta que mi habitación esté lista? —preguntó Missy, viendo el goteo de café en la cafetera.

Observé su rostro. Ella parecía muy disgustada y no era de extrañar. Tal vez salir corriendo dejándola sola en aquel momento no era buena idea. Pero tenía una cita con mi agente inmobiliario, Chase McDermott.

—No me molesta en absoluto. Pero estoy a punto de irme a ver un posible local para albergar mi tienda. ¿Quieres venir? Hannah estará allí, también.

Ella asintió.

—Eso sería genial. No estoy segura de querer estar sola, sobretodo porque siempre tienes helado de galletas con doble de chocolate en el congelador.

Levanté un hombro.

—Es mi consuelo para todo.

—Me alegro de verte, Jennifer —dijo ella con su sonrisa genuina.

—Yo también —dije, devolviéndole la sonrisa.

Luego nos servimos café en dos vasos y nos dirigimos a la puerta.

* * *

Missy y yo llegamos el centro un poco más tarde y vimos a Hannah esperando mientras yo aparcaba a las afueras de la tienda que estaba interesada en alquilar.

—¿Missy? —Hannah gritó y salió corriendo hacia nosotras—. ¡Oye! ¿Qué estás haciendo aquí?

Missy se abrazó a Hannah y apretó.

—Es una larga historia. La boda se ha cancelado, eso es la versión corta. Hablaremos de ello en algún momento tomando vino.

—Lo había oído, lo siento —dijo Hannah, arrugando su cara justo antes de mirar a través de la ventana de la tienda—. ¿Estás segura de que es este el local, Jennifer?

Di un paso atrás, inspeccionamos el toldo blanco y luego la dirección de arriba de la puerta.

—Sí.

Hannah miró por la ventana a través de sus manos en forma de prisma.

—No está mal.

Metí mi mejilla junto a la suya. Mi estómago se hundió mientras entraba en el espacio. La ubicación era fantástica para atraer a los compradores de las tiendas de alrededor, pero el interior era estrecho y estaba muy sucio. El inquilino anterior había sido un artista, un ser desordenado por lo que parecía.

—Oh no. Es un desastre total.

—Ya te lo dijo el agente inmobiliario —Hannah me recordó—. El espacio es también una ganga por la ubicación, que es un beneficio fantástico para el lanzamiento de un negocio.

Hannah tenía razón. Miré alrededor, a las tiendas, restaurantes y galerías de arte que ocupaban aquella área del centro.

—La ubicación es ideal.

—Esta ventana delantera es fabulosa —dijo Missy, haciendo un gesto con su dedo cuidado—. No importa lo que vayan a comprar, se pararán a mirar el escaparate.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, sintiendo un poco de decepción al ver el desorden del dueño anterior del que ya me había advertido mi agente inmobiliario.

—Todo el valor recae en el escaparate. Un vistazo a tus maletas y todo el mundo se dará cuenta de que eres un genio, que tus maletas son increíbles y luego van a comprar una, o dos, o un conjunto —Hannah miró arriba y abajo de la calle—. ¿Dónde está tu agente inmobiliario?

Busqué en mi bolso para encontrar mi teléfono móvil.

—No lo sé.

Mi teléfono sonó justo cuando lo saqué. Era mi agente inmobiliario, Chase McDermott: «Llego tarde desde mi cita anterior. Estaré allí pronto».

Me había dicho que tenía permiso del propietario para darme el código de la cerradura de entrada por lo que introduje los números que me había dado y entré.

Respiré hondo.

—Me encanta que hace esquina. Las ventanas y la iluminación son buenas.

—¿Vas a vender maletas? Entonces, ¿qué mejor que hacer publicidad por un lugar menos transitado? Después de todo, son maletas —Missy dio un golpecito con un dedo sobre sus labios carnosos y luego sonrió, la primera sonrisa verdadera que había visto en su cara en toda la mañana—. En lugar de poner unas cuantas en un estante blanco normal o algo igual de aburrido, ¿por qué no algo más llamativo? ¿Colores brillantes para el fondo? O... ¿un paisaje? ¿Un bosque o una carretera? ¿Te lo imaginas?

—Me encanta la idea —Incliné la cabeza, pensando profundamente—. Podría poner la Torre Eiffel, la silueta de la ciudad...

—Un río, con una balsa en él —Hannah hizo un gesto de esquivarme al decir las palabras.

—Muy graciosa —dije, con mi mente imaginando inmediatamente esos ojos azul profundo y el tacto de la mano de Dylan alrededor de la mía. Me dijo que me llamaría, algo que hacía vibrar mi vientre solo de pensar en hablar con él de nuevo.

—Espera —Missy levantó un dedo—. ¿Quieres decir que ya has tenido suficiente rafting? ¿Pero cuando has hecho tú rafting, Jennifer?

—Hannah organizó una cita doble y pensé que habíamos quedado en un restaurante de sushi en lugar de en un río.

Missy asintió.

—Lo primero suena más de tu estilo.

Conforme fui caminando por el local, los detalles de mi desastrosa cita doble se me fueron apareciendo. Missy agitó una tela de araña que colgaba por encima de su cabeza.

—No puedo creer que estuvieras en una isla a solas con ese hombre durante horas. ¿Hubo algo de besuqueo?

Puse los ojos en blanco.

—No, se comportó como un perfecto caballero.

—No pasa nada por besarse en una primera cita —dijo Hannah.

—No es tan apropiado cuando te has quedado atrapado en una isla —dije, pensando en lo preocupada que estuve cuando tuvimos que llegar hasta tierra. Y lo diferente que me sentí cuando terminó todo, gracias a Dylan.

—Especialmente si te quedas varado en una isla —Hannah pasó sus dedos por una superficie y observó la mancha de suciedad presente—. Probablemente se te ha pasado por alto.

—Oh, él me sacó de la cabeza la idea de que nos íbamos a quedar allí atrapados —Hice una pausa, sin querer compartir nuestra conversación privada en aquel momento. Habíamos hablado tanto... trabajo, familia, sueños, listas de cosas que hacer antes de morir.... que en realidad era bastante para haber sido una tan mala primera cita.

—Todo el mundo ha tenido una mala cita a ciegas —dijo Missy, a modo de consuelo.

—No fue tan mala —dije, sintiendo el calor de mis mejillas.

—¿No? —preguntó Hannah.

Me retorcí un poco, fingí estar distraída por el polvo en las puntas de los zapatos.

—No parece que nosotros tengamos mucho en común. Pero fue sorprendentemente fácil hablar. Él es un tipo muy agradable.

—Definir tipo muy agradable.

—Parece modelo de aventuras al aire libre —dijo Hannah.

—¿Cómo estuvo tu cita? —pregunté.

—No estuvo mal —dijo, encogiéndose de hombros—. Vamos a quedar de nuevo. Llevamos tres semanas, un récord para mí.

—Parece que os gustáis —Miré por todo el local de nuevo. Podría poner un pequeño mostrador cerca de la parte posterior, tal vez con una zona de café.

—¿Hola? Tierra llamando a Jennifer —Hannah agitó una mano delante de mi cara—. He preguntado por más detalles.

—¿Acerca de Dylan? —pregunté, saliendo de mi ensueño—. Él es agradable, divertido y parecía congeniar conmigo.

—Guau. ¿Y cómo es eso? —preguntó Missy—. Kyle jamás congenió conmigo.

—Kyle es un sapo —Hannah anunció, antes de pasar a sonreírme—. Me alegro de saber que os llevasteis bien en la cita.

—Pero ¿a dónde podría llegar nuestra relación realmente? —pregunté, llegando al punto en que no había querido pensar—. Dylan y yo somos completamente opuestos. Él es de estar al aire libre, nadar con tiburones, el tipo de persona que duerme en una tienda de campaña. Mi idea de austeridad es un hotel sin restaurante.

Hannah se encogió de hombros.

—Los polos opuestos se atraen.

—¿Pero luego funcionan bien juntos? —pregunté, haciendo girar los dedos contra mi teléfono—. Esa es la pregunta.

Missy levantó ambas manos.

—A mi no me preguntes. No tengo ni idea acerca de relaciones personales. Claramente.

—¿Dónde está el agente inmobiliario? —preguntó Hannah—. Hace falta que firmes un contrato de alquiler para seguir adelante con el siguiente paso.

Missy se volvió hacia mí.

—¿Lo vas a hacer?

Mis cejas se levantaron.

—¿Alquilar el local?

Ella sacudió la cabeza y golpeó un pie contra el suelo.

—Rehaz la cita con Dylan.

Me mordí el labio y pensé en las risas que habíamos compartido... había estado bien. Realmente bien. Yo quería más de aquello.

—Creo que lo haré.

—Ese es el espíritu —dijo Hannah.

El agente inmobiliario eligió justo ese momento para llamar. Le respondí, sintiéndome preparada para decir que iba a quedarme con el local. Antes de que pudiera pronunciar las palabras, él anunció:

—Hola, Jennifer. Acabo de hablar por teléfono con el agente inmobiliario del propietario. Hay gran interés por el local y el propietario quiere valorar todas las solicitudes antes de decidirse.

Inspiré hondo.

—Está bien. Es razonable. Me dejaré caer y rellenaré la solicitud —Me mordí el labio inferior—. ¿Cuántos otros posibles inquilinos pueden haber?

—¿Actualmente? Veinte —dijo.

Y sentí que el suelo se había hundido bajo mis pies.

CAPÍTULO SEIS

—No puedo creer lo que está pasando —dijo Missy sentada en el asiento delantero de mi coche, sus palabras haciendo eco de mis propios sentimientos mientras mi pensamiento todavía daba vueltas acerca de todos los solicitantes que querían el local que parecía perfecto para mi tienda (una vez limpio).

Sin embargo, Missy estaba molesta por una razón completamente diferente. El hotel había perdido su reserva y no había otros hoteles disponibles esa semana. Parece que se celebraba una gran conferencia en la ciudad y las habitaciones estaban agotadas.

En cuanto a mí, además del problema con mi local, no podía creer que acabara de (accidentalmente) enviar un mensaje a Dylan que debía de ser el peor mensaje de texto que se podía enviar tras la peor cita de la historia: «Estaría guay rehacer la cita, si estás dispuesto».

¿Eh? ¿Estaría guay? ¿Quién habla así a un chico que le gusta? Quise retroceder e intentarlo con algo mejor, pero pulse enviar en lugar de eso. Culpé a la tecnología de aquel desastre. No es que mis pulgares fueran muy grandes, así que ¿por qué siempre pulsaba las teclas equivocadas?

No pude borrar el mensaje de texto (muy frustrante) y no pude encontrar la manera de conseguir que mi solicitud quedara en una mejor posición de cara al propietario, pero al menos pude encontrar la manera de ayudar a Missy. Me volví hacia ella.

—Olvídate de encontrar otro hotel. ¿Por qué no te quedas conmigo mientras buscas apartamento?

La cara de Missy se iluminó.

—¿No te importaría?

—No, en absoluto —Puse el coche en marcha y conduje de nuevo hacia el apartamento. El tráfico era escaso ya que era fin de semana, así que callejeé con facilidad—. También podríamos repartir ese helado de galleta con doble de chocolate. Si tú quieres.

Ahogar mis penas con el helado no era la forma en que había planeado pasar el día, pero parecía que podría animarnos.

Mi teléfono sonó justo cuando paré en un semáforo. Cogí el teléfono, pulsé el icono de mensaje de texto y mi corazón se detuvo. Dylan me había respondido: «Estoy dispuesto. ¿Todavía quieres sushi?»

Sentí que una sonrisa se dibujaba en mi cara mientras escribía la respuesta: «No existe un momento en el que no quiera sushi».

¡Piiii! Escuché un claxon.

—Luz verde —dijo Missy, con su boca temblorosa.

—Vaya —Se me cayó el teléfono en mi regazo y arranqué.

—¿El Sr. Aventurero? —preguntó Missy.

Asentí.

—Estamos hablando de la cena, creo.

Entré en mi plaza de aparcamiento, puse mi teléfono en mi bolsillo y salí del coche. Mi vecina Rebecca y mi otro vecino Jordan estaban en la parte delantera discutiendo.

Jordan dijo:

—Estoy ciego por el deslumbramiento.

Rebecca frunció el ceño.

—Se llama buen gusto, en caso de que no hayas oído hablar de él.

Missy se volvió hacia mí y susurró:

—¿Acaba de decir...?

—No te pares —le aconsejé, manteniendo un ritmo constante.

Mis vecinos habían estado peleando sobre las plantas de cada uno desde hacía meses, algo bastante estúpido considerando que el espacio comunitario era muy reducido. Y tenía que admitir que la blusa de Rebecca se caracterizaba por una gran cantidad de brillantes.

Mi teléfono móvil sonó cuando Missy y yo nos encontrábamos entrando en el apartamento. Mi corazón latía un poco más rápido cuando vi que era Dylan llamando.

—¿Hola?

—Hola. Soy yo. El Sr. Aventurero.

Cerré la puerta y me quedé allí, desconcertada.

—¿Cómo?

—Me enviaste un mensaje. Dijiste: «Sr Aventurero. Estamos hablando de la cena, creo».

Mi boca se abrió y mi cara se enrojeció. Esas eran las palabras exactas que Missy y yo habíamos intercambiado sobre Dylan y nuestros mensajes. Oh no. ¡La opción de enviar mensaje de voz del teléfono se había activado! Probablemente cuando cayó en mi regazo. Qué vergüenza.

—¿Oh en serio? Estaba, eh... —¿Qué? ¿Piensa rápido? Ese era mi fuerte, de hecho. Yo era una estupenda mujer dueña de mí misma capaz de hacer grandes negocios y comunicarse con la gente. ¿Así que por qué estaba allí de pie con la mandíbula colgando abierta pero no salía de mi boca ninguna palabra?

—¿Hola? —preguntó con tono desconcertado.

—Sí —Pasé las uñas de una mano sobre mi blusa, enderezando las arrugas imaginarias—. Tú y yo estábamos hablando de la cena.

Cuando la conversación no va bien, es bueno cambiar a un nuevo y positivo enfoque.

Se rió.

—¿Te viene bien esta noche?

—Genial —dije, sorprendida de que él hubiera sugerido volver a verme con tanta rapidez. ¿Dónde estaría el juego duro al que yo estaba acostumbrada con los chicos?

Mis tacones hicieron clic por todo el piso de madera mientras me dirigía hacia la nevera para alcanzar unas botellas de agua mineral con gas—. ¿Has probado el Takeshi?

—No me suena.

—Tienen una carta estupenda —dije, y de repente me vino a la mente un artículo que yo había leído de la cocina japonesa—. Takeshi tiene casi todo lo que se pueda imaginar, excepto pez globo. Sin embargo, yo no recomendaría comer pez globo. Te puede matar. Pero, de nuevo, estás acostumbrado a kayak en aguas infestadas de tiburones...

La imagen del emoji con la palma de la mano contra la cara me vino a la cabeza. ¿Por qué estaba hablando de comida muerta y recordándole una experiencia pasada cercana a la muerte? Era evidente que mi cerebro me decía que no teníamos nada en común. Eso, o que me estaba

advirtiéndome de que podría morir en nuestra próxima cita. Podría ser cualquiera de las opciones.

—No, no he probado Takeshi. Pero estoy dispuesto a darle una oportunidad —Su suave voz de barítono envió un escalofrío por mi columna vertebral.

—Guay —dije, y el emoji con la palma de la mano contra la cara reapareció en mi cabeza, junto a un amigo. ¿En serio, Jennifer? ¿Guay? ¿Qué pasaba con esa palabra cuando se trataba de él? Cogí un limón de una cesta de frutas y lo puse sobre la encimera—. ¿Qué tal a las siete en punto?

—Perfecto. Yo te recogeré.

—Te veo a las siete.

Colgamos y sentí pequeñas cosquillas sobre el pecho. Iba a rehacer una cita con Dylan Douglas. Y aquella vez sería en mi territorio. Me encontré mirando la hora y contando los minutos para volver a verlo.

Mientras miraba el teléfono, volvió a sonar. ¡Mi inversor!

Pulsé en el botón verde.

—Hola, Sr. Moore. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. No he sabido nada de usted después de que ayer se cortara la comunicación.

Tres emojis de la palma de la mano contra la cara en aquel momento.

—Lo sé. Lo lamento. Yo solo...

—Tengo un poco de prisa, pero quería hablar contigo —dijo, aparentemente no interesado en la excusa que todavía estaba inventando en mi cabeza—. Me he puesto en contacto con algunos fabricantes. Cada uno puede hacer maletas de color rosa que atraerán a más mujeres para que las compren y eso aún haría que saliéramos más victoriosos.

Mi estómago se hizo un nudo. Yo era una mujer y no quería un equipaje rosado. El negro era universal. El color resistía mejor los viajes al no mostrar tanto el desgaste. Además, no quería que el Sr. Moore se hiciera cargo de todas las decisiones y me dejara fuera de ellas.

—Agradezco que haya indagado en el tema de la fabricación. Sin embargo, tengo un fabricante en mente.

—El que sugiere cobra más por cada pieza —dijo con voz firme—. Tenemos que pensar en el resultado final

¿El resultado final? El fabricante que yo había elegido ya había creado productos de calidad para mí ya que eran duraderos. Tenía justo en la punta de la lengua eso mismo, pero necesitaba que la inversión siguiera adelante. Necesitaba la casa de mis sueños y el plan de jubilación para mayor seguridad y estabilidad. Tenía que estar de acuerdo con todo lo que estaba diciendo porque era el único inversor en el horizonte, y sin él podía decirle adiós a mi negocio de maletas.

Pero decir sí a sus ideas y planes significaba decir adiós a todo lo que imaginé para mi línea de maletas. Yo no sabía qué decir, así que sólo le di las gracias por su interés en mi negocio y colgué el teléfono mientras un nudo se formaba en mi vientre.

CAPÍTULO SIETE

Dylan me recogió para nuestra cita de sushi a las siete en punto, algo que me sorprendió y encantó. Su personalidad aventurera encajaba más con alguien que no estaría a tiempo pero, obviamente, había imaginado mal. Además, parecía muy diferente al día de nuestra aventura al aire libre.

Los mismos ojos azules oscuros me saludaron, pero esta vez los brazos y hombros musculosos estaban cubiertos por una camisa de manga larga. Llevaba unos vaqueros que lo abrazaban en todos los lugares adecuados, con el pelo castaño claro peinado hacia atrás y destilando aroma de jabón cuando le di un abrazo en señal de saludo.

A diferencia de su look casual, yo me había arreglado más y llevaba una blusa de seda color ciruela, una falda oscura y zapatos de tacón.

—Estás muy guapa —susurró en mi oído mientras sus brazos me rodeaban.

—Gracias —le dije, sintiendo un revuelo en mi estómago.

Missy había desaparecido para darnos privacidad, algo muy encantador por su parte teniendo en cuenta que se estaba muriendo por ver cómo era Dylan.

—¿Nos vamos? —preguntó, y un minuto después estábamos conduciendo por la calle en su camioneta cuatro por cuatro con todos los extras.

Llegamos a Takeshi y le dio a la acomodadora su nombre. Me impresionó que hubiera llamado para reservar. Él puso su mano en la parte baja de mi espalda mientras caminábamos, un anticuado gesto que hizo que revolotearan mariposas en mi vientre.

La decoración interior de Takeshi tenía azulejos blancos con sillas modernas en varios colores: turquesa, amarillo, verde, con mesas altas. Las ventanas daban a una calle muy transitada y a la acera, lo que significaba que la gente que pasara caminando podía mirar. No era excesivamente romántico, pero la comida estaba deliciosa.

Dylan esperó a que me sentara para sentarse él después frente a mí. Nuestras rodillas se rozaron y mi pulso se disparó. Pensándolo bien, tal vez cualquier lugar con Dylan se podía convertir en romántico. Se inclinó hacia delante y me encontré mirando sus ojos de color azul oscuro.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó.

—Hannah y yo vinimos un día a comer y ahora es mi favorito —dije. Él había compartido su pasión por el rafting conmigo y me sentí alegre de compartir un lugar que me gustaba con él.

El camarero se acercó y pedimos una botella de sake. Después situó los menús desplegables frente a nosotros y se fue. Sonreí a Dylan, encontrándome feliz de estar de nuevo con él.

—Hannah me dijo que una vez trabajaste de guía gastronómico.

Él sonrió.

—Es cierto.

—Firmaría por un trabajo así. ¿Cómo podría conseguir ese curro?

—En primer lugar, tienes que terminar en quiebra en Camboya. A continuación, debes de tener la suerte de encontrar un chico persuasivo e igualmente en bancarrota que tenga un plan que te asegure comer y ser pagado.

Parpadeé.

—¿Cómo?

Su risa hizo que mis dedos temblaran.

—Yo dormía en un hostel. ¿Sabes lo que son?

El camarero trajo nuestro vino y vertió el frío líquido en tazas de porcelana blanca.

—Sé lo que es un hostel —dije, y luego di un sorbo al vino de arroz, el fresco líquido se fusionó en mi lengua. Delicioso.

Sus ojos brillaron.

—Me había quedado sin dinero y estaba seguro de que era hora de hacer las maletas y volver a casa. Pero entonces me encontré con ese individuo, Christopher. Era mayor y había estado corriendo aventuras durante una década. Me dijo que no tenía por qué hacer la maleta, no cuando todo lo que necesitaba era un plan. Al final resultó que él tenía ese plan. Muchos turistas son amantes de la cocina, ¿por qué no crear un tour para llevarlos a conocer comida local?

—Me encanta probar nueva cocina.

—Especialmente directamente de los lugares tradicionales. Sin americanizar, ¿sabes? Fue muy divertido.

Dejé la taza.

—Guau. Parece que te dejas llevar por la intuición ¿verdad? Asumo que tenías un colchón de dinero, ¿no?

Sacudió la cabeza.

—Me llevé una mochila, un pasaporte y no mucho más.

La idea hizo que se me hiciera difícil respirar.

—¿No te asustaste?

—Por supuesto, pero me asustaba más no haber ido, terminar en la misma rutina que mantenía mi lista de cosas pendiente por hacer desactualizada. Era mi segunda oportunidad en la vida. Fue mi reseteo. Tenía que hacerlo.

—Desde luego que lo hiciste —Jugué con mi vaso—. ¿No echas de menos tener un hogar al que poder ir cada noche?

—Mi base de operaciones es el apartamento que hay encima del garaje de mi hermana. Pero siempre encuentro un lugar para ir por la noche.

—No es eso lo que quiero decir.

—Sé lo que quieres decir —Sus ojos azules recorrieron mi cara—. Creo que un hogar no es lo que me hace sentir seguro. ¿Por qué es un hogar permanente tan importante para ti?

Nadie me había preguntado aquello antes. Nadie nunca había parecido preguntarse por qué era importante para mí, y me encontré retorciéndome en la silla. ¿Cuánta información debía compartir con él? Yo no lo conocía tan bien, pero que parecía que nos habíamos saltado la charla inicial banal para pasar a compartir lo que más nos importa.

Inspiré hondo.

—Cuando mis padres se divorciaron todo fue un poco caótico.

—Perdiste tu estabilidad —dijo, yendo directo a la herida.

Asentí.

—No me gustó esa sensación de estar en caída libre. Después vino el segundo divorcio de mi

madre, lo que llevó a otra caída en picado.

—¿Alguna vez te has tirado en caída libre físicamente?

Puse mi vaso vacío sobre la mesa y lo volví a llenar.

—Acabo de decir que caí en picado.

—Sí, pero me refiero a físicamente —dijo, torciendo la boca hacia un lado como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. ¿Alguna vez has montado en una montaña rusa circulando por el filo? ¿Has hecho paracaidismo?

—Pero si iba petrificada en una balsa. ¿De verdad crees que he hecho algo de eso?

Sonrió ligeramente.

—He querido asegurarme en lugar de hacer suposiciones.

Le devolví la sonrisa.

—La respuesta es no. ¿Y tú?

—Sí, muchas veces —dijo, sonando vertiginoso—. ¿Sabes lo bueno de la caída libre?

—No me lo puedo imaginar... —Mi voz se apagó, pero me encontré con una mirada excitada en sus ojos que me hizo ansiarme por oír su respuesta.

Se inclinó más cerca. El borde de sus dedos se encontró con los míos, con su piel cálida y firme. La mía estaba un poco fría.

—Cuando te tiras en picado, hay un momento de sensación de ingravidez. Todo se desvanece. Tan solo estas tú, suspendido, y nada de lo que parecía importante realmente importa en ese momento.

—¿Debido a que estás a punto de morir? —Pregunté mirándole fijamente.

—No, porque estás viviendo ese momento —Sus dedos se aproximaron más. No me distancié—. No estás pensando en el pasado. No estás pensando en el futuro. El momento ha captado toda tu atención y lo estás viviendo. Sientes de todo.

—Como qué.

—Regocijo. Belleza. Temor. Humildad. Respeto. Agradecimiento —Hizo una pausa entre cada palabra como si recordara ese momento en aquel instante—. Cuando termina toda la caída, aprecias más la vida. Y eso es lo mejor de todo. Caíste, sobreviviste, y eres consciente de todo lo que está sucediendo a tu alrededor. Ves la vida desde una nueva perspectiva.

Tragué saliva.

—¿Cuántas personas mueren haciendo paracaidismo?

—Es raro que suceda si lo haces con profesionales. Muchas personas mueren en accidentes de tráfico cada día.

Me senté de nuevo.

—Pero hay que conducir para sobrevivir.

La esquina de su boca se elevó.

—¿No es apreciar cada momento igual de importante?

Incliné la cabeza.

—Puede que tengas razón.

Él sonrió.

—Caídas libres... ya sean físicas o situacionales pueden ser recordatorios de lo mucho que tenemos, no de lo que no tenemos.

—Trato de ser agradecida —dije, pensando que en realidad había pasado un tiempo desde la última vez que había dado las gracias—. Recuerdo haber visto a Oprah en la televisión. Dijo algo acerca de un diario de gratitud, donde cada día escribía una cosa de la cual estaba agradecida. Y de repente un día no pudo limitarse a escribir una sola cosa. Y poco después, descubrió que podía

dejar de escribir por lo que estaba agradecida porque se había dado cuenta de lo que tenía alrededor.

—Exactamente —dijo justo cuando llegó el camarero a tomar nota.

Dylan volvió a llenar nuestras pequeñas tazas de porcelana con el vino.

—¿Quieres vender equipaje?

—Vendo equipaje —dije, encontrando encantador que quisiera saber más sobre mí—. Lo que quiero hacer es dejar mi trabajo actual y dedicarme a tiempo completo al negocio de equipajes.

—Háblame de las maletas.

—¿Ahora mismo? Tengo varios estilos, diseñadas para viajeras femeninas.

Levantó las cejas.

—¿De qué tipo? Hay todo tipo de viajeros. Está el viajero de primera clase. El mochilero. Los que viajan por aventura y los que viajan para relajarse. Todos ellos llevan diferentes tipos de equipajes.

—Cierto.

—Nunca me llevaría una maleta cara a una aventura mochilera —dijo, levantando su copa y tomando un sorbo—. Del mismo modo, no llevaría una mochila resistente que utilizara flotando en un río de la selva a un hotel de cinco estrellas.

—Es cierto —dije.

—Entonces, ¿para quién haces maletas?

—Esa es una gran pregunta —dije, pensando en sus muy buenas observaciones—. Me has dado mucho que pensar con respecto a futuros diseños, pero mis maletas actuales son para la mujer de negocios que viaja. Ellas son mi objetivo demográfico para el lanzamiento de la tienda.

Nuestra comida llegó justo en ese momento, sobre un barco de madera y dispuesta en filas ordenadas de rollos blancos redondos con colorido pescado y masago por encima.

—Te dedicabas a las finanzas antes de caer enfermo, ¿verdad?

—Sí —dijo, usando palillos para maniobrar unos coloridos rollos en su plato.

—¿Te arrepientes de dejar ese campo?

—No, en absoluto —dijo, recogiendo un rollo y sumergiéndolo en el plato de mezcla de salsa de soja y wasabi—. ¿Crees que lamentarás dejar tu trabajo habitual por tu negocio?

—Podría. Si no funciona —Cogí jengibre en vinagre y un poco de wasabi.

—Pero vas a hacerlo de todos modos.

—Sí.

Se inclinó hacia mí. Sus ojos brillaban.

—Afróntalo Jennifer, eres una aventurera.

—¿Una aventurera? ¿Yo? De ninguna manera —dije, sacudiendo la cabeza. ¿Cómo podía decir aquello después de lo que había sucedido en el río?— Soy empresaria. Eso no es aventurero.

—¿Me estás tomando el pelo? Estás corriendo enormes riesgos para conseguir lo que quieres, para hacer lo que te apasiona. Eso es vivir una aventura. Eso es valiente.

Yo no sabía qué decir a eso. El cumplido me había dejado sin palabras. O tal vez fue el wasabi. Había tomado un bocado más grande de lo que había planeado. Tragué, lo que hizo que el calor pasara por mi garganta, mis ojos se humedecieron. Tomé un sorbo de agua.

Dylan se inclinó sobre la mesa, su pulgar rozó la comisura de mis labios. Las chispas volaron a través de mi sistema nervioso a razón de su contacto.

—Llevas wasabi —dijo.

Agarré la servilleta, me limpié los labios.

—¿Mejor?

—Se ha ido —dijo.

—Gracias —Mi corazón latía demasiado rápido. Quería inclinarme sobre la mesa y darle un beso justo allí, en el restaurante. ¿Sería demasiado aventurera para su gusto? Sus palabras me habían hecho sentir valiente y feliz, haciendo que me viera a mí misma de una manera diferente. Aquella cita rehecha estaba ganando papeletas para ser una de mis favoritos, y me alegré de que la noche fuera joven.

De repente, Dylan sacó el teléfono móvil del bolsillo. Sus ojos se agrandaron y su mirada se precipitó por el restaurante.

—¡La cuenta! ¿Pueden traer la cuenta por favor?

—¿Qué pasa? —pregunté. Tal vez él estaba acostumbrado a una forma diferente de hacer las cosas. Tenía que ser eso. Había estado viajando durante mucho tiempo y tal vez aquel extraño comportamiento era usual en un algún país. Aunque no en ninguno de los que haya oído hablar—. No tienes que pagar hasta que hayamos terminado, Dylan.

Él empujó hacia atrás su silla.

—Lo siento. Es una emergencia.

—Qué tipo de...

—Me tengo que ir —Él salió corriendo por delante de mí mientras yo me quedaba allí sentada, mirándolo boquiabierta, mientras él pagaba la cuenta. Seguidamente regresó y dejó un pequeño fajo de billetes sobre la mesa—. Para un taxi. Siento mucho todo esto, Jennifer —dijo, y luego se precipitó hacia la puerta.

Mientras me quedaba allí sentada y aturdida, con la mano todavía en mi taza de porcelana blanca, lo vi pararse antes de llegar a la puerta. De repente, se giró y volvió hacia mí apresuradamente. Sus manos rodearon mi cara y se inclinó muy cerca de mí.

—Todo esto te lo recompensaré —dijo.

—Vale —dije, suponiendo que algo importante estaba pasando.

—Te lo prometo —susurró.

Y entonces me besó. Sus labios cálidos contra los míos los sentí tan bien allí. Él sabía a jengibre y vino de arroz. Mi vientre dio un vuelco.

¿Chispas?

No.

Fuegos artificiales.

Me iluminé como el Cuatro de Julio.

Aquel beso fue dulce, ardiente y todo lo demás.

Finalmente, él se retiró levemente de mis labios.

—He querido hacer esto desde que te vi caminando por aquel camino de tierra en aquellos Gucci, cuidándolos pero disimulando.

Me reí y él rozó sus labios contra los míos por segunda vez, antes de que se fuera corriendo. Se dirigió hacia fuera del restaurante mientras yo me quedaba sentada allí preguntándome si alguna vez íbamos a tener una cita como Dios manda y seguidamente decidí que me estaban empezando a gustar bastante las citas desastrosas.

CAPÍTULO OCHO

El lunes por la noche, entré en el hotel Geoffries, que contaba con relucientes baldosas de mármol, un montón de metal, con un salón pintoresco en un rincón, un poco más allá del vestíbulo. Me apresuré hacia ese bar y vi a Hannah y a Missy sentadas en un sofá cercano a algunas macetas con plantas.

El cóctel de Geoffries era rosado y delicioso. Después de mis muchos cafés con leche del carrito de Courtney, necesitaba sentarme y relajarme. Pedí uno en el bar antes de unirme a mis amigas.

—Rápido, por favor —le dije al camarero. Había visto un par de temporadas de Anatomía de Grey y sabía transmitir que el cóctel era urgente. No es que estuviéramos en un hospital, ni estaba a punto de realizar una cirugía ni nada. Puaj. Qué desagradable. Pero creo que él entendió el mensaje de que necesitaba el cóctel cuanto antes.

—Puedes disfrutar del mío hasta que llegue el tuyo —Hannah empujó un vaso medio lleno de una mezcla de color rojo mientras me sentaba y decidí tomar un largo trago. Ella rió.

—¿Un día duro?

—Se puede decir eso —Dejé la copa, reconsiderado su pregunta, y luego tomé otro sorbo—. Muchas gracias por tener esto a mano.

Missy se volvió hacia Hannah.

—Jennifer no duerme. Y el Sr. Aventurero le dio un beso de tornillo en su segunda cita. No es una combinación buena.

Hannah le hizo señas al camarero vestido de negro.

—¿Dylan hizo qué?

—Se largó mientras estábamos en medio de nuestra cita con sushi —Cerré los ojos, el recuerdo de ese beso repitiéndose en mi mente y me dio calor por todas partes. Tras relatar los detalles de nuestra cita previo a su partida, les conté lo del beso.

—No me dijiste que él te besó —dijo Missy, como si me hubiera atrapado cometiendo un acto criminal.

—Lo sé. Lo siento —Me ajusté el clip que sostenía mi cabello enroscado—. Estoy tratando de olvidarlo.

Hannah tardó el tiempo suficiente para pedir una nueva ronda de bebidas para las dos.

—¿Fue tan malo el beso?

—No, fue bastante bueno —dije, sin querer admitirlo en voz alta. Pero después de pensar en el beso de Dylan en los últimos dos días y soñar con incluso más besos, no podía negarlo. Aquel beso había sido bueno. El mejor beso que jamás había recibido, de hecho—. Pero él salió corriendo y me dejó allí sentada, conmigo misma.

—Problema —dijo Missy, asintiendo.

—Mira, no hemos bautizado al Sr. Aventurero por nada —dije, levantando la copa de martini—. Es un hombre que no puede estarse quieto. Estoy en busca de una vida estable, que incluya una persona estable. Dylan claramente no es adecuado para mí a pesar de la increíble química que hay entre nosotros.

Hannah se enderezó.

—¿Cómo puedes pensar que no es adecuado para ti?

—Mmm., hola: se escapó durante nuestra cita —dije, en caso de que no me hubiera entendido la primera vez—. Me refiero a que también corrió. No vas a creer cómo de rápido. Me sorprende que no ardiera el suelo en llamas, ya que sus pies se movían a gran velocidad. Y... No he sabido nada de él desde aquella noche.

Aquel era el verdadero golpe. Me quedé con que algo urgente había sucedido y no pude pillar nada más. Es decir, él incluso había tomado en consideración dejarme dinero para un taxi, algo que no tenía por qué hacer. Pero, ¿por qué no me había llamado?

—Sabes que Felicia ha estado en el hospital, ¿verdad? —preguntó Hannah.

—¿Felicia? —Mis cejas se tensaron mientras mi cerebro se apresuraba a averiguar quién podría ser esa señora Felicia. Oh, vale. Su hermana embarazada—. ¿Ella está en el hospital?

Hannah asintió.

—Complicaciones con el embarazo.

Missy se quedó sin aliento.

—No me extraña que se fuera corriendo.

Pensé en ello mientras el camarero servía sus bebidas. Levanté mi martini Geoffries y tomé un sorbo. El líquido dulce rodó sobre mi lengua y garganta. Mmm.

—Podría haberme dicho algo.

—Pero los hombres se vuelven tan racionales cuando se trata de mujeres embarazadas y bebés —dijo Missy, resoplando—. Y, sí, es sarcasmo. Ningún tipo se vuelve racional en torno a estas cosas.

—Eso es cierto —dije, pensando en todas las comedias románticas que había visto en las que un hombre tiene que lidiar con un bebé y la escena siempre resulta en caos.

—Tienes que darle otra oportunidad —dijo Missy—. Considerándolo todo.

—Ese beso, entre otras cosas —añadió Hannah.

Yo quería tener otra cita con Dylan. Pero resultaba que no me había llamado para invitarme a salir. Eso tenía que significar algo.

—¿Cuánto tiempo espera un tío para llamar si estaba, por ejemplo, ayudando a una hermana con un nuevo bebé?

Hannah inspeccionó el menú de la barra.

—Oh, ¡patatas fritas con chile!

Metí un dedo sobre la parte superior del menú que sostenía, tiré de él hacia abajo unas cuantas veces para poder ver su cara de nuevo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Un día? ¿Una semana?

—Ella no ha tenido el bebé todavía. Fue una falsa alarma —Hannah levantó de nuevo el menú e hizo algunos sonidos de zumbido—. Estoy segura de que te va a llamar.

—Me alegro de que estés segura —dije, ya que yo no lo estaba. Dylan y yo éramos demasiado diferentes. Nada sobre nosotros tenía sentido. Tal vez se había dado cuenta de aquello y pensar en ello hacía que mi estómago diera un vuelco.

—¿Cómo va todo con Patrick?

Ella se encogió de hombros.

—Terminamos.

Me llevé una mano a la frente.

—He metido la pata

Hannah bajó el menú.

—No pasa nada. Estamos bien.

—¿Qué pasó?

—Somos demasiado diferentes.

—Uh —dije, pensando en que Dylan y yo estábamos en el mismo barco.

—No te preocupes demasiado, Jennifer —dijo Missy—. Si es como debe ser, te llamará. Eso es lo que Courtney, la señora del carrito de café, me dijo hoy. Bueno, no acerca de la llamada sino de mi vida. Ella tiene buena intuición. ¿La conoces? Llevaba una camisa verde neón con lentejuelas esta mañana. Dice que solía ser abogada, pero no puedo imaginármela.

—Conocemos a Courtney —dije—. Ella dejó una carrera próspera para dedicarse a lo que le hacía más feliz—. Aquellas palabras me llevaron de vuelta a mis maletas y a la llamada telefónica que había mantenido con el agente inmobiliario sólo unos minutos antes—. Las malas noticias de hoy. . . No he conseguido la tienda, algo realmente decepcionante. Era un espacio bueno.

Missy sacudió su cabeza, su cabello oscuro saltó por encima de su hombro.

—Tal vez eso sea una bendición disfrazada, especialmente porque en la esquina opuesta acaba de cerrar una tienda. La vi mientras caminaba para tomar mi café esta mañana. Es más pequeño que el otro espacio, pero tiene un diseño agradable. Y hay una tienda de artículos deportivos justo al lado. Si vendieras tus maletas justo al lado de esa tienda, podrías obtener beneficio de sus clientes.

Tomé mi teléfono y comencé a escribir un mensaje de texto a mi agente.

—Eres un salvavidas, Missy. Lo digo en serio.

Hannah pidió el plato de queso y fruta. Comimos de él mientras charlábamos largo y tendido. Me quedé mirando mi teléfono. Necesitaba hablar con el señor Moore de nuevo sobre su idea aunque no me gustara. Necesitaba también avivar unos nuevos diseños.

Mi conversación con Dylan me hizo comprender que no todas las mujeres querían viajar de la misma manera y que necesitaba una opción para cada tipo de mujer.

Necesitaba más que una maleta de color rosa para atraer a las compradoras.

CAPÍTULO NUEVE

Al día siguiente, me fui a casa desde el trabajo alrededor de las cinco de la tarde y comencé a trabajar en mi negocio. Cada vez que Dylan se me pasaba por la mente, intentaba dejar a un lado los pensamientos relacionados él. La última vez que había hablado con él había sido cuando se había ido de nuestra cita de sushi del sábado por la noche. Era martes por la noche y no había sabido nada de él. Ni siquiera un mensaje de texto.

Gracias a Hannah, me enteré de que su hermana tenía un problema de salud y mi corazón me hizo comprenderlo. Lo justifiqué con que sólo habíamos tenido dos citas y no me debía ningún tipo de explicación de por qué había salido disparado de Takeshi. Sin embargo, incluso con una razón de peso, su silencio dolía. La verdad era que me gustaba. Me había sincerado con él. Me divertí mucho con él.

Aquel beso... había significado algo para mí. No había sido capaz de sacarlo de mi mente. Nunca había sentido la oleada de emociones que conllevó aquel beso. Pero, ¿qué había al otro lado de un beso como aquel? Nada. Tenía que conseguir que mi negocio despegara, no pasar el tiempo pensando en un chico. Tenía que poner mi vida en orden. Yo quería una vida llena de protección y seguridad que había perdido hace mucho tiempo y nunca había regresado. Necesitaba olvidarme de Dylan y mantenerme enfocada en mi negocio. Con aquello en mente, volví a mis diseños.

Como si formara parte de una broma, mi teléfono sonó y Dylan Douglas apareció en la pantalla de mi teléfono móvil en negrita. Mi corazón dio un sobresalto. Me quedé mirando el teléfono, con ganas de responder, pero no estaba segura de si debía hacerlo. ¿No acababa de decidir que no necesitaba ningún tipo de complicaciones en mi vida?

Dylan era cualquier cosa menos seguridad. Él era el hombre menos seguro del planeta. Era el tipo de persona que viene y va cuando le da la gana. Si quedaba con él y me enamoraba de él, terminaría siendo dejada. Y ya había sido dejada con anterioridad. No lo recomiendo, a nadie. Me dolía el corazón sólo de pensarlo. Era la peor cosa del mundo, ser olvidada por las personas que te importan y que no desean quedarse más.

No importaba lo buena que había parecido nuestra conexión, debía de recordar que él se iba a ir. Su vida giraba entorno a encontrar cosas nuevas, y para él todo era una nueva aventura y algo temporal. Después de seis tonos, mi teléfono quedó en silencio. Se me hizo un nudo en el estómago, pero me dije que era lo mejor, y volví de nuevo a mis diseños.

¡Ring! ¡Ring!

Me llegó un mensaje de texto y miré mi teléfono. Dylan Douglas decía: «Hola, Jennifer. Siento lo de la otra noche. Mi hermana tuvo que ir al hospital y me entró el pánico».

El pánico me entró a mí entonces, sintiendo el impulso de llamarlo y consolarlo. Qué horrible

era preocuparse por la familia. Pero llamarle no me llevaría a mis metas. Por lo tanto, guardé mi teléfono, miré las nuevas maquetas y sonreí. Tenía el principio de tres nuevos diseños. Todo el mundo necesita más bolsos a prueba de agua, no importaba su tipo de viaje. Necesitaba encontrar un material mejor.

Mi humor se agrió rápidamente. El señor Moore se encontraba dispuesto a fabricar las maletas de la forma más barata posible, incrementarles el precio y vender el mayor número posible. Era un buen plan de negocio, seguro, pero mi nombre iría en esas maletas. ¿Quería ser conocida por mis maletas asequibles que no eran de gran calidad ni duraderas?

La idea me provocó un sentimiento de repulsión. No, no quería. Abaratar su fabricación haría que también fuera un producto más barato. Yo no quería eso. Quería en el mercado lo que veía en mi cabeza y corazón. Yo quería algo útil para viajar que fuera duradero y aguantara una cantidad razonable de años.

A diferencia de Dylan y yo. Nosotros no duraríamos ni como la maleta barata del Sr. Moore. Por lo tanto, cogí el teléfono y respondí: «No te preocupes».

Eso era. Estaba haciendo lo que debía. Sin más comentarios, un simple consuelo sin prometer nada. Volví al diseño de maletas. Una de ellas era estilo mochila. Podría llevarse como un bolso también. Bonito y funcional. Añadí algunos detalles. Mi teléfono sonó de nuevo y me resistí a leer el mensaje de texto durante tres minutos que parecieron tres horas.

Sintiéndome indecisa, leí el mensaje: «¿estás disponible para un café en este momento?»

No. No libre. Café con Dylan era lo último que necesitaba, aunque la parte de café sonaba muy atractiva ya que haber dormido cuatro horas la noche anterior no era algo que me hiciera sentir rejuvenecida exactamente. Tentador, pero no. No necesitaba a aquel tío bueno de ensueño habituado a levantarse y salir corriendo. No había estabilidad en su vida.

A pesar de que me había besado...

Tal vez por eso le envié un mensaje en respuesta: «Me encantaría tomar un café contigo».

Oh, genial. Ni siquiera podía culpar a la tecnología de aquel mensaje, porque lo había escrito por mi propia voluntad y enviado a sabiendas. ¿Qué le había pasado a mi plan? ¿Por qué? En serio, ¿por qué cogí mis cosas y corrí hacia la puerta para encontrarme con él? Tal vez porque la idea de no verlo nunca más no me hacía gracia, sin darle valor a la justificación de que estábamos mejor separados.

Cinco minutos después, llegué a la panadería de Bernie al este de Sacramento. La pintoresca tienda estaba llena, pero vi a Dylan de inmediato. Llevaba pantalones cortos que mostraban sus piernas bronceadas y una camisa de manga corta bien ajustada. Me saludó con la mano y se levantó conforme yo hacía camino hacia la mesa.

—No sabía qué pedirte. Te pido ahora.

—Gracias —le dije, mientras me acomodaba en la silla—. Me encantaría un gran café con leche.

Se dirigió al mostrador y le hizo el pedido a la barista rubia miel, que tenía una bonita raya de color púrpura en el pelo. Regresó a los pocos minutos con dos tazas y se sentó.

—Te debo una gran disculpa por la forma en que me fui abruptamente la noche del sábado...

—Hannah me habló de tu hermana. No pasa nada. ¿Qué otra cosa podías hacer?

Hizo una mueca.

—¿Decirte lo que había pasado? Me entró el pánico cuando saltó la alarma —Acarició su teléfono—. Vibra tres veces cuando es una señal de Felicia.

El café con leche estaba perfecto: cremoso y delicioso pero no demasiado dulce.

—Tu cuñado está fuera de la ciudad por trabajo, ¿verdad? —pregunté.

El asintió.

—Sí. He estado un poco sobreprotector. Debe ser culpabilidad.

—¿Culpabilidad? —pregunté, tomando otro sorbo.

—No he estado por aquí desde hace mucho. Debería venir más. En el fondo de mis pensamientos, creo que por eso me he interesado en comprar el negocio en aguas bravas.

Recordé que me había hablado acerca de su interés por aquel negocio.

—Creo que lo que te atrajo fue intercambiar experiencias con otras empresas de aventura — dije, pensando que era un nuevo plan en desarrollo. ¿Podría estar pensando en quedarse?

—Sí, yo quiero seguir viajando —dijo, inclinándose hacia adelante en la silla, formando una línea entre sus cejas—. Pero he estado pensando desde que me preguntaste si alguna vez quería asentarme. Quiero una base de operaciones, una de verdad.

Lo cual no era en absoluto lo mismo que tener estabilidad, pero no había ningún punto en mi que apoyara ese hecho.

—Entiendo.

—De cualquier manera... —Dejó la taza sobre la mesa y me miró a los ojos—. Además de ayudar a Felicia, he estado pensando mucho en los últimos días. Aún así, debería haberte llamado.

Parecíamos estar de acuerdo en ese punto. No quería pensar en ello por más tiempo, así que decidí cambiar de tema.

—¿Adivina lo que he hecho hoy?

La línea entre sus cejas se desvaneció y pareció dejar escapar un suspiro.

—¿Qué hiciste?

—He iniciado el diseño de tres nuevas maletas. Gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí —le dije con una sonrisa tímida creciendo en los labios—. Me formulaste grandes preguntas acerca de mis objetivos demográficos. Algo que no había considerado antes. Gracias por eso.

—De nada —Se aclaró la garganta, conteniendo la taza con una mano—. Tampoco pretendía tenderte una emboscada como hice cuando me fui.

Contuve la respiración mientras la decepción subía a la superficie. ¿Estaba diciendo que no había tenido intención de besarme? ¿Se arrepentía de mi beso favorito?

—No debería haberte sorprendido de esa manera —dijo.

Oh, ¿qué?

—No me escuchaste protestar.

Él hizo una pausa.

—Tenía tantas ganas de besarte que no lo pensé.

—Está bien. Fue un gran beso —dije, mostrándole una sonrisa tranquilizadora mientras mi corazón cantaba. Había que poner todas las cartas sobre la mesa—. Incluso habiéndote escapado justo después de que ocurriera. Fue una especie de... beso bandido.

Nos miramos el uno al otro un momento.

Luego sus labios se separaron y él sonrió. Le devolví la sonrisa. Entonces se rió y yo también lo hice. Aquella risa fue como la risa en el río, que se apoderó de nosotros hasta que las risitas escapaban sin darnos cuenta. Me reí tanto que me dolía la barriga y otros clientes se dieron la vuelta para mirarnos.

Sacudió la cabeza.

—Había planeado llevarte hasta tu puerta y pedirte un beso de buenas noches como un caballero.

—Bueno, al menos tienes otra oportunidad —dije, guiñándole un ojo.

—Eres generosa dándomela —dijo con tono aleccionador—. No puedo creer que hayas accedido a quedar conmigo esta tarde. No tenemos el mejor historial.

—No, creo que no —Estuve de acuerdo, apoyándome en el respaldo de la silla. Cada vez nos acercábamos más el uno al otro, algo extraño estaba sucediendo. Dylan y yo parecíamos tan poco apropiados el uno para el otro. Sabía exactamente lo que ocurría cuando dos personas tan opuestas trataban de hacer que funcionara una relación. Ruptura, divorcio y luego la vida de todos arruinada. Lo había visto suceder varias veces.

Mi cerebro me decía eso, pero no parecía ser válido para mi corazón. Charlamos durante casi dos horas y antes de que empezara a bostezar, Dylan se ofreció a llevarme a casa. Después de hablar tanto en la cafetería, íbamos extrañamente tranquilos de vuelta a casa. Era un silencio cómodo, sin embargo. Lo sentí como si no hubiera nada que decir.

Luego me acompañó a la puerta. Saqué mi llave y me volví a sonreírle. Lo miré a los ojos azules con la esperanza de que supiera lo que estaba pensando.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—¿Puedo darte un beso de buenas noches?

—Desde luego que puedes —dije, con una sensación de ligereza en mi vientre.

Él dio un paso hacia mí, rozando mi mejilla con el dorso de sus nudillos.

—Me alegra que Hannah nos haya presentado.

—A mí también —dije, levantando las pestañas.

—¿Sabes qué más? —preguntó.

—¿Qué? —pregunté, enrollando mis brazos alrededor de su cuello.

—Por primera vez en mi vida, no hay otro lugar en el que preferiría estar —dijo.

De inmediato apretó su boca contra la mía y yo perdí la razón. Mi corazón se derritió en ese beso y supe que había un pedazo de mí que nunca antes había regalado. A medida que el beso se hizo más intenso, no pude dejar de pensar en lo extraño que era que aquel aventurero fuera el primer hombre con el que realmente había conectado. Parecía comprenderme y yo estaba empezando a entenderlo a él.

A medida que nos besamos, supe que no tenía todas las respuestas en cuanto hacia donde iba a llegar aquello. Lo único que sabía era que no quería que paráramos.

CAPÍTULO DIEZ

Vale. Es oficial. Hay algo de Dylan que me hace olvidar por qué necesito estar a la defensiva en cualquier parte y en todo momento. Y él es una buena razón no solo para poner defensas, sino para añadir un poco de refuerzo extra a ellas. Cuando se despidió la noche anterior, prometió llamarme al día siguiente y le creí.

A medida que avanzaba la mañana, mi mente seguía vagando hacia pensamientos relacionados con el tiempo que pasé junto a Dylan, incluso en aquel día que iba a ser importante para mí. Necesitaba hablar con mi potencial inversor, cumplir con mi día de trabajo y seguir entrenando a Hannah para que se hiciera cargo de todo por mí cuando yo dejara el trabajo.

Por encima de todo eso, tenía una enorme pila de ropa que necesitaba ser ordenada en la lavadora frente a pilas de ropa para lavar en seco. También necesitaba acabar los bocetos de los nuevos diseños y tratar de encontrar algún textil adecuado para ellos.

Estaba en el trabajo al día siguiente colocando una nueva nota adhesiva de color rosa en mi tablero blanco cuando mi teléfono móvil sonó. Miré hacia abajo para ver el nombre del señor Moore en la pantalla. Lo cogí rápidamente, agradecido de no estar en una balsa en el río en esa ocasión.

—Hola, Sr. Moore. ¿Recibió los bocetos de los nuevos diseños que le envié?

—Los recibí y tengo que decir que no creo que necesitemos más diseños. La manera de entrar en el mercado es ofrecer un producto muy bueno en primer lugar, vender una gran cantidad, y luego crecer a partir de ahí cuando llegue la demanda.

Suspiré prolongadamente. En otros tiempos habría estado de acuerdo, sobre todo porque sabía lo mucho que cada nuevo diseño podría incrementar el costo de fabricación. Pero Dylan me había mostrado algo nuevo sobre mi objetivo demográfico que no había considerado. Quería calidad sobre cantidad, no sólo un pelotazo rápido.

—Sr. Moore, creo que deberíamos tratar de abarcar las diversas necesidades de las diferentes viajeras. La idea original era crear equipaje que se adaptara a cualquier necesidad de una mujer y hacer que viajar fuera más fácil para ella sin necesidad de múltiples maletas. Un todo-en-uno como el que dice.

—Por supuesto, me encanta ese plan. A las compradoras les va a encantar la maleta original, que será especialmente atractiva para mujeres y más ahora que vendrá en color rosa.

Me encogí.

—Pero, señor...

—También hará que nuestra marca sea fácil de detectar en un aeropuerto, lo que hace que nuestros productos destaquen en las cintas transportadoras de equipaje. Me encanta la maleta y tu idea. Es por eso que estoy llamándote para consolidar nuestra propuesta de contrato. Necesito

saber si estás de acuerdo conmigo para dar el visto bueno al fabricante.

No. No, no lo estaba. Tenía que decirlo y en ese mismo momento. Porque si no lo hacía, él seguiría hacia adelante y nada sería mío nunca más, y cada maleta sería de color rosa.

¡Pip! El mensaje recordatorio de que tenía unos treinta segundos para recorrer varias plantas y un largo pasillo hasta la sala de conferencias.

—¿Puedo llamarle para darle una respuesta esta noche? Voy a entrar a una reunión ahora — dije con los tacones de mis zapatos resonando sobre el suelo mientras salía de mi oficina hacia el ascensor. Las puertas estaban abiertas, ¡algo que me ahorra tiempo! Rompí a correr.

El Sr. Moore dijo:

—Preferiría una respuesta ahora.

Me apresuré hacia el ascensor justo cuando las puertas empezaron a cerrarse.

—Sí, yo... ¿Hola?

¡Oh no! No, no y no. Había conseguido decir algo de lo que quería decir, que era: «Sí, yo sé que usted prefiere una respuesta ahora», pero el ascensor había cortado la recepción después del primer sí. ¿Y si había pensado que le estaba dando el visto bueno? Se me aparecieron maletas rosas por la cabeza, una tras otra, sin fin.

Me arrastré fuera del ascensor y corrí por el pasillo, golpeando el botón de rellamada con mi dedo índice en repetidas ocasiones. Sin respuesta. La puerta de la sala de conferencias se abrió. Mi jefe dijo:

—Oh, ahí estás, Jennifer. Justo a tiempo. Por favor, entra.

Necesitaba enviarle un mensaje de texto al Sr. Moore. Tenía que hacerle saber que no era mi intención decir que sí. Aquello era una pesadilla. Él iba a colorear mis hermosas maletas del color de una bebida antiácido. Uf.

Tomé asiento en la mesa de conferencias y pulse en mi icono de mensaje de texto.

Mi jefe tenía otras ideas. Él dijo:

—Jennifer, creo que sabes... —Comenzó a moverse alrededor de la mesa presentando a todo el mundo y casi que no iba a ser educado escribir un mensaje mientras se producen una serie de presentaciones, así que bajé el teléfono, sonreí y saludé a todos. La desesperación se hizo presente.

Tenía que dar una presentación en aquel momento, pero también tenía que al menos enviar un mensaje al Sr. Moore para aclarar mi posición. ¿Debía decir que había olvidado el material de la presentación y que volvía en un momento? No funcionaría, ya que las carpetas ordenadas estaban situadas a la derecha de la mesa frente a nosotros. ¿Fingir una enfermedad? ¿Gritar? ¿Tenía que llamar a casa porque mi apartamento estaba incendiándose? ¿Qué?

Hannah se sentó en la mesa frente a mí y me miró de forma extraña:

—¿Qué pasa? —Articuló.

Pero todo el mundo me miraba así que no podía responderle.

Mi estómago dio un vuelco. No tenía otra opción que no fuera realizar la presentación, así que me levanté y empecé. Comenté los detalles lo más rápido posible sin que sonara poco profesional. Era como tener una cita rápida de camino a un acuerdo de negocios serio. Mi corazón seguía dando tumbos mientras hablaba. Mis ojos seguían lanzándose a mi teléfono. Estaba allí, rogándome que acabara de enviar ese mensaje de texto ya.

Finalmente terminé. En un tono sin aliento pregunté:

—¿Alguna pregunta?

Entonces. Muchas. Preguntas.

Nunca llegaría a enviarle un mensaje al Sr. Moore a tiempo para detener todo. Mi sueño en el

que había trabajado todos los días durante los últimos dos años, incluyendo los días festivos, se había convertido en una debacle de color rosa.

* * *

Después de que la reunión se disolviera, Hannah se acercó y me dijo al oído que tenía que despedirme del café. Ella no sabía que el exceso de cafeína era el menor de mis problemas en aquel momento. Me dejé caer en la silla y traté de llamar al Sr. Moore de nuevo. Sin respuesta. Gemí y tecleé un mensaje explicando que no estaba de acuerdo con la fabricación y que mi frase se había cortado por la mitad al subir al ascensor, algo por lo que me disculpaba profusamente. También hice hincapié en no seguir adelante con su fabricante.

Con suerte, él no habría iniciado el proceso todavía.

Yo tenía tres reuniones más, y no pasó mucho tiempo para que mi jefe me dijera que pensaba que yo debería frenar un poco. Me las arreglé para sonreír, darle las gracias por la sugerencia y volver a mi oficina. Me dejé caer en mi escritorio, mirando mis notas adhesivas y luego el calendario abierto en mi teléfono.

Aquellos días de trabajo de más de dieciséis horas y reuniones, habían sido mi sueño una vez. Ese sueño había terminado. Ahora mis maletas eran mi sueño y muy fácilmente podría haberlo arruinado por entrar en el ascensor. No podía hacer ambos trabajos, eso era evidente. Pero no podía dejar el trabajo fijo sin saber que tenía algo de seguridad en el negocio de equipajes.

Entre reuniones llamé a un servicio de entrega y comí algo de fettuccine Alfredo. Me las arreglé para comer mientras disparaba mensajes de correo electrónico y exploraba las respuestas. A continuación, corrí hacia otra reunión y después traté de llamar al Sr. Moore de nuevo. Sin respuesta. Tampoco hubo respuesta a mi mensaje.

No podía concentrarme en mis tareas. Yo seguía haciendo hincapié en la llamada y esperando que el mensaje le llegara a tiempo. Cuando agarré mis cosas a las cinco todavía no había recibido ninguna respuesta por su parte. Mientras salía del garaje, mi teléfono sonó. Lo cogí, manteniendo mis ojos en el coche por delante del mío en el carril.

—¿Hola?

—Hola, soy Dylan. ¿Tiene planes para la cena?

Había engullido los fettuccine Alfredo alrededor del mediodía y tenía hambre de nuevo. Pero tenía demasiado que hacer para tener una cita. Todavía no había recibido respuesta de Moore. Necesitaba llegar a aquella lavandería. Tenía que preparar una reunión para la mañana siguiente.

—No, no tengo planes.

Grité, a nivel interno, en cuanto esas palabras salieron de mi boca. Mi corazón todavía se negaba a escuchar a la cabeza, aparentemente.

—Vale —dijo con voz cálida—. ¿Puedes quedar conmigo? Ya estoy aquí.

No, no podía. O no debería. Pero dije:

—Suena bien. Estoy conduciendo.

—Te escribo la dirección. Estoy deseando verte.

—Yo también —dije, incluso mientras me preguntaba qué estaba haciendo concertando una cita con lo que llevaba encima. Pero conducir para encontrarme con Dylan era como un soplo de aire fresco que necesitaba desesperadamente. Me detuve en un semáforo en rojo, introduje la dirección en mi GPS y luego giré a la izquierda.

Veinte minutos más tarde entré en un aparcamiento y Dylan estaba de pie en la entrada de un edificio en ruinas. Estaba increíble en pantalones vaqueros y una camisa suelta mientras se dirigía

a mi coche. Abrí la ventana.

—Si estás en peligro, salta sobre el capó y aférrate a los limpiaparabrisas. Nos largaremos de aquí.

Su risa sonó viva y cálida.

—Gracias por la oferta, pero estoy bien.

—¿Estás seguro? Esta zona parece sospechosa.

—Confía en mí —dijo, entrando en el lado del pasajero—. Sólo conduce hasta el altavoz y pidamos allí. La comida está increíble.

Tuve mis dudas mientras miraba el edificio ruinoso con una entrada para coches adjunta. Cuando rodé hacia el lateral, vi una caja de altavoz, pero no había ningún menú. Miré a Dylan.

—Mmm...

—¿Te gustan las hamburguesas? —preguntó, mirando como asentía con la cabeza—. Estas son las mejores hamburguesas que he comido nunca. Pide una sencilla con salsa de la casa y encurtidos. No te vas a arrepentir.

—Espero que no —dije, y pedí dos sencillas con salsa de la casa y encurtidos, dos de patatas fritas y dos bebidas. Entonces llegué a la ventanilla, rechazando el dinero en efectivo que Dylan me había dado mientras le entregaba a la persona encargada un billete de veinte de mi cartera.

—Gracias, Jen —dijo Dylan frotándose las manos de alegría cuando le pasé la caja de cartón en la que venía la comida.

Mi vientre dio un vuelco por la forma en que me llamó.

—Nadie me ha llamado así desde que tenía cinco años de edad —dije mirándole.

—¿Te gusta?

—¿Viniendo de ti? —pregunté, mirando a esos ojos azul profundo. De repente olvidé que no me gustaba ser llamada «Pequeña Jen» en mi juventud. Cuando Dylan lo había pronunciado, mi corazón se había derretido—. Pues sí.

—Genial —dijo, y luego me dirigió a una esquina del aparcamiento y yo aparqué. Había una pequeña mesa de picnic situada en una pequeña montaña de hierba y nos bajamos del coche y nos dirigimos allí. Dylan dispuso la comida y las servilletas, y seguidamente empezó a comer.

—No estás comiendo —dijo, y se tiró una patata en la boca.

—Eres observador —dije. La hamburguesa tenía buena pinta pero todavía tenía dudas—. Estoy esperando a ver si mueres de intoxicación alimentaria primero.

—Eso nunca va a pasar —dijo, lamiéndose las comisuras de la boca por si acaso—. Tengo un estómago de hierro fundido. Una vez comí salchichas crudas.

Abrí la boca.

—¿Por qué?

—Alguien me desafió y yo tenía hambre.

—Eso es asqueroso.

—El sashimi es carne cruda.

—Eso es diferente. El pescado y los cerdos son totalmente diferentes.

Él me sonrió.

—El mismo principio, sin embargo.

—¿Harás cualquier cosa a la que te reten? —Lo miré, desconcertada. Él probaría cualquier cosa y yo ni siquiera podía confiar en que una hamburguesa de un lugar llamado «hamburguesas aquí» fuera buena. Lo vi reír y encogerse de hombros en respuesta, así que cogí la hamburguesa y tomé un pequeño bocado.

Se encogió de hombros.

—¿Y bien?

Los sabores de la salsa llenaron mi lengua y tragué

—Está... buena —dije, sin estar mintiendo. Aquella era, con mucho, la mejor hamburguesa que había probado. Tomé otro bocado—. ¿Cómo encontraste este lugar?

—Mis padres solían venir aquí cuando yo era un niño. Cuando estaba enfermo, pararon a recoger una hamburguesa para mí y luego la colaron en el hospital.

Probé las patatas en forma de cuña. También deliciosas. Cocidas y tiernas en el interior, crujientes y un poco saladas en el exterior.

—No puedo imaginarte estando enfermo.

Dylan tomó un sorbo de refresco y luego mojó una patata en una mancha de salsa de tomate.

—Yo tampoco. A veces parece como si le hubiera pasado a otra persona. O en otra vida.

Me limpié la boca con una servilleta.

—¿De verdad?

El asintió.

—Todas las cosas malas se desvanecen, ya sabes, si se les deja.

Miré a mi hamburguesa a medio comer. Nunca dejaría que las secuelas del divorcio de mis padres se desvanecieran. El dolor todavía lo sentía con intensidad. Como una tormenta que se adentra y te golpea fuerte con el viento. Cada vez que pensaba que lo había superado, sentía una sacudida de dolor que me recordaba lo que fue que todo quedara patas arriba, que se me arrebatara toda mi estabilidad y seguridad.

Sus manos encontraron con las mías.

Miré hacia arriba.

Él me sonrió.

—¿Estás bien?

—Sí —dije. En verdad, hacía mucho tiempo que no estaba bien. Había estado trabajando en dos empleos y apenas había hecho nada más hasta acudir a la doble cita loca en el río—. Cuando estoy contigo todo está bien de nuevo. Sé que suena ñoño...

—Me siento de la misma manera, Jen —dijo con tono bajo y grueso. Él cubrió mi mejilla con su mano y se inclinó hacia delante hasta que su boca encontró la mía.

Sus labios eran cálidos y de sabor salado como las patatas fritas. Me relajé contra él y dejé que sus besos se burlaran de mis sentidos hasta hacer volar chispas por todo mi cuerpo. Durante unos minutos, se me olvidó que estábamos sentados en un banco a la vista de cualquiera que pudiera conducir por allí. No lo pensé. Ni rastro de lo poco adecuados que parecíamos el uno para el otro, tampoco de mis problemas con el señor Moore.

Todo lo que hice fue darle un beso y sentir como si mi mundo finalmente hubiera hecho clic a su lugar. Finalmente él se apartó y apoyó su frente contra la mía. Podía sentir su aliento caliente contra mis labios.

—Nunca he traído a nadie aquí antes —dijo.

—¿En serio? —pregunté, tirando un poco hacia atrás. No era el lugar más romántico para llevar a una cita, pero el romanticismo no parecía ser nuestro estilo. Me conmovió que me llevara a un lugar que significaba algo especial para él.

—Eres la primera —dijo en voz baja.

—¿Tenías miedo de que saliera huyendo en coche sin asumir el reto de la hamburguesa? —pregunté sonriendo.

Soltó una risita.

—Eres más aventurera de lo que crees.

—No sabría decirte —dije, agachando la cabeza.

—Me estoy enamorando de ti, Jen —susurró.

Levanté la cabeza y sus ojos azul oscuro me miraron, revolviendo todo mi ser.

—Genial —dije, mi corazón saltaba en mi pecho—. Porque yo también me estoy enamorando de ti.

Él empujó mi barbilla hacia arriba y al instante nos estábamos besando de nuevo.

CAPÍTULO ONCE

Tras nuestra cena en «hamburguesas aquí», Dylan me pidió que condujera hacia la segunda parte de la cita que había planeado. Sin embargo, tan pronto como intuí lo que tenía en mente, me detuve. En el centro de un campo vacío había un globo de aire caliente atado a varias estacas.

El globo era de rayas de colores y parecía tan fuera de lugar que no podía quitar la mirada del mismo. Los edificios parecían pequeños en la distancia tras el gran globo y las nubes blancas flotaban en el cielo de la tarde.

Nos bajamos del coche y yo señalé con el dedo:

—Mmm. ¿Eso es un globo?

—Sí, es un globo de aire caliente —aclaró Dylan.

—Aún así, es un globo. Sabes que los globos explotan ¿verdad? Es decir, prácticamente cualquier cosa puede hacerlos explotar. Y hay tantos árboles. Las ramas irían directas contra esa cosa.

—No te preocupes —dijo, sosteniendo su mano hacia mí—. He hecho esto antes. Este tipo de aquí es un amigo de un amigo y yo confío en él —Hizo un gesto hacia el hombre de pie junto a la gran cesta del globo—. Tiene licencia y es altamente experimentado. Vamos a estar perfectamente seguros.

Estudí aquel tipo. No parecía piloto. Parecía demasiado relajado para estar a punto de tener mi vida en sus manos.

—No, esto no es seguro. Es una trampa mortal. Y hay fuego.

—El fuego hace que el aire se caliente para que el globo pueda elevarse.

—Lo doy por hecho —Seguí de pie al lado del coche con mis talones hundiéndose en la tierra suave—. No creo que esto sea una buena idea.

—Qué tal esto... nos metemos en la canasta pero no elevaremos el globo a menos que te sientas cómoda. Simplemente nos quedaremos allí un rato.

—¿Se puede apagar el fuego?

—Si hago eso, el globo se derrumbará sobre nosotros.

—Oh —Me moví un poco, mis tacones se hundieron profundamente en la suave hierba del aparcamiento—. ¿Y si...?

Respiré hondo incapaz de terminar la frase. Dylan claramente se había tomado un montón de molestias para sorprenderme en la cita. Por lo tanto, me acerqué y le tomé de la mano. Sus cálidos y fuertes dedos se entrelazaron con los míos mientras caminábamos hacia el globo.

Subí un escalón y él abrió la pequeña puerta que cerramos una vez estuvimos dentro de la cesta. La brisa hizo que el globo se tambaleara un poco. Tragué un grito de pánico.

Dylan me miró de reojo.

—Esperaba que te gustara dar un paseo.

—Esperaba más bien una copa después de la cena —dije. No estaba bromeando. ¿Había alguna posibilidad de decepción? Bueno, sí había si yo estaba a punto de permitir la posibilidad de caer en picado hacia la muerte. Mi estómago se encogió.

No había manera de que yo, Jennifer Page, despegara en un globo.

—No pasa nada si no quieres subir. La vista no está mal incluso desde aquí.

Miré todo el campo bordeado de árboles. Vi el aparcamiento detrás de nosotros, pensando que la vista no era muy buena. Pero él estaba tratando de controlar lo mejor posible mi evidente terror, así que junté coraje—. Quizás podríamos subir un poco más alto para mejorar la vista.

Dylan hizo un gesto hacia el hombre, que subió y se situó detrás de nosotros. El hombre hizo algo al fuego y a una cuerda. Derivamos hacia arriba. Me agarré a un lado de la cesta y me quedé así para salvar mi vida. Dylan levantó la mano y el hombre nos detuvo a pocos metros.

—¿Qué tal así? —preguntó Dylan.

La irritación floreció dentro de mí al recordar el espectáculo que di por tener miedo del río. Al final yo estaba bien y me entró el pánico por nada. ¿Esta vez? Estábamos en un globo de aire caliente, con un profesional y apenas a pocos metros del suelo.

Mis temores eran ridículos, y lo sabía. Dylan jamás habría reservado un viaje en globo de aire caliente si no supiera que íbamos a estar a salvo, así que dije:

—Podemos ir un poco más alto.

—¿Estás segura?

No.

—Sí.

El hombre movió la cuerda y el globo subió un poco más alto. La vista ya era mejor. Aquello no era tan malo. Conforme mis nervios empezaron a relajarse, mi teléfono móvil sonó. Abrí mi bolso y saqué el teléfono. El número del Sr. Moore apareció en la pantalla.

Golpeé aceptar, pero entonces las barras de cobertura se apagaron. Había perdido la recepción. Mi estómago dio un vuelvo y no precisamente por el globo en ese momento. Me distraje con Dylan, pero de repente me acordé de mi última conversación con el Sr. Moore y me entró el pánico.

—Lo siento, pero tenemos que bajar para que pueda recibir señal en mi teléfono móvil —dije volviéndome hacia él con ojos desesperados. Su expresión se desvaneció, pero negué con la cabeza—. Ahora por favor. Tengo que atender esta llamada. Es realmente importante.

El hombre se detuvo jugando con las cuerdas.

—¿Estás bien?

—No —le dije, con lágrimas escociéndome en los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Dylan, deslizando un brazo alrededor de mí.

—Cometí un error con mi inversor hoy y tengo que corregirlo —dije, y le expliqué lo que había sucedido con el ascensor.

—No te preocupes, nosotros nos ocuparemos de esto —Dylan señaló al hombre que pilotaba el globo, que lo llevó de nuevo hacia la tierra. Por desgracia, las barras siguieron oscuras en mi teléfono. Dylan sacó su teléfono móvil—. Tal vez el mío funcione.

Su teléfono tampoco tenía cobertura. A una parte de mí le parecía bien acabar aquella cita con Dylan. Una parte de mí quería que tomáramos el vuelo. Sin embargo, una gran parte de mí sabía que no podía dejar pasar aquella única oportunidad que tenía con el inversor. Me quedé mirando el teléfono, sabiendo que el señor Moore tenía el poder de afectar a todo mi futuro.

Después de todo mi duro trabajo, finalmente había encontrado una manera de salir del trabajo

habitual que no quería y montar el negocio de equipajes que tan desesperadamente deseaba: la vida que prometía estabilidad y seguridad.

Negué con la cabeza.

—Todavía no hay señal. Tenemos que bajar. Necesito hablar con el señor Moore y corregir la situación.

El tipo del pilotaje del globo dijo:

—Tal vez los edificios están demasiado cerca.

A continuación, el globo se disparó hacia arriba, en lugar de hacia abajo. Lo miré boquiabierto antes de darme cuenta de que una corriente había movido el globo un poco, haciéndolo mover elegantemente en un círculo. Mi estómago dio un vuelco. Tenía que bajar. Ya. Tenía que coger aquella llamada. Tenía que establecer el acuerdo.

El paseo en globo era una distracción. Yo necesitaba asegurar mi futuro de una vez por todas.

—Lo siento, Dylan —susurré.

Su mirada se encontró con la mía. La mirada de dolor en sus ojos hizo que quisiera decir que me gustaría hablar con el señor Moore en otro momento, y que aquella cita aventura era todo lo que quería. En su lugar, me quedé tranquila cuando el hombre bajó el globo. Tan pronto como estuvimos lo suficientemente cerca de la tierra, abrí la puerta y salí de la cesta, miré mi teléfono. ¡Aún ninguna barra!

Salí pitando hacia el aparcamiento, sosteniendo el teléfono hacia arriba, persiguiendo esa señal cada vez más difícil de alcanzar. El tacón de mi zapato derecho dio un giro siniestro, que noté bastante pero no me impidió seguir mi camino. Necesitaba barras en mi teléfono móvil y sentía la desesperación brotar dentro de mí.

—Vamos, vamos —murmuré—. Sólo una miserable señal... ¡sí!

Conseguí que funcionara teléfono móvil y marqué el teléfono del Sr. Moore. El temor rodó a través de mí cuando respondió:

—Hola, Srta. Page.

—Por favor, dígame que mi último mensaje llegó a tiempo —dije, notando mi tono tenso.

Dylan se acercó a mí y lo miré, pero no recibí una sonrisa en respuesta. Todo mi cuerpo estaba tenso y tembloroso. Mi futuro se caía a pedazos, había arruinado nuestra cita y mi estómago estaba hecho un nudo.

—Recibí su mensaje —dijo el Sr. Moore, con voz firme—. Pero todavía necesito una respuesta por su parte.

Mis ojos se cerraron. Tragué saliva. Traté de encontrar el profesionalismo que había construido con tanto trabajo. Sólo podía oler la colonia de Dylan y sentir su presencia. Por un momento, el espíritu aventurero tiró de mí. La emoción de todo y aquella poderosa sensación que había tenido cuando había conquistado mis temores en el río.

Me sentía dividida en cuanto a qué vida quería. Entonces recordé cada divorcio, cada movimiento, cada conmoción que había sacudido mi mundo. Mis párpados se abrieron de golpe. El globo de rayas volando sobre el suelo, entre el telón de fondo de los edificios y los árboles de todo el aparcamiento, como si se mofaran de mí y de que estaba tomando la decisión equivocada.

—Sí, Sr. Moore —Hablé con los labios tan secos que se me pegaron a los dientes—. Quiero continuar hacia la fase de fabricación, pero no estoy convencida con la elección del color.

—Ya veo —dijo.

Me mordí el labio inferior.

—¿Hay alguna manera de que podamos negociar eso? Tiene que haber otras opciones. El rosa es un bonito... color particular si se quiere crear un gran atractivo. No estoy segura de que sea

apropiado para un accesorio de viaje.

El señor Moore se quedó un momento en silencio. Habiéndome dicho que rosa y que quería rosa, temí que aquello fuera el final de mi sueño...

Por último, dijo:

—¿Por qué no tenemos una reunión en persona? ¿Puede volar a Nueva York esta noche y reunirse conmigo en mi oficina por la mañana?

¿Estaba hablando en serio? Tendría que coger el último vuelo nocturno y me iría en sólo unas pocas horas ¿Qué tan rápido podría llegar a casa, hacer el equipaje y llegar al aeropuerto? Mentalmente calculé y habría suficiente tiempo si me daba prisa.

—Sí, puedo hacerlo.

¿Había perdido la cabeza? ¿Iba a atravesar todo el país para reunirme con un hombre que quería maletas de color rosa? ¿Y si él no iba a cambiar de opinión? ¿Estaba dispuesta a renunciar a mi sueño por una opción de color?

—Bueno. Nos vemos por la mañana, Srta. Page —dijo, y luego colgó.

Me quedé allí, con mi corazón latiendo demasiado fuerte. Tenía que llegar al aeropuerto. El tono frío del señor Moore no dejó ninguna duda en mi mente que si me negaba al color que él quería para mis maletas, no estaría interesado. Él claramente había pensado que podría convencerme si nos veíamos en persona. No podía perder el único inversor que tenía o perdería todos mis sueños con él.

* * *

Dylan terminó de hablar con el piloto del globo de aire, una fascinante elección de carrera profesional a menos que el chico solo se dedicara a ello como algo secundario, y luego se dirigió de nuevo a mí. Me dolía el corazón. Casi había perdido aquella llamada porque había estado distraída con Dylan. Yo siempre había estado concentrada antes de conocerlo, comprobaba mi lista de tareas pendientes y seguía la dirección correcta hacia mis objetivos.

¿Y qué iba a hacer? ¿Tratar de convencerme a mi misma de subir en un globo de aire caliente? ¿Por qué? ¿Cómo me llevaría eso hacia mis metas? No lo haría.

En mi cabeza, sabía que Dylan y yo no éramos el uno para el otro.

E incluso si pudiéramos superar nuestras diferencias, no tenía tiempo para una relación. Tenía que encontrar la manera de llegar a un acuerdo con el fin de mantener mi sueño. Como capacitar a Hannah para hacerse cargo de mis tareas en el trabajo. Tenía que encontrar un espacio de negocios y abrir la tienda. Tenía que hacer tantas cosas y no había espacio para citas aventureras que me distrajeran.

Tenía que decirle eso a Dylan.

Di un paso hacia él. El tacón que se había tambaleado anteriormente, se tambaleó de nuevo y se cayó. De repente, me incliné hacia delante, agitando los brazos tratando de recuperar el equilibrio. Dylan me tomó en sus brazos. Aterricé contra su pecho fuerte, percibí los sólidos latidos de su corazón en mi pecho. Mi corazón anhelaba estar con él.

Todo lo que tenía que decirle sobre mis metas y lo que necesitaba murió detrás de mis labios. Él me abrazó, sus brazos me mantenían a salvo. El olor de su colonia se encontró con mi nariz de nuevo. Luego levantó mi barbilla, sus labios se encontraron los míos y cada pensamiento se fue esfumando de mi cabeza.

Luego se echó hacia atrás y me recogió, acunándome en sus brazos.

Miré hacia él.

—¿Qué estás haciendo?

Él me sonrió.

—Poner a salvo tu otro zapato. Sé lo que sientes por tus zapatos. ¿Estos también son Gucci?

—Espera, ¡mi tacón!

—Lo sé. Se rompió.

—No, quiero decir, necesitamos recuperarlo —dije, riéndome de lo cómico que aquello debía parecer—. Estos zapatos son caros. Puedo arreglarlos si recupero el tacón.

Se dio la vuelta y regresó a donde mi tacón yacía en el suelo. Sus poderosas piernas se flexionaron al ponerse en cuclillas, conmigo todavía en sus brazos. Extendí la mano y recogí el tacón con una mano. Dylan se echó a reír. Su pecho retumbó mientras se reía y me llevaba a mi coche.

—Si estás preocupada por el tema del globo, no lo estés —dijo riendo—. Los tacones rotos es lo que realmente asusta.

No podía dejar de reír. Dylan tenía la manera de aportarme alegría. Siempre parecía superar mis defensas y llevarme a hacer cosas que normalmente no haría. No me refería sólo a sentarme en una mesa de picnic a comer hamburguesas. Es decir, él me hacía querer cosas que sabía que no podía tener con él. Cosas como una relación real y estable. Amor.

—Tengo que ir al aeropuerto. Ahora mismo. He quedado con el señor Moore en Nueva York por la mañana. Y... Ya no puedo quedar contigo.

Con el ceño fruncido, me puso al lado de mi coche.

—Quieres decir que la cita de esta noche ha llegado a su fin, ¿verdad?

El dolor hizo trizas mi corazón.

—No, quiero decir que no puedo hacer esto, tú y yo. No necesito paseos en globo aerostático y...

—Lo siento por lo del globo —dijo con la voz un poco forzada—. Me pareció que te divertiste tanto haciendo rafting una vez que dejaste ir tus miedos... Pensé que disfrutarías de las vistas desde un paseo en globo aerostático. Pero no debería haberte sorprendido de esta manera. Debería habértelo preguntado primero.

Tragué un nudo salado en mi garganta.

—No es sólo el paseo en globo. ¿Qué ocurrirá cuando te despiertes un día y decidas ir a nadar a esa fisura?

—En realidad, buceé allí y he oído que no hay tiburones —dijo, obviamente, tratando de poner un poco de humor al momento. Pero su expresión facial se tensó y apenas pudo mirarme.

—¿No ves que lo poco apropiados que somos el uno para el otro? —pregunté, pensando en todas las aventuras que lo harían feliz y me asustarían a mí—. Tú necesitas a alguien a quien le encanten esas aventuras. Alguien que pueda subir más de unos metros sobre tierra en un globo aerostático.

Se volvió hacia mí, haciendo un gesto con una mano.

—Los polos opuestos se atraen continuamente, Jen.

—Sé que se atraen —dije, pensando que no era nuestro problema. Me dolía todo el cuerpo, pero que tenía que conseguir que todo aquello acabara—. ¿Pero qué pasa al final? Se estrellan y se queman, eso es lo que pasa.

—No digas eso... —Llegó hasta mí, pero yo di un paso atrás. Su mano quedó suspendida en el aire por un momento y luego cayó—. A veces tienes que dejarte llevar, Jen.

—Lo sé. Eso es lo que estoy haciendo. Me estoy yendo. Adiós, Dylan —dije, y me metí en el coche y lloré todo el camino hacia casa.

CAPÍTULO DOCE

—¿Quién te crees que eres? —pregunté mirando a Hannah con terror mientras aceleraba por la autovía—. ¿Batman o algo parecido?

Ella aceleró el motor, puso el intermitente y cruzó dos carriles.

—No hay tiempo que perder. Tienes que coger un avión.

—Tenemos que llegar al aeropuerto con vida para que lo coja —le recordé. Decir que mi estilo de conducción era un poco más tranquilo sería quedarse corto. Ante todo, el seguro era caro y la seguridad era mi prioridad. Sin embargo, ella tenía razón en lo de que no había tiempo que perder en aquel momento.

—No va a ser culpa mía si pierdes el avión —dijo, y adelanto a un sedán que circulaba lento antes de salir de la autovía a toda velocidad por el largo camino hacia el aeropuerto.

Me agarré al salpicadero.

—Dime otra vez por qué accedí a dejar que me llevaras al aeropuerto.

—Porque aparcar en el aeropuerto es caro y no estás en condiciones de pagarlo ya que estás gastando gran parte de tus ahorros en un viaje de última hora a Nueva York.

Flexioné dedos.

—Correcto. Todo.

—Jennifer, ¿estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó.

—Tengo que hacerlo —dije con firmeza.

El señor Moore quería una conversación en persona y el señor Moore estaba en Nueva York, así que tenía que llegar allí. No sabía exactamente acerca de lo que quería hablar conmigo por la mañana. Yo sabía que él no quería dejar de ser mi inversor pero, ¿estaba dispuesto a dejar de lado las riendas y dejarme gestionar mi compañía a mi manera? O, ¿estaba yo dispuesta a dejarlo estar a cargo?

Dejó el coche en el aparcamiento y me bajé de un salto, corrí hacia el maletero y cogí mi maleta. Mi maleta de viaje negra. Traté de imaginarla en color rosa y me estremecí. Hannah saltó del lado del conductor y me dirigió al mostrador de facturación delante de las puertas de vidrio. Cogí mi billete de ida y vuelta de mi amiga.

—No puedo creer que estés haciendo esto —dijo.

—No es muy de mi estilo, ¿verdad? Normalmente lo pienso todo y trazo un plan con una lista de cosas por hacer. No hay tiempo para eso cuando hay que tomar decisiones de último momento. Básicamente estaré volando en breve. Básicamente no he tenido tiempo suficiente para poner todo en orden.

—La reunión va a ir bien. Eres increíble y lo tienes hecho.

—Gracias —le dije, dándole un abrazo de despedida.

Ella suspiró.

—Yo solo deseo...

Me aparté.

—¿Sólo deseas qué?

Se retorció las manos.

—Me gustaría que hubiera funcionado lo tuyo con Dylan. Parecía el tipo perfecto para ti y viceversa.

—Dylan y yo éramos como agua y aceite —dije, sabiendo que era cierto y preguntándome por qué a mí también me hubiera gustado que funcionara lo nuestro. Pero tenía que coger un vuelo y tenía que centrarme—. Bueno, ahora mismo mi chico perfecto es el Sr. Moore.

—¿Pero qué pasará cuando vuelvas? No me digas que no lo vas a echar de menos.

Ya lo echaba de menos, y por eso yo no quería ni pensar en ello en aquel momento. Dejé escapar un suspiro y comprobé la hora.

—Simplemente esperemos que vuelva habiendo firmado con el inversor y pueda conseguir lanzar mi tienda. Me tengo que ir. Deséame suerte.

—¡Puedes hacerlo! —Me animó.

—Gracias —Sonreí y me dirigí hacia adentro de la terminal, rápidamente.

Cola en el control de seguridad, como siempre. ¿Sería mucho pedir que se reforzara el personal? ¿Es mucho pedir con lo que paga el cliente? Me quejé, mire la hora y calculé cómo de rápido podrían correr mis tacones. La cola de seguridad se movía tan lentamente que con cada segundo que pasaba me encontraba más preocupada. Tenía tan poco tiempo para coger ese vuelo.

Desde el momento en que consiguiera pasar el control de seguridad, tendría cinco minutos para llegar a mi puerta de embarque. Me puse los zapatos de tacón de nuevo y eché a correr.

—Última llamada de embarque para el vuelo...

Conforme la mujer avisaba de la última llamada para pasajeros de mi número de vuelo, agaché la cabeza y corrí más rápido. Tenía que volar esa noche o todo lo que había trabajado tan duramente se desvanecería. En el fondo de mi mente, me imaginaba los ojos de color azul oscuro que me miraban y una voz familiar susurrándome que podía hacerlo.

Vi el número de mi puerta justo delante. Mientras corría hacia la puerta, la azafata se volvió y se dispuso a cerrar la puerta que conducía a la pasarela telescópica.

—Estoy aquí —dije, levantando mi billete.

—Justo a tiempo —dijo ella, escaneando mi billete, permitiendo mi entrada en el túnel de embarque y cerrando la puerta detrás de mí.

* * *

Las ventanas de la sala de juntas desprendían unas vistas impresionantes del skyline de hormigón y vidrio de la ciudad de Nueva York. Los rascacielos se elevaban alrededor de nosotros, parecían tocar el cielo azul por encima de ellos. Cuando miré hacia abajo, los coches parecían juguetes que se movían a lo largo de una cinta oscura, que era, de hecho, una calle amplia y congestionada.

Tenía un nudo en el estómago. ¿Qué estaba haciendo allí? Aquella reunión era mucho más. Tenía un pequeño e independiente negocio de maletas que ni siquiera había arrancado todavía. Parecía demasiado pronto para aquella reunión. No había logrado demostrar suficientemente mi valía a los inversores que tenían oficinas cuyos suelos estaban revestidos en mármol y madera de teca.

¿Intimidada? ¿Yo? Tal vez un poco...

Suspiré y me dije que tenía que relajarme. No funcionó. En su lugar, estudié la mesa, que era de brillante caoba. Mi paquete de presentación estaba sobre la mesa, frente a las caras sillas de diseño ergonómico. Sillas que pronto se llenarían de personas poderosas que podrían hacer realidad mis sueños... si tan sólo pudiera ceder en el color y el fabricante que querían.

Mi estómago daba volteretas, ya fuera por mis nervios o por el desayuno que no había sido capaz de resistir. Cualquiera de las dos cosas, todo malo. Necesitaba estar fresca, tranquila y comedida. Las puertas se abrieron y el Sr. Moore, un caballero que parecía de unos sesenta años con el pelo gris y una nariz patricia, entró en la habitación seguido de varios hombres y una mujer.

Me incorporé, me recordé a mí misma que podía hacer aquello y dibujé una sonrisa en mi cara mientras los saludaba. Les di la mano y mencioné nombres, todas las cosas que haces cuando estás decidida a causar una buena impresión.

Se sentaron y volví a mi lugar en la cabecera de la mesa. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. El sudor quería salir en la frente, pero lo contuve y respiré hondo.

—Gracias por invitarme aquí para hablar con todos ustedes esta mañana.

Todos ellos me sonrieron. Sin embargo, aquello no me hizo sentir más relajada. Sus sonrisas eran educadas, pero nada más. Agarré el pequeño mando a distancia e inicié mi presentación en la pantalla.

—Como todos saben, ningún buen viaje está completo sin un buen equipaje — dije, señalando a las maletas que cuidadosamente había dispuesto sobre la pantalla.

La mujer preguntó:

—¿No hay ya un montón de bolsas de viaje en el mercado?

—Hay opciones disponibles —dije contando hasta tres internamente, con la esperanza de que se me recuperara el estómago. No hubo suerte—. Sin embargo, estos diseños son diferentes. Están específicamente pensados para las mujeres. Mire, las maletas que existen en el mercado actualmente no responden a una pregunta muy simple: ¿Cómo viajan las mujeres?

Todos ellos se inclinaron hacia adelante.

—En avión o en tren o en coche, supongo —dijo el Sr. Moore.

—Sí, pero... —Hice clic en el botón de mi mando y una foto de archivo de una balsa de hacer rafting apareció en la pantalla, y estaba claro que la persona en la balsa era una mujer—. ¿Podría esta mujer llevar una maleta voluminosa como la siguiente mientras realiza diferentes trayectos en balsa? —pregunté haciendo clic de nuevo, apareciendo otra foto de archivo de una maleta de marca de lujo.

La mujer negó con la cabeza.

—Espero que no. La echaría a perder.

—Exactamente —dije, levantando el dedo y sonriéndole como si fuera brillante—. Y eso no estaría tan bien, ¿verdad?

La sala se rió suavemente.

—Ese es uno de los problemas —dije, siguiendo el hilo—. La mayoría de las maletas actuales se pueden preguntar cómo viajan las mujeres, sí, pero lo que no se preguntan es dónde van esas mujeres. Se preguntan cómo van... en avión, tren o automóvil, como el Sr. Moore señaló. Pero no hay ninguna consideración en cuanto al lugar al que van.

La mujer asintió.

—Cierto.

—Las maletas de viaje que he diseñado nacen para ser fáciles de manejar, para ser atractivas a la vista, para incluir los bolsillos adecuados, divisores y cremalleras para satisfacer todas las necesidades del viaje de una mujer, eliminado la necesidad de llevar varias maletas, algo que

puede ser difícil de arrastrar. Una bolsa de viaje todo-en-uno, para si vas a un hotel de lujo, a una isla desierta o a hacer rafting en un río —Mi corazón se encogió al decir esas últimas palabras. No pude evitar recordar lo fuera de lugar que me había sentido vestida con mis tacones Gucci para hacer rafting. Cómo Dylan me había prestado su ropa deportiva. Y cómo al final, yo no había querido salir del río. Menuda aventura.

—¿Srta. Page?

Parpadeé, mi mente volvió a la habitación. ¿Qué acababa de decir?

—Mi línea tiene opciones —dije, señalando la foto de stock en la pantalla—. La mujer en la balsa no quería llevar una maleta voluminosa. Necesitaría una maleta estilo mochila impermeable, con todos los compartimentos adecuados para un cambio de ropa en el camping, repelente de insectos y, por supuesto, no se puede hacer rafting bajo el sol sin protector solar.

La sala se rió de nuevo.

Me sentí alentada por el compromiso de todos, pero el pensamiento del protector solar me recordó a cuando Dylan me había echado la crema blanca por mis mejillas. Y cuando estábamos solos en la isla, cuando me cogió la mano, y cuando me sacó del agua fría...

—¿Srta. Page? —preguntó el Sr. Moore—. ¿Va todo bien?

—Sí —le dije, a pesar de que el agujero que se había formado en mi corazón me decía que todo no iba bien del todo—. La mujer de esa foto necesita un equipaje como este —Saqué mi bolsa de viaje y se la ofrecí—. Fácil de guardar y almacenar. Impermeable. Fuerte. Y con todos los compartimentos que una mujer necesita para viajar, incluyendo un lugar seguro para sus joyas, necesidades femeninas, el teléfono móvil, secador de pelo y un cargador portátil.

Todos parecían interesados. Lo tenía...

De inmediato negué con la cabeza, sabiendo que no podía seguir pensando en aquello.

—Escúchenme por un momento, por favor —dije, juntando las manos delante de mí y manteniéndolas en posición de rezo—. Quiero que invirtáis en mi empresa. Lo quiero de verdad. Pero no quiero que mis maletas se vendan sólo en rosa.

—Pero el rosado es un color popular entre las mujeres de acuerdo a nuestro grupo objetivo —dijo el Sr. Moore, frunciendo la boca como si se hubiera tragado un limón.

Mis ojos se abrieron. Aquella era la primera vez que había oído hablar de aquel grupo objetivo, lo que hizo que me preguntara si realmente él había elegido un grupo o si sólo estaba obcecado con ese color.

—Eso puede ser cierto —dije, pensando que podría ser que no—. Sin embargo, fabricar una bolsa de color rosa no será de tanto interés para todas las mujeres como podría ser una negra. La fabricación de la maleta en negro es práctica y mantiene el bajo costo. El rosa es un color precioso, pero podría ensuciarse más fácilmente con los viajes. El negro es el color que quiero poner en marcha con la maleta, pero podría considerar una adicional en color rosa si se quisieran más opciones disponibles. Pero apuesto por el negro para lanzar mis maletas al mercado.

Mi estómago, náuseas ya, prácticamente a punto. Yo había torpedeado la presentación. Sabía que lo iba a hacer. Pero no me importaba. Yo creía que tenía razón, tanto si el Sr. Moore estaba de acuerdo como si no. Me encantaba aquella bolsa de viaje y todas las bolsas que había diseñado. Podían tomarlo o dejarlo.

—Ya veo —dijo el Sr. Moore.

—Gracias por su tiempo, a cada uno de ustedes —dije, mientras mi estómago se revolvía de nuevo. Dejé el mando de pasar las diapositivas, tomé mis maletas y comencé a recogerlas. Se acabó. Hecho. Había recorrido un largo camino para nada y estaba bien. Continuar con el color rosa hubiera sido perder en el trato. Me habría dado esa vida segura y agradable que tanto

necesitaba.

No. Yo no necesitaba esa vida. Yo la quería. Yo quería esa vida aparentemente segura porque pensaba que si podía tener una estabilidad nunca volverían a hacerme daño. Pero eso no era cierto. Había muchas cosas que podían hacerme daño. Como perder a Dylan, el hombre por el que tenía unos sentimientos tan reales y por el que sentía una fuerte conexión, sólo porque tenía miedo de lo nuestro no funcionara. Noté un pellizco en el corazón sólo de pensar en cómo había arruinado la oportunidad de que hubiera algo entre nosotros. Resultó que ensuciar el coche era la parte más difícil de encontrar el verdadero amor, sino mantenerse en pie cuando los temores te acechan.

También sería duro crear un negocio en el que no se cree por completo, así que al menos había rechazado la vida estable por algo en lo que creía. Dylan me había enseñado que a veces se necesita un poco de aventura para no perder lo que realmente nos importa. Me sentía nerviosa, pero había tomado la decisión correcta. Mis dedos se movieron nerviosamente frente a mí y me dije que me gustaría seguir vendiendo mis bolsas de viaje de color negro por mi cuenta, una por una, hasta...

—Queremos sus maletas —dijo el Sr. Moore, con firmeza.

Las palabras detuvieron mis manos en movimiento

Le miré boquiabierto.

—¿Las queréis? ¿Incluso en negro?

El señor Moore asintió.

—Sí, porque sus diseños son únicos y creemos que las maletas serán un éxito. Mi esposa vio la maleta, le encantó y la quería en rosa. Ella tiene muy buen gusto.

¿Su esposa? Sabía que no había habido ningún grupo objetivo. Aunque ese no era el tema en aquel momento...

—Estoy segura de que lo tiene —dije, asintiendo con la cabeza en señal de acuerdo.

—Mi pregunta ahora es: si financiamos la bolsa en negro primero, ¿estaría dispuesta a dejarnos hacer una en rosa a posteriori?

Ahogué el grito triunfante que me vino a los labios.

—Es una idea genial, Sr. Moore. Sí, estoy dispuesta a eso.

—Bien —dijo, y dio una breve inclinación de cabeza. Miró a los otros, que claramente sabían que era la autoridad allí—. Queremos dejar los contratos firmados esta semana cuando su abogado tenga la oportunidad de echarles un vistazo. Me gustaría poner en marcha todo antes de la temporada de compras navideñas.

—¿Alguna otra pregunta? —pregunté.

Respondí a un puñado de preguntas de los que estaban en la mesa, a pesar de que eran más bien aclaraciones y detalles. Cuando salí del edificio una hora más tarde, quería saltar y gritar. Pero, ya se sabe, no había espacio para hacer eso entre la multitud de peatones que se desplazaban a lo largo de la acera.

Aún así, ¡lo hubiera hecho! Había arriesgado todo para mantener lo que me apasionaba. Había dejado de pensar sólo con mi cabeza y había dejado que mi corazón también colaborara. Mientras caminaba por la acera de la ciudad de Nueva York, mi corazón se hundió de repente. Lo había conseguido para mi negocio, pero no para mi relación.

Había dejado escapar a Dylan porque no había estado dispuesta a arriesgarlo todo para mantener lo que más me importaba, y el agujero en mi corazón me decía que había cometido un error gigante.

CAPÍTULO TRECE

—He perdido la cabeza —dije, mirando a través de la puerta abierta del avión hacia el cielo infinito y luego hacia el suelo, hacia abajo, muy, muy abajo.

En dos días, había firmado el acuerdo de negocios con el Sr. Moore (esto no me hacía ser loca) y había firmado hacer paracaidismo (algo que me convertía en una completa loca). Es decir, después de unas horas de instrucción en una habitación y después de unas horas de instrucción en una cosa que parecía un trampolín, iban a dejarme saltar de un avión en perfecto estado.

Bueno, con un paracaídas en la espalda de mi instructor.

Y yo había elegido hacer eso.

Oh sí. Había enloquecido a lo grande.

Mis dedos se enrollaron firmemente alrededor de la correa de mi arnés. Qué. Estaba. Haciendo.

El instructor gritó:

—Tienes que saltar, Jennifer.

—No, no, no lo voy a hacer. Gracias, de todos modos —Me recosté hacia atrás en mi asiento, alejada del viento y las vistas de la tierra allá abajo—. Estoy bien donde estoy.

El instructor, un tipo llamado Brad, sacudió la cabeza como si no aceptara un no por respuesta. Me pregunté si era un amigo o un enemigo. Él rodeó su boca con las manos y gritó a través del viento y el barullo:

—¡Esta es tu oportunidad!

—¡Lo sé! —Le grité—. Quiero vivir. Es por eso que no salto.

—Reservaste esta experiencia por una razón, ¿recuerdas? —respondió.

Correcto. Había reservado aquello por una razón. Ups.

¿Quería vivir mi vida bajo miedo? ¿Quería perder la oportunidad de nadar en la fisura (o lo que se suponía que se hacía allí) simplemente porque tenía miedo? No, no lo haría. Asentí a Brad, que parecía demasiado indiferente para un tipo que estaba a punto de caer miles de metros con una desconocida que podría simplemente golpearle en la cara mientras estaba cayendo.

¿Imaginación hiperactiva? ¿Yo? Sí, bueno. . .

—Vale, Brad —dije, moviendo la cabeza mientras tomaba aire y luchaba por ser valiente—. ¡Hagámoslo!

—¡Estupendo! —dijo, y me mostró su pulgar hacia arriba.

Se puso un casco (resultó que no podría golpearle en la cara si quería), se puso detrás de mí y nos unimos. Cuando se levantó de nuevo, me quedé con él. Caminamos hacia la puerta abierta, se inclinó hacia delante y... Oh guau. Estaba cayendo.

—¡Me empujaste de un avión! —grité.

—¡Me pagan para hacer eso! —Brad me gritó.

—Cierto.

¿No era cierto? Claramente había perdido la cabeza. Era precioso ser valiente, pero no era un argumento de peso si conllevaba morir como resultado. Cada parte de mi cuerpo se tensó y cerré los ojos con fuerza mientras caíamos. La velocidad era increíble, pero la presión contra mi cara y mi cuerpo era extraña. Como si alguien hubiera encendido un secador de pelo gigante y estuviera soplando hacia mí. ¡Zas!

Mientras apretaba los ojos cerrados y sentía el poderoso viento contra mi cuerpo, los ojos azul oscuro aparecieron en mi mente y oí una voz familiar susurrando: «Te lo estás perdiendo, Jen».

Por lo tanto, abrí los ojos. El suelo se me apareció en un mosaico de verdes, marrones y grises claros, allá abajo. El rugido en mis oídos se hizo más fuerte. ¡Qué velocidad! Miré a mi alrededor y todo lo que había abajo se acercaba rápidamente. Entonces, Brad tiró de la cuerda del paracaídas en el mismo momento en el que empecé a preguntarme quién se preocuparía de mis zapatos de diseño cuando estuviera muerta y enterrada.

Al abrirse el paracaídas se sobrevino un tirón hacia arriba y chillé, una corta ráfaga de terror y alegría. Luego empezamos a ir a la deriva, la campana se abrió sobre nosotros. Y sucedió.

Yo estaba surcando el cielo con una vista muy agradable. No había donde ir sino hacia abajo y no tenía ningún control sobre nada. Había dado un salto y había funcionado, eso era. Podría vivir o no. Podría romperme una pierna o terminar colgando de la rama de un árbol.

O podría llegar a tierra y quedar absolutamente bien.

Mientras flotaba a través de ese aire frío me di cuenta de que quería hacer aquello de nuevo con Dylan. Yo quería ir en globo aerostático con él. Pero sobre todas las cosas, yo quería correr la mayor aventura de todas con él... la aventura del amor.

Unos minutos más tarde, nos acercamos a la tierra. Mis pies estaban en una posición hacia adentro (según las instrucciones) y sentí los pies de Brad golpear el suelo un par de veces antes de llegar a una parada completa. Quedamos sentados con las piernas hacia adelante cuando la campana cayó delante de nosotros. Una enorme sonrisa se dibujó en mi cara cuando Brad nos separó, con el corazón latiendo rápido.

Un chico corrió.

—¡Una foto o esto no sucedió!

Lo miré mientras me hacía una foto.

—¿Qué estás haciendo?

Él sonrió.

—Confíe en mí, señora, querrá esta foto antes de la que le hice en el aire.

Parpadeé.

—¿Me hiciste una foto en el aire?

—Tomamos fotografías a todo el mundo. Puede comprarlas.

Dylan nunca creería lo que había hecho. Ni siquiera me lo creía yo y estaba sentada allí, en la tierra cubierta de hierba, con un paracaídas derrumbado en el suelo delante de mí.

—Quiero todas las fotografías que me has tomado, o nadie creerá que lo haya hecho.

En la oficina, firmé una renuncia indicando que no había muerto o algo así, compré mis fotos y me fui a mi coche. Arreglé las fotos y me quedé mirándolas. En la única que habían tomado en el aire, estaba gritando. Con la boca abierta. Con los ojos enormes detrás de las gafas. Con las manos vueltas hacia arriba como si estuviera rezando.

La risa me golpeó y me golpeó fuerte. Me reí y reí y reí un poco más. Me dolía el costado. Me

dolía la cabeza. Y seguí riendo.

Me detuve y saqué mi teléfono. Tomé capturas de pantalla de las fotos y le envié un mensaje a Dylan. Entonces marqué su número y contuve la respiración. El teléfono llamó y llamó. Justo cuando estaba a punto de colgar, una mujer contestó al teléfono.

—¿Hola? —dijo.

Su voz me asustó tanto que no pude responder por un minuto. Finalmente, tartamudeé:

—Creo que me he equivocado de número.

—¿Estás buscando a Dylan?

Me quedé mirando las fotos de mi paracaidismo.

—Sí.

—Oh, lo siento. Soy su hermana, Felicia. Él no está aquí en este momento. Se fue hace dos días cuando mi marido llegó a casa. No estoy segura de por cuánto tiempo estará fuera.

¿Fuera de contacto? Oh no.

Dylan se había ido, alejado de la realidad, y no había forma de saber cuándo iba a volver. O si volvería. Podría estar en Islandia por todo lo que sabía. Aspiré una bocanada de aire mientras las lágrimas calientes quemaban mis ojos. Había tardado demasiado. Era demasiado tarde para disculparme y pedir una segunda oportunidad. Había arruinado lo que podría haber sido lo mejor que me hubiera pasado en la vida.

* * *

En mi corazón, sabía que sólo había un lugar al Dylan iría en aquel momento. No se habría escapado a ningún lugar exótico cuando llevaba entre manos un acuerdo de negocio, tratando de comprar la empresa de aventuras. Yo le había hecho daño. Lo sabía. Yo necesitaba hacer lo correcto.

De acuerdo, Jennifer. Lo tienes.

Yo había saltado de un avión, así que hacer rafting por el río y llegar a aquel pequeño islote debía ser pan comido. ¿Cierto?

Sí, claro.

—¡Me voy a ahogar! —grité unas horas más tarde cuando mi balsa se dirigía a una pequeña ondulación del agua. ¿Qué podía decir? Los viejos hábitos morían lentamente. Por supuesto, había cogido una balsa con personalidad propia. La balsa poseída, que no había hecho caso a mi remo, o al nuevo remo que había comprado para Dylan y que estaba probando con desesperación. No había ni la menor posibilidad de que hubiera cogido una balsa normal que quisiera deslizarse sobre el agua de forma agradable y fácil para llegar a donde me dirigía.

Nunca conseguiría llegar hasta Dylan de la forma en que estaba volando sobre aquellos rápidos. Me ahogaría. Me encontrarían llevando aquellos feos escaarpines. Y Hannah hablaría en mi funeral y diría:

—Yo le dije que no fuera sola. ¿Pero ella me escuchó? No. Y ella tomó prestados mis pantalones cortos de senderismo favoritos sin preguntar.

Pero me quedan muy bien y no estaba abastecida de mucha ropa para salir al aire libre.

—¡De ninguna manera! Me niego a ser encontrada muerta con estos zapatos —grité mientras una formación de espuma aparecía en mi línea de visión. Remé duro, primero a la derecha luego a la izquierda. Uf, ¿de qué lado debía usar el remo?

No parecía tener mucha importancia porque yo seguía volando sobre los rápidos a alta velocidad, no importaba de qué lado remara sucesivamente. Hice otro esfuerzo y vi la isla a mi

derecha. Finalmente, aguas tranquilas, que duraron unos pocos minutos.

Metí el remo por el lado derecho de la balsa. Y la cosa fue a la izquierda. Fue entonces cuando me acordé de mis apresuradas lecciones de dirección. Remar del lado opuesto de la dirección en la que deseas ir. Genial. Remé duro a la izquierda y la balsa fue hacia la isla.

¡Un éxito!

Por desgracia, no sabía cómo parar. Pausé el vídeo que había visto online con las instrucciones una vez pensé que había aprendido lo esencial. Esa era la razón por la que balsa subió a la arena sin contemplaciones con una sacudida y un corto grito de mi parte.

Dylan apareció en la distancia, saliendo de detrás de una hilera de árboles. Llevaba una camisa de manga corta y traje de baño. Salté de la balsa. Entonces me quedé paralizada.

Él dio un paso hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás bien?

—¿Yo? Oh, estoy bien —dije, tirando del dobladillo de la camisa de Hannah (que también me prestó sin yo pedir permiso primero)—. Yo, Mmm., he llamado a tu teléfono móvil y he hablado con Felicia.

Sus cejas se levantaron.

—¿Lo hiciste?

Asentí con la cabeza, preguntándome por qué le parecía sorprendente.

—Ella me dijo que te habías ido fuera y pensé que podrías haber venido aquí.

—Bien pensado —dijo, con rostro inexpresivo.

Oh, aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba. Entonces recordé.

—Te traje algo —dije.

Se acercó, con una mirada de incredulidad mientras me inclinaba sobre la balsa y sacaba un remo.

—Esto es para ti —dije, manteniendo el remo y luego dándome cuenta de que estaba sosteniendo un remo con una raya rosada en él. El que yo había comprado en honor de mi nuevo inversor—. Espera...

Mientras devolvía mi remo a la balsa, el agua pareció apoderarse de ella y tirar de la misma hacia atrás. Así que me incliné y la saqué más hacia la orilla hasta que se quedó en su lugar. Si estaba poseída, creo que por fin la había domesticado.

—Sólo déjame supervisar la primera vez que la balsa llega a la orilla —dije, viendo si podía levantar una sonrisa de él. No. Nada. Había encontrado el remo correcto, que era un remo mejor del que había perdido en nuestro primer viaje en balsa. Lo sostuve hacia él.

—Esto es para ti.

—Gracias —Él tomó el remo y entrecerró los ojos mirándolo—. No tenías que hacerlo.

—Perdí el tuyo —dije, encogiéndome de hombros y con la esperanza de una sonrisa. No hubo suerte.

—¿Has venido hasta aquí para darme un remo?

Bueno, llegaba el momento. Respiré hondo.

—Bueno, eso ha sido una gran excusa, pero no. Tenía que venir a verte. Porque tengo que decirte algo.

Su mirada se fijó en mi cara.

—Te escucho.

—Siento lo que pasó aquel día del globo aerostático —dije, entrecerrando los ojos hacia él—. Eres lo mejor que me ha pasado. Me has enseñado tanto sobre el tipo de vida que quiero tener.

Mantuvo su mirada en la mía y me lo tomé como una señal buena. Es decir, que no había

salido corriendo gritándome que desapareciera de su vista.

—Entonces, ¿por qué rompiste lo nuestro?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—La verdad es que tenía miedo de ser herida. Mientras trataba de proteger mi corazón y mantenerlo a salvo, terminé haciéndonos daño en el proceso.

Miró al suelo por un momento, antes de mirarme a mí otra vez.

—Me identifico con esa sensación de miedo.

Mi boca se abrió.

—¿Tú? No lo creo. No tienes miedo a nada.

Él soltó una pequeña risa.

—¿Recuerdas nuestra cita de sushi?

Asentí.

—La que se acabó porque Felicia estaba en el hospital.

—Sí, por eso me fui —dijo, sacudiendo la cabeza y luego pasándose una mano por el pelo. Él dejó escapar un suspiro—. Pero no es por eso por lo que no te llamé hasta pasados unos días.

Correcto. Me acordé de eso.

—¿No me llamaste porque estabas asustado?

El asintió.

—Me preguntaste si alguna vez quería sentar cabeza, que era algo que no había pensado... o quería... hasta que te conocí. Me desestabilizaste.

—¿En el buen sentido? —pregunté.

—En la mejor manera —Las comisuras de sus labios se levantaron y él alcanzó mi mano, frotando mi palma—. Sólo me quedé mudo durante un par de días hasta que me di cuenta de eso.

Mi vientre dio un pequeño vuelco mientras me daba cuenta de que sus sentimientos por mí no habían cambiado.

—Por lo tanto, ¿sabías que estaría aquí? —preguntó.

Mis ojos se humedecieron.

—Eso esperaba...

Él entrelazó sus dedos con los míos.

—Me alegro de que hayas venido.

—Yo también de venir —dije, sonriéndole, y la sensación de que mi interior brillaba—. Mira, Dylan, sé que ya rehicimos una cita y de las terceras oportunidades no se habla mucho. Pero para demostrar que tú y yo nos merecemos otra oportunidad, hice algo para demostrarte que no tenía miedo a correr riesgos.

Sus cejas se juntaron.

—¿Qué hiciste?

—Paracaidismo. De acuerdo, no lo hice sola, era tándem. Pero, vale. Di el visto bueno para saltar del avión. Yo sólo seguí adelante en el paseo. La caída. Sabes a lo que me refiero.

Su ceja izquierda se arqueó hacia arriba.

—¿Qué?

Me encogí de hombros.

—En primer lugar, hice paracaidismo. Después vine hasta aquí por mi misma haciendo rafting.

Dylan me mostró una amplia sonrisa.

—Esto segundo no ha sido seguro de tu parte, por lo que tendré que te regañarte más tarde.

Sentí una chispa de esperanza.

—¿Sabes qué otra cosa que hice?

—¿Dejaste plantado al inversor?

La alegría explotó dentro de mí mientras asentía:

—Me arriesgué a perder todo y eso era exactamente lo que necesitaba. Al igual que he corrido un riesgo bajando el río, porque realmente lo necesitaba.

Deslizó sus brazos alrededor de mi cintura y me atrajo hacia él.

—¿Quieres otra cita?

Le eché una miradita.

—Sí, y espero no necesitar otra después de esta.

—Si la tenemos, lo voy a dar todo —dijo, sonriendo.

—Yo también —dije. Entonces le di un beso, olvidándome de todo lo demás que quería decir. Dejar fluir el beso lo dijo todo para mí una y otra vez y otra vez.

Se retiró después de un momento.

—¿Jen?

Parpadeé, saliendo de mi letargo.

—¿Si?

—Tu balsa está flotando a la deriva —dijo.

Giré la cabeza para mirar. Efectivamente, la balsa se dirigía hacia el centro del río.

—¡Oh no!

—Lección número uno. Es por eso que debes atarla —dijo, presionando sus labios contra los míos.

—Sí, supongo que sí —le dije, riendo contra su boca. Entonces entrelacé mis brazos alrededor de su cuello y nos besamos otra vez, olvidándonos de la balsa durante largo rato.

—De todas formas, me estaba preparando para desmontar el campamento y volver. No quiero descubrir que soy tío tras una llamada telefónica. Tal vez podamos recuperar tu balsa.

—Espero que sí porque es alquilada.

Soltó una risita.

—Tenemos que comprar una para ti, con el tiempo.

Tenemos. Mi pecho se tornó luminoso. Había un «nosotros» y era lo que importaba.

Dylan me mostró cómo ayudarlo a desmontar la tienda de campaña y recoger sus pertenencias. Nos aseguramos de que el fuego se había apagado y luego me situé en su balsa detrás de él. Tomó su nuevo remo y se volvió hacia mí.

—¿Sabes qué es lo próximo que tienes que diseñar?

—¿Qué?

—Unos esarpines bonitos.

Rompí a reír.

—¿Estás preparada para esto? —preguntó.

—Sí, estoy lista —le dije, sonriendo.

Finalmente había conocido a la persona que me había preparado para el amor y la aventura. Juntos, salimos disparados desde el otro lado de la isla hacia los rápidos. En lugar de temer por mi vida, me reí intensamente con Dylan, volando veloz por el río y hacia nuestro futuro.

Fin

**Si te ha gustado pasar un rato
con estos personajes,
asegúrate de leer la historia de Hannah en:**



La Cita de al Lado
(Cita para Rehacer, 3)

SOBRE LA AUTORA



SUSAN HATLER es una autora superventas del *New York Times* y *USA TODAY* que escribe romance contemporáneo humorístico y emocional y novelas para adultos jóvenes. Muchos de los libros de Susan han sido traducidos al alemán, español, francés, y italiano. Optimista por naturaleza, cree que la vida es increíble, la gente es fascinante, y la imaginación es interminable. Le encanta pasar tiempo con sus personajes y espera que a ti también te guste.

**** FÁCIL REGISTRO PARA EL LECTOR EXCLUSIVO DE SUSAN
NEWSLETTER BAJO [HTTP://WWW.SUSANHATLER.COM/NEWSLETTERES](http://www.susanhatler.com/newsletteres) ****

Puedes contactar con Susan aquí:

Facebook: [facebook.com/authorsusanhatler](https://www.facebook.com/authorsusanhatler)

Instagram: [instagram.com/susanhatler](https://www.instagram.com/susanhatler)

Twitter: twitter.com/susanhatler

Sitio web: susanhatler.com/espanol

LIBROS DE SUSAN HATLER

La Serie: Cita para Rehacer

La Cita Millonaria

La Doble Cita Desastre

La Cita de al Lado

Cita al Rescate

La Serie: Besos junto a la Bahía

Cada Pequeño Beso

El Beso Perfecto

Tan Solo un Beso

El Beso Más Dulce

Un Beso de Navidad

Todo Sobre Aquel Beso

Siempre en un Beso

La Serie: Mejor una Cita que Nunca

Amor a Primera Cita

Verdad o Cita

Mi Última Cita a Ciegas

Salva la Cita

Giros de una Cita

Licencia para Citas

Conducida a Citas

Arriba con la Cita

Déjà Cita

Cita y Corre

La Serie: Sueños Preciados

Una Cita Inesperada

Un Beso Inesperado

Un Amor Inesperado

Una Propuesta Inesperada

Una Boda Inesperada

Una Alegría Inesperada

Un Bebé Inesperado